

ANTOLOGÍA DE RELATOS VOL. III
**CUANDO FUIMOS NIÑOS,
Y MÁS...**



EDITORIAL
ENTRETEJAS
DE MÉXICO, S.A DE C.V.

Cuando fuimos niños
y más... III
Antología de relatos

“Los científicos dicen que estamos hechos de átomos, pero a mí un pajarito me contó que estamos hechos de historias”.

Eduardo Galeano

Índice

Presentación

María Rebeca Yoma Medina 5

Amistades de larga duración

Araceli Peralta Flores..... 7

De los viajes a tierra caliente del sur

Ana Laura Aranda Chávez..... 9

De travesuras, anécdotas y dibujos en la casa de mi infancia en Tacubaya

Alejandro Tovalín Ahumada.....12

Dejarte sorprender

Mónica Moguel Bernal..... 16

Dulces recuerdos compartidos

María Rebeca Yoma Medina..... 18

El circo en la playa

José Adolfo Velázquez de León Collins..... 23

El primer beso

Hugo Orlando Guerrero Meléndez..... 29

El rancho de mis abuelos

Carmen Rojas Sandoval..... 34

En mi adolescencia

Paola Aviña Flores..... 43

Entre montañas no hay refugio

Karina López Zamora..... 48

Érase una vez que era

José Guillermo Arcos Reséndiz..... 51

La Blanquita

Blanca Rocío Rincón Rincón..... 57

La historia jamás contada	
Julia Leticia Moscoso Rincón.....	60
Las travesuras de una niña chilena	
María Elena Castillo Cabezas.....	66
Locas historias de mi niñez	
Agustin Ortíz Butrón.....	72
Mi inolvidable tía Lupita	
Yolanda Morales Revilla.....	78
Mi Narvarte querida	
Karina López Zamora.....	84
Mi otro Ángel de la guarda	
Rocío Domínguez López.....	88
Mi patio de juegos	
Vania Herrera Mejía - Elizabeth Mejía Pérez Campos.....	96
Los insectos de mi casa	
Agustín Ortiz B.....	99
Mis vacaciones al rancho. Viajando en tren	
Laura Beda Sánchez Sánchez.....	102
Nos cambiamos de casa	
Víctor Manuel Ortiz Villarreal.....	107
Los patines	
Karina G. García.....	112
Mi otro ángel de la guarda	
Rocío Domínguez López.....	116
Las vacaciones de Semana Santa en el río	
Luis Armando Suárez A.....	119
Un servicio voluntario gratificante, cumplido en mi juventud	
Belem Beltrán Alarcón.....	122
El Tren que se nos fue...	
Emiliano Gallaga Murrieta.....	128

Presentación

De nueva cuenta me dirijo a ustedes queridos lectores presentándoles el tercero y último libro de la serie Cuando fuimos niños, solo que ahora hay una novedad que consiste en que se incluyeron algunos relatos de adolescencia y de años posteriores, que ciertos autores consideraron momentos importantes, por lo que este se intitula Cuando fuimos niños y más... Vol. III.

Al igual que en los dos anteriores, los 27 relatos incluidos abordan diversos temas, pero todos emotivos y afectuosos.

Estas antologías de anécdotas y relatos se convierten en una cápsula de tiempo, pues atrapa instantes imborrables que nos permiten trasladarnos a ese momento, a esa etapa en el que ciertos olores, sabores, acciones, presencias, eventos marcaron nuestra mente como tatuajes permanentes, que nos conceden, aun pasados los años, tenerlos presentes por lo que significaron y significan en nuestra vida, algunos de ellos incluso, fueron claves para nuestro desarrollo posterior en diversos sentidos.

Desde el primer libro compilado algunos participantes me expresaron que el trasladarse al pasado mentalmente para escribir, les había llevado a un estado de nostalgia, de valorar esos años maravillosos y hasta a sanar situaciones que no habían podido resolver anteriormente.

Estas expresiones me sorprendieron y llenaron de satisfacción, ya que, aunque el objetivo inicial era recordar momentos de nuestra infancia que valía la pena dejar plasmados para que no se perdieran, el que sirviera de estas más hermosas formas es algo que agradezco me lo hicieran saber, pues estos sencillos libros se convierten de pronto, en nuestra red de apoyo de una generación que hemos vivido gigantescos y vertiginosos cambios, algunos positivos, otros no tanto, de este nuestro México.

De nueva cuenta agradezco a cada autor la confianza depositada para abrir su corazón y compartir un pedacito de su existencia, lo cual permitió no solo poder hacer realidad la elaboración de los 3 volúmenes, sino la oportunidad de tejer lazos de amistad que es el resultado que más atesoro.

De igual forma, agradezco nuevamente el apoyo y colaboración de mi hijo Diego Alberto Martos Yoma, quien diseñó la portada, e igualmente al editor y amigo Luis Armando Suárez Argüello, quien desinteresadamente editó, al igual que los dos anteriores, este tercer volumen.

A todos y cada uno, gracias, gracias, gracias, por su entusiasmo, y por aceptar ser parte de esta aventura que juntos emprendimos y que con este volumen llega a su fin.

Amistades de larga duración

Araceli Peralta Flores

Mi niñez fue una etapa en la que jugué mucho con mis hermanos y vecinos. Fui la mayor de cinco hermanos y la única mujer, yo creo que por eso siempre llevaba la batuta en nuestros juegos y en la casa. Cuando regresaba de la primaria, religiosamente tomaba un refrescante vaso de leche de vaca, después calentaba la comida que mi madre preparaba desde un día antes; lo mejor era el postre. Aunque teníamos que hacer la tarea, preferíamos –Beto, Javier y yo, porque Salvador y Eduardo aun no nacían- darnos vuelo jugando o viendo nuestros programas favoritos en la televisión en blanco y negro. La pasábamos muy a gusto, aunque el encanto se rompía cuando oíamos la puerta azotar, era mi madre, todos corríamos por la casa como ratoncitos asustados. Comenzaban los regaños e insultos por no haber hecho la tarea. Mirando en retrospectiva el malhumor de mi madre tenía que ver con el cansancio y estrés de su trabajo como enfermera, pero su amargura seguramente surgió el día en que su papá –mi abuelo Nemesio- la llevaba en brazos y de repente se desplomó: un hombre le disparó por atrás dejándolo sin vida.

Hacía muchas travesuras con mis hermanos cuando estábamos solos, la favorita era “los clavados”, brincábamos del ropero a la cama. Un día brincamos tanto que las patas de madera de la cama se rompieron; ya se imaginarán lo que pasó cuando llegó mi madre; por fortuna, mi padre, de profesión profesor, fue más tolerante con nosotros. La recámara de mis padres tenía una ventana que daba a la calle -que originalmente fue un canal y el terreno donde aún está nuestra casa fue una chinampa, pues vivimos en Xochimilco, al sur de la Ciudad de México-; bueno, pues ese cuarto lo convertíamos en pista de patinaje: echábamos agua con fab Roma, y a patinar se ha dicho. Los vecinitos nos veían por la ventana muy divertidos, sobre todo se reían mucho cuando alguien se caía.

Una noche mi hermano Alberto (+) no encontraba su zapato, lo buscamos debajo de la cama con una vela, en cuestión de minutos el colchón

Amistades de larga duración

Disfruté muchos a mis hermanos y vecinos; siendo adolescentes fuimos todos al grupo de “boy scouts” que se reunía en el atrio de la parroquia de San Bernardino de Siena. Por nuestra cuenta hacíamos largas caminatas por el cerro, excursiones y organizábamos fiestas disco que eran todo un éxito.

Nunca hemos dejado de vernos, tal vez porque la mayoría vive cerca, algunos son mis compadres, otros ahora son parientes políticos, e incluso entre nuestros hijos y nietos hay una buena relación, por eso valoro mucho a estas amistades de larga duración.

De los viajes a tierra caliente del sur

Ana Laura Aranda Chávez

Mi padre salió de “la hacienda” a los 7 años. Después de casi 30 años y lleno de recuerdos nos llevó a conocer esa cálida tierra en donde había pasado esos primeros años de su vida. La hacienda se ubica en San Miguel, Zinacasto, en el Estado de México.

Hicimos maletas y, como siempre, salimos tarde. Total, si ellos habían llegado caminando, en coche seguramente haríamos unas cuantas horas de camino.

Entre cantos, regaños, pláticas y chistes, empezamos la travesía, avanzando entre calles, hasta salir a la carretera, que poco a poco se fue volviendo más estrecha. Pasando entre grandes árboles de pino, nos fue ganando el sueño, hasta que los brincos nos despertaron, había terminado el pavimento y ahora transitábamos por un estrecho, sinuoso y terregoso camino.

Tomándolo con alegría, empezamos a abalanzarnos unos sobre otros con los movimientos irregulares de los baches y a reírnos unos de otros de nuestras caras blanqueadas por la cantidad de tierra que se nos iba pegando con el sudor.

Entre voladeros y cerradas curvas, con pocos coches en ambos sentidos, pasando por ensanchados caminos de herradura, de pronto, nos topamos con un camión de pasajeros que nos obligó a echar el coche en reversa; con un calor sofocante, adormilados y nerviosos, bajamos para “echarle aguas” a mi papá, hasta llegar a una parte del camino en donde pudieran pasar los dos vehículos. Librando el paso y respirando aliviados, regresamos al coche y continuamos en el camino.

Llegamos por fin a espacios menos escarpados, secos y calurosos, aun cuando el sol se empezaba a ocultar. Varias horas después, no llegábamos a “la hacienda”. Cerca de un pequeño caserío, encontramos a un campesino al que le preguntamos por dónde ir y nos acompañó una parte del camino,

De los viajes a tierra caliente del sur.

pues su meta estaba sobre el mismo, “aquí tras lomita”. ¡Solo teníamos que avanzar una lomita!

Retomamos el camino para atravesar la lomita, platicando con el señor que amablemente nos acompañó, llegando a su destino, bajó del coche y nos dijo que siguiéramos y tras lomita íbamos a encontrar “la hacienda”.

Seguimos avanzando en medio de la noche, viendo a lo lejos pequeñas casitas apenas iluminadas por una tenue luz amarilla. Ya muy entrada la noche, ¡por fin mi papá reconoció el espacio por el que íbamos transitando!

Alegres, celebrando la llegada, esperamos a que papá bajara y preguntara por la familia. Poco más adelante estaba la casa de tía Esperanza... ¡Habíamos llegado a nuestro destino!, después de lo que para nosotros fueron cientos de lomititas, con las caras empolvadas, la panza vacía, los ojos cansados y el corazón lleno de alegría, entramos a la casa y dormimos, seguros de que al día siguiente iniciaría una nueva aventura.

Los días en “la hacienda” fueron pasando, disfrutando ríos, senderos, deliciosas comidas preparadas por la tía Esperanza y la tía Elena, con la ayuda de mi mamá y a veces de todos nosotros. Conocimos sonidos, olores, sabores y temores distintos a nuestra ciudadina cotidianidad. Entre caminos, conocimos campos de cultivo en donde comimos sandías recién cortadas, y algunas frutas que hasta entonces nunca habíamos probado, como las hilamas.¹

A pocos días de nuestro regreso fuimos al centro del pueblo de San Miguel. Sentados en una pequeña banqueta, esperábamos a que papá saliera del billar al que había entrado a tomar una cerveza, cuando llegó un malhumorado hombre, quien, con aspavientos, preguntó por mi papá. Curiosos nos asomamos por la puerta en el momento en que mi papá respondió, y quién era su tocayo, sacando una pistola lo amenazó de muerte porque recordaba que cuando estaban en la primaria, mi papá le había ganado en una pelea... Nuestro temor nos dejó quietos, observando cómo papá fue hablando y tranquilizando a su tocayo, retomando una amistad que duró muchos años más.

Aunque pausadas, las visitas a “la hacienda” continuaron, hasta que,

¹ Llamadas papausas en Chiapas.

siendo una adolescente de 18 años, viajé con mi tío en su “chapulín colorado”, un chévrolet de los años 50, en donde el viaje se hacía cómodamente, con mis primas y mi abuelita.

Los paseos se aderezaron con pláticas con las primas, quienes me cuestionaban no haberme casado todavía, pues estaba en los límites de ser una “quedada”; divertida y sorprendida les conté mis aventuras de novia con quien para ellas no era garantía, pues no había propuesta matrimonial. En fin, que empezó entonces una lista de posibles candidatos con quienes podría yo emparejarme, hasta que, una de ellas me dijo que “el chaparro”, a quien había visto pasar sobre su caballo en la lejana lomita de enfrente, iba a ir por mí en la noche ¡para robarme!.

Entre temerosa y divertida, le conté a mi abuelita y a mi tío la “amenaza”, quienes, con “el Jesús en la boca”, se pararon de inmediato para iniciar el regreso.

Presurosos preparamos la maleta, y antes del anochecer ya habíamos tomado el camino de regreso a casa, y a pesar de mis protestas de “mujer moderna y civilizada”, que en la hacienda no significaba nada, no paramos hasta llegar a casa de mis papás para entregarme “sana y salva” de regreso. Ese, fue mi último viaje a “la hacienda”.



De travesuras, anécdotas y dibujos
en la casa de mi infancia en Tacubaya

Alejandro Tovalín Ahumada

Corrían las vacaciones escolares de verano de 1966, la modorra que producía el calor nos aburría. Yo tenía 8 años y 11 mi hermano mayor, Horacio. Los menores, Beto y Rosa Marta, con casi 5 y 4 años se entretenían entre ellos, solitos se daban cuerda. A Rosa no se le podía quitar el ojo de encima porque era muy traviesa; en alguna ocasión llegó a comerse parte de las frutas de cera que adornaban el centro de la mesa del comedor o se empachaba por comer otras cosas y era típico en esa época que mis papás salieran corriendo con ella al médico para aliviarla. Beto no cantaba mal las rancheras porque era intrépido y no medía sus poderosas habilidades, así que al estar jugando con Rosa dando vueltas como pirinolas alrededor de la mesita de centro de la sala, tropezó y fue a darse contra el filo de una de las esquinas y ya verán ustedes el dramón que suscitó mi mamá en casa con el gran susto de ver el rostro lleno de sangre y limpiándolo esperando que no fuera el ojo el dañado, afortunadamente fue la ceja y ahora mis papás salieron corriendo con él para la cercana clínica La Prensa de Tacubaya para que lo cosieran.

Un día venía caminando para visitarnos mi tía Mercedes, hermana mayor de mi mamá, transitaba por la avenida Jalisco del Distrito Federal, y cuando llegó a la esquina previa al edificio donde vivíamos en el primer piso, vio cómo se salía medio cuerpo de la ventanita del baño que daba hacia la calle y las dos caritas felices de Beto y Rosa que quién sabe que intentaban, a lo mejor aterrizar en el balcón que corría a lo largo de ese costado del departamento. Corrió mi tía a la casa para avisarle a mi mamá de los alpinistas que tenía en el baño. Sorprendidos “in fraganti” no pudieron salvarse de la severa reprimenda ganada.

Cerca del departamento se encuentra el Parque Lira, lugar muy agradable y con muchas alternativas de espacios y recovecos donde divertirnos, pero no nos dejaban ir entre semana, ya sea por las tareas y o por el

riesgo que representaba ir solos, pues había que atravesar dos avenidas con mucho tránsito, así que había que esperar hasta el fin de semana para que nos llevaran mis papás. No había niños de nuestra edad en el edificio, por lo que nuestro espacio vital y de convivencia se restringía a lo que nos brindaba el departamento que, afortunadamente, tenía balcones y una zotehuela donde podíamos jugar a dar pelotazos y tirar penaltis; desafortunadamente la pared que usábamos como portería era la del otro baño y tenía una ventana que daba hacia el patio y como no fuimos futbolistas con un fino manejo de la pelota, rompimos varias veces el cristal de la ventana, así que mis papás prefirieron que jugáramos voleibol mejor y lo más alejados de la sufrida ventana, a las canicas o ya en el peor de los casos, a las pipis y gañas.

Desde muy pequeño me gustó dibujar, y según mi mamá, cuando tenía 3 años hice mis primeros dibujos legibles, el trenecito del chocolate Express y lo seguí dibujando muchas veces y durante una larga temporada, inspirado en los dibujos animados de dicho tren en el programa televisivo del “Teatro Fantástico” de Cachirulo, que veíamos cada domingo a las 7 de la noche. Así que llegadas las mencionadas vacaciones del 66, mi hermano Horacio me propuso que nos entretuviéramos haciendo cada quien una historieta o cuentito, como entonces les llamábamos a las tiras cómicas o comics de ahora. Nunca pudo haber una mejor propuesta que impactara en mi vida, se lo agradezco a mi hermano, pues me abrió grandes horizontes de entretenimiento. Así que, agarrando un cuaderno de forma italiana, que traían entonces sus hojas engrapadas a la mitad, teníamos una hoja larga, ideal para hacerla una tira cómica. Comenzamos una tarde, agarrando nuestro lápiz y goma de nuestras mochilas de cuero de la escuela y una regla para hacer los cuadros para cada escena.

Creo que al tercer día Horacio se dio por vencido y se dedicó a otras actividades, como leer los fascículos coleccionables de una enciclopedia que nos compraba mi papá y que se llamaba Fabulandia, enciclopedia de la fábula y otra que se llamaba Tecnirama, ambas muy entretenidas; pero yo, persistí en seguir haciendo mis cuentitos. Esas vacaciones hice cerca de 20 tiras y di vida a mis dos personajes de aventuras, Búbu y Largo ¿de donde salieron esos nombres? Ni yo lo sé, sólo se me ocurrió llamarlos así, ambos personajes son unos jóvenes, uno copetudo y el otro pelón, a quie-

nes llevé a tan diversos lugares, tantos como mi imaginación me permitía.

Eran unos hombres intrépidos, viajeros y exploradores que se enredaban en diversas situaciones, muchas en las que se jugaban la vida, pero gracias a sus habilidades, salían con bien. Sin duda alguna, programas de televisión alimentaban esa mente aventurera, que se enriquecía con la transmisión en radio de las aventuras de “Kalimán” o con el enfoque gracioso e ingenioso de la “Tremenda Corte” y al ser insuficientes los temas, los libros fueron la mejor veta para darle lógica a lo que planteaba en mis historias infantiles, así como un atlas que se llamaba El Gran Atlas Mundial, un bonito libro grandote lleno de mapas.

Hice en esos años de la escuela primaria, mi versión de varios cuentos de Julio Verne, que era mi preferido, o Salgari, entre otros, y sin duda, también Sherlock Holmes. Así, a los aventureros Búbu y Largo les añadí a sus habilidades el uso continuo de la ciencia y tecnología, el amor al terruño, el país y el combate contra los malos. Incluí otros personajes, como el Dr. Idoch, que es una modificación de “chido”, y el Profe Marcos. La historia, y principalmente las pirámides y las antiguas culturas de nuestro país se volvieron un tema recurrente en las historias.

Entre el tercero de primaria y el sexto grado hice mi mayor producción de historietas, usando primero solo el lápiz, pasando después por la pluma atómica y enriqueciendo el acabado más adelante coloreando el contenido. Ya para el sexto año, empecé a explorar las ventajas de la plumilla con tinta china, un batidero al principio, pero ya en la secundaria con mejores resultados.

¿Dónde quedaron tantas historietas? Bueno, fui víctima de un engaño, ja ja, si, pues hacia el quinto de primaria mi mamá principalmente, me impulsó a aprender a tocar la guitarra y me metieron a la rondalla de la primaria y para que avanzara más en estas habilidades musicales, me pagaron unas clases con una conocida de mi mamá. Esta señora tenía un salón de belleza muy cerca del mercado de Tacubaya, y eran amistades de muchos años con mi mamá, mi tía y mi abuela, por lo que era de mucha confianza. Me atendía dos tardes a la semana en la parte alta de su salón, mi mamá me llevaba y me recogía y aprovechaban para platicar entre ellas un rato.

En una de esas pláticas salió el tema de que yo dibujaba y que además

hacía mis historietas, lo cual, le llamó mucho la atención a mi maestra de guitarra y estilista de mamás, así que me preguntó si le podía llevar algunas para que las viera. Yo no estaba convencido de prestárselas, pero una de esas miradas poderosas que echan las madres me hizo decir que sí, y le dije que en la siguiente sesión le llevaba algunas. Dicho y hecho, yo le iba a dar unos 3 o cuatro, pero mi mamá insistió en que llevara la mayoría, no me quedó de otra y así lo hice. La maestra de guitarra me agradeció la confianza y que en cuanto las leyera me las devolvía.

Pasaron dos o tres meses y muchas sesiones de guitarra y nada que me las devolvía. En fin, algo pasó en un determinado momento, mi mamá me dijo que me buscarían otra maestra de música, porque, cerraron el salón de belleza por alguna situación apremiante. Yo sólo entorné los ojos, bien abiertos y le dije a mi mamá ¿y mis historietas? Pues nunca más supe de ellas, mis papás se disculparon conmigo, pero realmente me dolió esa pérdida. No obstante, seguí haciéndolas y ya más adelante, en la época de la prepa, ilustré cuentos de Traven y de Eraclio Zepeda que aun conservo.

Búbu y Largo y los demás personajes siguen viviendo en mí, en mi mente y en mi quehacer, quizá por eso fui químico y arqueólogo, fueron mi manera de expresar mi sentir y lo que aspiraba llegar a ser y ahora soy.

Dejarte sorprender

Mónica Moguel Bernal.

Corría el año 2001 y la vida me había llevado a conocer cierta playa de un puerto sudamericano de la costa del Pacífico. Por la mañana de ese día habíamos salido de la capital del país, una joven mujer con su pequeña hija y yo; fue una de esas amistades con las que convives por un corto tiempo, pero las recuerdas para toda la vida, tal vez por las aventuras compartidas, o porque hasta el día de hoy recuerdo el fuerte frío que sentíamos en ese otoño austral.

Después de casi dos horas de camino -no precisamente por la distancia, sino por el tráfico- llegamos al puerto, se extendía el inmenso océano embravecido debido a que es mar abierto, helado por la estación del año y de un color gris oscuro que contrastaba fuertemente con el color y calor del mar de mi tierra yucateca.

Bajamos del auto e instintivamente corrí a la orilla del mar para observar la inmensidad del océano; en el momento en que llegué a la arena choqué con una anciana, vestía una falda de olanes, blusa a juego de colores brillantes y, en las manos, cuello y orejas lucía toda suerte de collares, pulseras, anillos y aretes; en las manos sostenía un cuenco de cobre con algunas monedas y me dijo: “ Soy gitana, ya que nos topamos en este lugar déjame leerte la mano”; en ese momento cruzó por mi memoria el recuerdo de mi abuela materna y de un relato que ella repetía constantemente:

Durante la segunda década del siglo pasado ella vivía en el puerto de Veracruz, en una situación precaria ya que todavía se sentían los vientos del movimiento revolucionario. Entonces le daban una moneda de cinco centavos los domingos, una cantidad importante para una niña de ocho años; ella participaba en la misa, a donde asistía como todas las niñas, con su vestido de algodón blanco impoluto y una mantilla a juego.

El paseo dominical incluía caminar a lo largo del malecón del puerto, donde platicaba y convivía con sus amigas; cuando se encontraba absorta

en la plática pasando por al área de desembarco de los navíos, en un descuido se le cayó su moneda; una gitana que estaba descendiendo de uno de los barcos la recogió, mi abuela acercándose a ella le pidió que por favor le regresará su moneda, a lo que la gitana se negó, diciéndole que lo único que podía hacer por ellas si querían era leerles la mano, pero que la moneda no se la iba a regresar; no viendo otra alternativa y entusiasmada por las amigas que estaban emocionadas porque les dijeran la suerte mi abuela accedió. Entre otras cosas le dijo que sería feliz, que se casaría, tendría una vida difícil durante algunos años y después tendría una vida cómoda, que tendría tres hijos, pero que la línea de vida la tenía muy corta y que eso quería decir que moriría joven; esa última frase marcó su vida; ella se privó de muchos viajes y experiencias, por el temor a morir durante esos momentos. La gitana fue atinada en todas sus predicciones, en la única que falló fue precisamente en la de la muerte, mi abuela murió de 80 años, pero se privó de muchas cosas por esas dos palabras; creo que a la gitana le faltó agregar a la frase: “una de tus hijas...” pues efectivamente una de ellas murió joven.

Sabiendo que la línea de vida de mi mano es similar a la que tenía mi abuela, en ese momento le respondí a la gitana: “no gracias, dejaré que la vida me sorprenda”. Le di la moneda que me pedía y me alejé.

Hoy puedo decir que la vida me ha sorprendido y muy gratamente, tengo mucho que agradecer, he vivido con la intensidad con la que mi abuela nunca pudo.

Dulces recuerdos compartidos

María Rebeca Yoma Medina

Cuando era niña (1965-1970 aprox.), nuestro patio de juegos eran las calles; después de hacer la tarea escolar o alguna otra que nos pusiera la mamá en las casas, simplemente nos salíamos por las tardes, armados con gises, a divertirnos con diversos juegos que hacíamos o inventábamos, y todos eran en conjunto: Doña Blanca, las cebollitas, bote pateado, Stop con nombres de países, el avión (que hacíamos las “tejas “ con papel higiénico mojado hecho bolita y si se deshacía al aventarlo teníamos que recoger los “hijos” que eran sus pedazos), a la matatena con huesitos de chabacano pintados de colores; a la comidita” con trastesitos que nos compraban las mamás en los mercados; a Carreterita (pintábamos con gis en el pavimento unas líneas paralelas simulando una carretera y los autos eran carritos de plástico, que haciendo un movimiento con los dedos teníamos que irlos empujando por todo el recorrido sin que se salieran de los límites o perdías), algunos tramposos les ponían plastilina debajo de su carrito para que pesara más y no se saliera.

Jugábamos a las canicas (que había de diversos tamaños y colores, las que se llamaban trébol a mí me gustaban, y algunos eran expertos porque hasta tiraban tan fuerte que hasta rompían la canica del contrario jajaja); también jugábamos Coleadas a veces con patines, (nos agarrábamos de las manos y el de hasta adelante comenzaba a correr y todos se jalaban esperando no soltarse, al que le tocaba hasta la cola o sea el último siempre le iba peor porque por la fuerza del correr de los demás siempre se caía y salía volando todo (a) raspado, pero era muy divertido.

No necesitábamos más ejercicio que salir todas las tardes a las calles donde nos la pasábamos corriendo y riéndonos mientras jugábamos.

Y quién de nosotros no tiene un recuerdo de la infancia asociado a un dulce de esos momentos tan gratos e inolvidables. Las golosinas eran muy

creativas y deliciosas, casi ninguna estaba tan industrializada como ahora, incluso muchas eran artesanales.

Había una gran variedad de ellas pero, desafortunadamente, solo algunas siguen existiendo:

Botellitas de colores de azúcar con liquidito dulce dentro, muy parecidas a las que se llaman “lagrimitas”, que también se vendían a granel; cazuelitas de barro con tamarindo azucarado o tamarindo enchilado; pedacera y recortes de menta, de obleas y de chocolates que seguramente era el sobrante de las fábricas; pirulís de caramelo transparente, largos y de distintos colores envueltos en papel encerado o de celofán, que tenías que remojarlos para desenvolverlos y se pegaban en las muelas...muy deliciosos; y hablando de muelas... coquitos de color café en forma de pirámide (quizás horneados con piloncillo) durísimos, tan duros que te podían romper una muela si los mordías, pero riquísimos que venía pegada su base en papel.

Había chocolatitos redondos con chochitos encima, galletas de animalitos que también te vendían a granel; vendían chocolate en polvo “Molinillo” en sobres pequeños, los azules eran de chocolate con azúcar y los rosas de chocolate con canela (que usábamos para jugar a “la comidita”); borrachitos, que eran unos dulces pequeños rectangulares suavécitos con azúcar encima y “envinados”; chicles de la adivina (le pasabas un cerillo al papelito y te decía tu suerte), pistolitas con tiras de papel con pólvora que tronaba como disparo.

Y los dulces ya más industrializados pero no por eso menos ricos como: Cacahuates japoneses, Palanquetas “Mafer”, chiclosos “Toficos” y “Koris”, chicles “Motita” de plátano y frutas; chicles “Canguro” (con los que podías hacer competencias para ver quién hacía las “bombotas” más grandes), que luego se pegaban en el pelo o la cara al reventarse jajaja... era muy divertido; pastillas “Salvavidas”, paletas “Charms”, chocolates de “La Vaquita”, dulces de leche que se llamaban “Dominó”, sobrecitos de Chilim y Salim, dulces “Seltz-Soda” que tenían como sal de uvas adentro; galletas redondas con cajeta en medio y cubiertas de chocolate, envueltas en una bolsita de

Dulces recuerdos compartidos

celofán que se llamaban “Besos”; chocolates “Tin Larín” y los que me gustaban más los “Almon-Ris”.

Todas esas eran golosinas que se vendían en las “tienditas de la esquina” Aparte, había señores con carritos que iban vendiendo por las calles y/o se ponían afuera de las escuelas, tenían fruta con chile, mango, jícama, piña y sandía con chamoy; manzana verde y perones con limón y chilito; rábanos y zanahorias rallados con chile y limón; ates de guayaba y membrillo enchilados y enrollados; trenzas de pan dulce.

Otros vendían papas fritas, chicharrones con chile y churritos que ellos mismos hacían; “raspados” que en su carrito el señor llevaba un bloque de hielo que raspaba con un instrumento de metal y ese hielo lo metía en un vaso grande y encima le derramaba una especie de enmielado que hacía con frutas, que lo traía en distintas botellas; había de tamarindo, grosella, limón, guayaba, piña, durazno, fresa...y así.

Se ponía también afuera de mi escuela primaria, una señora con una cazuela de barro que vendía “enchiladitas” sin nada adentro, solo la tortilla enredada con chile rojo y lechuga encima, te lo despachaba en un papel estraza y sabían deliciosas. También llegaba un señor con su carrito de helados y te servía en un cono de galleta y encima del helado le ponía mermelada de fresa, o cajeta, mmm... qué delicia.

Otros que también jugaban a los volados eran los merengueros, señores que andaban por las calles vendiendo merengues y gaznates y que jugaban con los chavos más grandes a que si le ganaban en algo que propusiera, les regalaba merengues y si no, le pagaban el doble.

Otra forma de divertirnos era llenando álbumes. Había una gran variedad de ellos: de futbolistas, de obras de arte que venían en las cajitas de cerillos, de artistas, de personajes históricos, de personajes de caricaturas, había uno que se llamaba “amor es...” que salió cuando pusieron la película de “Historia de amor”; en fin, comprábamos sobres con las estampas que debíamos ir pegando en el álbum hasta llenarlo, muchas veces salían un montón de repetidas, y eran muy codiciadas las pocas que tardaban en salir para completar el álbum, luego los chavillos jugaban volados para ganar esas que

no salían fácil o las intercambiaban por un montón de las que ya no querían.

En esos años no todos tenían televisión, y algunos ponían su tele hacia la ventana o en algunas tiendas para que la vieran los chicos desde afuera sentados en unas bancas, luego si la señora o señor era buena onda, hasta palomitas daban. Yo me acuerdo que la televisión era en blanco y negro, comenzaban apenas las televisiones a colores, y para que se hiciera de colores le pegábamos un papel celofán de algún color a la pantalla jajajaja, qué ingenuos, pero éramos sencillos, con todo nos divertíamos:

Cuando la más poderosa arma que jamás se había inventado era... “La Bomba del Globo con Agua” que lanzábamos desde las azoteas de las casas y edificios en los sábados de Gloria en Semana Santa, para mojar a quien se pudiera.

Cuando, para salvar a todos... bastaba con un grito de... ‘Un, dos, tres, por mí y por todos mis compañeros!’

Cuando ‘Policías y Ladrones’ era solo un juego para el recreo y, por supuesto, era mucho más divertido ser Ladrón...

Cuando la moneda que nos daban de “domingo” o que nos dejaba el “Ratón de los dientes” bajo la almohada, era como un tesoro para comprar todo tipo de dulces.

Cuando jugar a las guerritas no significaba más que aventarse bolas de papel durante las horas libres en clase...

Cuando quitarle las ruedas pequeñas a la bici significaba un gran paso en tu vida

Cuando todos te admiraban si lograbas cruzar la cuerda o el resorte mientras saltabas y en reversa también.

Cuando un balón, una cuerda, un gis y dos amigos eran suficientes para pasarla bien...

Cuando en las mañanas del 6 de enero, todos salíamos a la calle a enseñar y jugar con lo que nos habían traído “Los Reyes Magos”.

Todas esas cosas tan simples... nos divertían mucho y hacían felices... No

Dulces recuerdos compartidos

necesitábamos nada más...solo nuestra imaginación y la grata compañía de los amigos; aaah, y por supuesto, los deliciosos dulces que no podían faltar.

En esa época no había agua embotellada, tomábamos de las casas o de mangueras o llaves que hubiera en las calles y todo bien. Tampoco había tanta basura porque todos los envases eran retornables, no desechables, llevabas tus envases vacíos a las tiendas y te los cambiaban por otros llenos, realmente pagabas el líquido. Lo mismo sucedía con la leche, no había envases tetrapak, la leche la teníamos que hervir y la nata que hacía era deliciosa, embarrada en bolillo con azúcar o dentro de una concha...¡ya se me antojó! jajajaja. Eso sí, lavar esas ollas y más si se te derramaba la leche en la estufa era un calvario, se pegaba en todo y costaba trabajo lavarla.

A veces por las tardes me enviaba mi mamá a comprar el pan a la panadería, me daba 1 peso para regresar con 10 bolillos, y para cenar a veces nos hacía un bolillo caliente partido a la mitad con mantequilla y azúcar; cuando se derretía la mantequilla con azúcar sabía muy rico.

Como a las 7 pm., nos llamaban nuestras mamás por las ventanas para que ya nos metiéramos a bañarnos y cenar mientras veíamos en la tele (los que teníamos) el cuento de Cachirulo, con el chocolate Express y Cuqui la ratita jajajaja, o algún otro programa como Mi Bella Genio, Hechizada, Tierra de Gigantes, Los Monsters, los Locos Adams, entre otros; y después a preparar las cosas y dormir para ir a la escuela al día siguiente.

Tantos dulces recuerdos que compartimos y lo seguimos haciendo, en las pláticas al reunirnos con los amigos, con los familiares y ahora al plasmarlos aquí, para que sigan deleitándonos.

Qué divertido era !!

El circo en la playa

José Adolfo Velázquez de León Collins.

A la edad de 17 años, cuando uno deja de ser niño, pero tampoco se es adulto, tuve la oportunidad de hacer un viaje por primera vez “solo” a Los Cabos, Baja California Sur, con el propósito de visitar a mis familiares por parte materna. Sin embargo, ese viaje no sería del todo “solo”, porque un amigo de la misma edad que yo, originario de Celaya, Guanajuato, y de nombre Gustavo, habría visto en mi viaje la oportunidad de salir a conocer esas lejanas tierras peninsulares en compañía de alguien como yo, con la “experiencia” de ya haber estado ahí antes.

Como ya pasaron algunas décadas de ese viaje, algunos detalles de cómo fueron los preparativos se han olvidado, pero de algo que sí estoy seguro, es que cada uno llevaba una mochila con lo únicamente necesario como para un mes de estadía: Una o dos mudas de ropa, traje de baño, snorkel y goggles para nadar en la playa. Si acaso, alguna golosina y una resortera para la “supervivencia” en el desierto sudcaliforniano.

Para ese entonces, a finales de la década de los años setenta del siglo pasado, todavía se encontraba en funciones el ferry, que solía hacer recorridos de Topolobampo, Sonora y de Mazatlán, Sinaloa, hacia la ciudad de La Paz, capital del Estado de Baja California Sur. Pero también existía la ruta de Puerto Vallarta, en el Estado de Jalisco, hacia Cabo San Lucas, la cual esta última fue la alternativa para nuestro viaje, ya que, de dicho lugar, posteriormente emprenderíamos un recorrido hacia el norte hasta la ciudad de La Paz a realizar visitas en diferentes pueblos y ranchos en donde reside parte de mi familia. Cabe mencionar que, para esas fechas, el paisaje de la península no constaba de esa “infestación” de hoteles, ni de carreteras y caminos, tal y como fácilmente ahora se puede observar hasta en Google maps, por lo que además de una población de muy baja densidad, es fácil adivinar la escasez en algunos productos y servicios de los que se adolecía. Entre éstos, por ejemplo, la presencia de una feria o de un circo no eran cosa tan rutinaria de ver como en otras partes del país, por lo que siempre fueron motivo de gran atracción de los entonces pocos pobladores.

El circo en la playa

Al llegar el día tan esperado de salida en la terminal de autobuses del norte de la Ciudad de México y, después de varios minutos de recomendaciones, de “pórtense bien” mientras nuestras respectivas madres nos santiguaban, por fin logramos subir al autobús. Gracias a la agilidad verbal de mi compañero hizo que nuestra presencia fuera del agrado de los conductores de la unidad, quienes nos invitaron a pasar a los asientos del frente que, por lo regular, eran apartados precisamente por el chofer para el descanso de su colega. Incluso, traía dos pequeños bancos de madera, mismos que acomodamos en las escaleras de acceso del autobús mientras platicábamos, cigarro tras cigarro, con el conductor en turno. Después de una noche de chistes y aventuras de los conductores, recuerdo nuestra llegada a Puerto Vallarta al amanecer del día siguiente, en una travesía de aproximadamente 14 horas desde la Ciudad de México.

Una de mis preocupaciones primordiales era que todavía no llevábamos el boleto del barco y por nuestra poca experiencia, “saltando” del autobús nos fuimos a formar a la ventanilla de los boletos del ferry, oficinas que se encontraban en el malecón de Puerto Vallarta, de tal forma que ni siquiera fuimos a pasearnos a la playa y únicamente nos turnamos para ir a desayunar y no perder nuestros lugares, aunque fuésemos los únicos en estar en dicha ventanilla desde las seis de la mañana. Gustavo conocía el mar por primera vez, aunque fuera desde el malecón. Dada la situación de premura por nuestros boletos, al final fructificó en haber sido los primeros en conseguirlos, aunque eso fuera ya cerca de las diez de la mañana y de haber pocas personas que hicieran fila para el viaje. Ya con los boletos en nuestra posesión, nos quedamos tranquilos descansando sobre nuestras mochilas con la idea de ir posteriormente a la playa, lo cual no fue posible por habernos quedado dormidos debido al cansancio por la noche en vela que habíamos pasado en el autobús. Despertamos a eso de las cuatro y media de la tarde, hora que se supone deberíamos estar a bordo, porque el barco tenía hora de salida a las cinco de la tarde. Así que salimos corriendo y, a pesar de haber sido los primeros en conseguir boleto, acabamos siendo de los últimos en abordar.

Nuestros boletos avalaban dos asientos como los del autobús, pero en un salón más amplio y repleto de los mismos, los cuales, para nuestra fortuna, no estaban todos ocupados lo que permitió poner nuestras bolsas de dormir en los pasillos entre líneas de asientos y pasar al menos la segunda noche acostados. Los que han viajado en barco sabrán que no siempre las

noches en altamar son calmadas, puesto que en muchas ocasiones los vai-venes de la nave toman por sorpresa a uno que otro incauto, que al caso nuestro y dado lo que antes ya había vivido, pude darme cuenta de algunos contenidos gástricos que de otro u otros pasajeros se aproximaban hacia nuestros aposentos, por lo que, despertando a Gustavo, logré advertirle a tiempo teniendo que mudarnos a nuestros asientos de nuevo. Sin embargo, para no tener que soportar los espíritus de aquellas acuosidades, subimos a cubierta a tender en la madrugada nuestras bolsas de dormir, justo por detrás de una de las chimeneas del barco. Afortunadamente, el resto de la noche la pasamos cómodamente abrigados y tibios por el calor de la chimenea, hasta la mañana siguiente, que al despertar en altamar con los primeros rayos del sol y darnos cuenta que estábamos todos sucios del hollín de las chimeneas, tuvimos que medio limpiar nuestras ropas, bolsas de dormir, caras y manos en los lavamanos de los sanitarios del barco. Después de un frugal desayuno en el restaurante, alcanzamos a vislumbrar tierra ya cerca de las doce del día. Estábamos a punto de volver a tocar tierra peninsular.

Conforme se acercaba la nave a puerto y disminuyendo velocidad, fue posible observar cierto bullicio en una de las playas cercanas al poblado de San Lucas, muy cerca de donde entonces se encontraba una planta enlatadora de atún de la marca “Calmex”, ahora desaparecida. Estando aproximadamente a quinientos metros de llegar, pudimos percatarnos de muchas personas trabajando, intentando colocar grandes carpas con gruesas cuerdas, luchando contra los fuertes vientos de la playa y acomodando jaulas, animales y otros menesteres. En cuanto salimos del barco, un tío y mi tía ya nos esperaban para darnos la bienvenida, quienes nos llevaron a su casa en el automóvil de la familia, a pesar de estar a pocas cuadras del muelle de donde atracaba el barco. Recuerdo que queríamos ir a la playa inmediatamente, al mismo tiempo que acercarnos a fisgonear en la instalación del circo, lo cual no sucedió hasta después de obligarnos a comer antes que otra cosa sucediera. Por tal motivo, mi tía nos advirtió que esperaríamos al menos dos horas antes de entrar a nadar en la playa y que no fuéramos demasiado lejos. Y así lo hicimos.

Gustavo, quien por fin entraba al mar por primera vez y se percataba con sendos gritos de que el agua estaba salada, después de casi tres horas de estar utilizando goggles y snorkel, decidimos regresar a casa de mis tíos, para lo cual nos obligaba pasar forzosamente por el área en donde se esta-

El circo en la playa

ba instalando el circo. Cansados del viaje y de la natación, no fue impedimento para ir a echar una mirada en las atracciones que ni siquiera aún se anunciaban en el circo, acercándonos hacia un elefante joven como de dos metros y medio, encadenado a una estaca con una gruesa cadena de acero en una de sus patas traseras y haciendo movimiento de vaivenes, como si supiera que así llamaría la atención de más de los cuatro o cinco lugareños que ya estaban presentes. Gustavo, con los goggles y el snorkel en la mano, era quien se veía aún más curioso hacia la bestia, que sin ninguna otra protección más que la estaca a la que estaba encadenado, al quedar a metro y medio del elefante vio la oportunidad de acariciarlo y así lo hizo. Tal vez el animal sintió su intención de no hacerle daño, sin embargo, no tardó ni un minuto para que con su trompa lo tomara del tobillo asíéndolo hacia arriba y quedando Gustavo de cabeza en el aire, quien asustado soltó los goggles y el snorkel con gritos de angustia.

Las personas que ya se habían reunido ahí, algunas salieron despavoridas y otras pidiendo auxilio a alguien del circo que, a pesar de tanto ruido, brillaban por su ausencia. No sabían qué hacer ni cómo reaccionar. Lo primero que se me vino a la mente fue tomarlo de una de sus manos para jalarlo y luchar contra la fuerza del elefante que, al cabo de tal vez un par de eternos minutos, por fin fue soltado para yo poder alejarlo fuera de su alcance. Sin embargo, el stress no había terminado, los goggles y el snorkel habían quedado en un espacio al centro entre nosotros y el elefante, situación también notada por el paquidermo. Ni éste ni nosotros hacíamos algún movimiento, como si en cada lado estuviera esperando el primer movimiento para ganar esos objetos. Gustavo entre dientes me decía que esos goggles y snorkel le habían costado caro y que no se los iba a dejar a un elefante por muy de circo que fuera. Yo quería convencerlo de que esperaríamos a que alguien del circo viniera para comentarle lo sucedido, pero Gustavo no quiso esperar, así que se avalanzó hacia sus pertenencias con tan mala suerte, que el elefante terminó siendo más ágil, arrebatando del suelo arenoso los goggles y llevándoselos a su probóscide para comenzar a masticarlos cual ricas tostadas. Todos los presentes, haciendo caras de extrañeza y hasta de asco, veían y escuchaban cómo tronaban los goggles entre sus muelas.

Afortunadamente, el snorkel no fue de la preferencia del elefante, porque pude rescatarlo mientras masticaba los goggles bajo la mirada atónita, de tristeza y odio de Gustavo, quien después de algunos minutos logró

calmarlo para que regresáramos a casa de mis tíos. Al comentarles lo sucedido, pues no les quedó más remedio que decir “ni modo, así se aprende”.

Al día siguiente por la tarde, una de mis primas que había asistido a la función inaugural del circo, nos comentó la razón del por qué había hecho eso el elefante. Resulta que, en uno de los actos, el elefante toma a un niño del tobillo para subirlo y sentarlo en su cabeza, a lo que el niño lo premia con lo que al parecer son galletas. Desgraciadamente, ni Gustavo, ni yo y tampoco las personas que estuvieron presentes en nuestro desaguisado, nos percatamos en esos momentos de la imperiosa necesidad de que los dueños deben tenerle más cuidado a los animales con los que trabajan, así como de la falta de sentido común que a veces las personas desbordan a chorros cuando se acercan a fauna cuya naturaleza es silvestre o, simplemente, no conocen.

Esa ha sido la primera y única vez de la experiencia de un circo en una playa, pero el resto del viaje resultó bastante emocionante y divertido. Gustavo tuvo que regresar a la Ciudad de México a la tercera semana (ya sin goggles) por cuestiones de apuntarse en su escuela. Yo sí pude quedarme incluso como un mes y medio, antes de regresar a hacer lo mismo para entrar a la prepa. De nueva cuenta, el viaje de regreso no lo haría solo, me acompañarían uno de mis hermanos que llegó a alcanzarme en La Paz y uno de mis primos que también iría a estudiar a la Ciudad de México, ambos mayores que yo. Saldríamos desde el Puerto de Pichilingue, en La Paz, hacia Mazatlán, para de ahí tomar el autobús a la Ciudad de México. En esa ocasión, el ferry iría bastante ocupado y el mar aún más embravecido que en el viaje de ida, por lo que recordando lo que pasaba entre los ocupantes de los asientos de la “clase salón” del barco, decidimos irnos a pernoctar en cubierta, a lo cual les sugerí acomodarnos atrás de las chimeneas del barco, como un acto de nostalgia por Gustavo.



El primer beso

Hugo Orlando Guerrero Meléndez

Quizás lo más cercano a que alguien te enseñe a besar es cuando en la infancia o en la adolescencia veías algo sobre el tema en la televisión, en el cine, o quizá en alguna revista. Pero eran unos besos inocentes tipo el artista TinTán tratando de besar a Silvia Pinal en el Rey del Barrio. Llamando al amor.

Para escenas eróticas, o más bien, muy sugerentes, las fotonovelas eran geniales: Corín Tellado, ¡¡uff!!, de lo mejor; esas revistas las veía en casa de mis tíos, iba al cuarto donde estaban y me la pasaba hojeándolas.

No recuerdo haber platicado con mis amigos sobre cómo besar, éramos unos niños. Conclusión: mi experiencia con el primer beso fue agarrando la situación al vuelo. Jajaja. Más adelante la describiré.

Se dice que las niñas maduran antes que los niños, y en el recuento de los años analizo y creo que es cierto, que mientras nosotros los hombres estamos todavía pensando en jugar, las mujeres son más atrevidas cuándo, por ejemplo, se trataba de empezar por sacar a bailar a alguien, en las primeras fiestas.

Ellas se esmeraban en arreglarse el cabello con algún adorno, encontrar la ropa que combinara, ponerse algún perfume, algún rubor para confirmar la belleza de la niñez y su paso a la adolescencia. Nosotros, íbamos iguales o casi sin ningún cambio; bueno, bien peinados, ropa limpia y zapato boleado.

En el D.F. en Azcapotzalco, en los 70'S cuando llega la música disco, hubo un boom de sonideros locales, "Mantus" y "Star Sound" que eran pequeñas réplicas de la grandiosa y reina de la música disco y "High Energy": "Poly Marchs"; y después, otros más de corte salsero como "Sonido la Changa".

"Mantus" y "Star Sound" tocaban principalmente por los rumbos y las

El primer beso

colonias: La Nueva Santa María, Clavería y Electricistas. Cada viernes, nos entregaban afuera de la secundaria hojas ilustradas del tamaño de media o un cuarto de carta con los datos de dónde sería la tocada, eran tardeadas. Estas hojas tenían diseños futuristas, con dibujos espaciales, había unas que eran en corcho, ¡eran geniales! Nosotros hasta las coleccionábamos, las iluminábamos y las poníamos de protectores de los cuadernos de matemáticas o español.

La verdad es que a los 11 años (cuando entré a la Secundaria) nunca fui a esas fiestas por dos motivos: 1) Mi mamá no me dejaba ir y 2) no tenía dinero. No recuerdo cuánto costaba la entrada a esas tardeadas y no fue sino en tercero de secundaria en que asistí con mis amigos a esas tocadas.

No todo estaba perdido, lo más común para muchachos sin recursos eran los eventos en nuestros propios domicilios. Recuerdo la primera fiesta que se organizó con los compañeros de la secundaria, fue en la casa de mi queridísima amiga Mayela, exactamente frente a la escuela. No saben qué emocionante fue pensar en ver a mis amigos y amigas fuera de la “secu” y con ropa de civil.

Allí crecí, o empecé a madurar, o empecé a ver a las niñas de otra forma, entendí lo que describí arriba, las niñas maduran antes, sacaban a bailar a los niños, y aceptar, era un logro personal (recuerdo que a la primera, muchos no lo superaron, por qué no aceptaban bailar) yo sí acepté y seguramente me puse rojo como tomate, ¡¡porque no sabía ni bailar!!, y de pronto, había que sentir el ritmo de la canción “Knock on wood” o “Born to be a Live” y mover el cuerpo con algo de ritmo para no hacer el ridículo. Volteaba para un lado y ellos me veían con risas, burlándose de mí, volteaba al otro lado y las veía a todas ellas bailar quitadas de la pena y yo a su lado. Allí fue la primera de las pruebas superadas, en los temas del beso y del amor.

Después de un par de encuentros desafortunados con el amor y con la niña de mi salón que me gustaba y por la que sufrí toda la secundaria, pero en particular el primer año, empecé a saber de los golpes de la vida. De eso no hablaré aquí ni daré más detalles, quizá algún día lo haga.

El rechazo que me propinó esa niña, hizo un estruendo en mi corazón y en mi cabeza, pasé de ser un niño inocente bien portado e introvertido, al monstruo en qué me convertí. ¡¡¡Jajaja!!! nada, nada, pura ciencia ficción. Más bien me convertí en el tipo que iba a superar muchos momentos similares.

A finales del primer año, o quizá inicios del segundo año, no lo recuerdo bien, cierto día apareció en clase de música, con la maestra Cuquita, una niña que cursaba un año más adelante que yo ¡Ángeles!, fue a dejar algo para la maestra. En esos tiempos pasaban la caricatura de Heidi en la televisión, y qué les digo, ¡a esta niña le decían Heidi!, porque tenía una cara muy bonita, corte de cabello similar, piel blanca y con hermosas chapitas rosadas en las mejillas y, como suele suceder, hubo intercambio de miradas.

Y entonces !!..... ¡¡Jajaja shaless¡¡, no se por qué estoy escribiendo esto, pero seguiré.

Durante el segundo año, la transformación fue completa. Todo fue muy rápido, pero genial, fue estupendo, crecí, todo gracias a Heidi.

Por las tardes después de salir de la secundaria, mis inolvidables cuates Lalo, Jesús y yo, regresábamos caminando a nuestras casas; nos juntábamos porque los tres vivíamos en la Unidad Cuitláhuac. Se quedaba primero Jesús, en su edificio, después Lalo que vivía por el “Cuadro” (un espacio donde había unas canchas de basquetbol en una sección de la Unidad) y, finalmente, yo que vivía por la Maquinita, que era un viejo tren de la época de la Revolución (a la entrada de Ferrocarriles Nacionales conocido como Pantaco), algo retirado de los edificios de mis amigos. Me cambiaba, seguramente comía algo, hacía la tarea y por lo regular me salía nuevamente e iba a ver a mis amigos Lalo y Jesús. Ahora me doy cuenta con cierta nostalgia de que el “Cuadro” fue el sitio de las etapas más bellas y emocionantes de mi vida, ya que allí tuve a mis mejores amigos y sus familias, pasé de la niñez a la adolescencia y parte de mi vida juvenil y adulta con estos amigos y amigas increíbles que nos criamos entre las banquetas, parques y espacios de la Unidad, jugando, peleando, besando.

El primer beso

Una “histórica” tarde, cuando regresaba al “Cuadro” a ver a mis amigos (y llámenle el destino, la suerte, o lo que fuere), pasamos a la tiendita de Don Mariano que estaba en un departamento planta baja de un edificio de la Unidad, cerca del Cuadro; al estar yo comprando entró Heidi con una amiga. Lalo que ya sabía de la atracción mutua, me dijo, “vas”, “sobres”, y pues fui.

Realmente, ahora que lo pienso, siempre, ese es el gran momento, sudan las manos, duele la panza, no salen las palabras, de hecho a los 12 años no sabes qué decir y hay que hacerlo bien, o sí lo sabes pero nunca lo has dicho, ¿cómo empezar? Apenas podía articular la frase, tartamudeando, me atreví: -Hola, Ángeles, ¿podemos hablar afuera? (de la tiendita obvio) - Dijo que sí. Subimos al primer piso de ese edificio. Ya estando solos, le confesé que me gustaba y que si quería ser mi novia: y la respuesta nuevamente fue siiiii. ¡¡Ooohhh!!, y sin pensarlo mucho le pregunté si la podía besar.... ¡Todo mi cuerpo al máximo, ya me imagino las hormonas del enamoramiento, alborotadas saliendo de ambos, chocando en el ambiente que nos rodeaba. Al acercar mis labios a sus labios ella tomó la iniciativa, recorrió mis labios y mi boca, fue increíblemente excitante, hermoso, yo no sabía nada de besar, de lo que era un buen beso, de la energía que puede transmitir, de lo que siente todo el cuerpo con tan solo un beso. Ella me enseñó a besar. Hoy, en este momento, recordando aquella tarde, agradezco que Heidi haya formado parte de mi vida, fue el impredecible destino, ya que después de unos cuantos días, ella y su familia se fueron de la Unidad, no supe cuándo ni a dónde, yo tan solo tenía 12 años. Nunca más la volví a ver.

Ese beso me moldeó, ese momento fue increíble, la declaración a una niña mayor que yo, y que ella hubiese aceptado, hizo que mi vida con respecto a las mujeres fuera siempre de reconocimiento, y también me dio toda la confianza para los futuros encuentros con las mujeres que, en cuestiones de amor y besos, se han cruzado por mi vida.

Como conclusión de este relato, creo que en esos años las relaciones entre chicos y chicas eran muy tradicionales, era conocerse, hacerse novios, tomarse de las manos y, seguramente, después llegarían los besos. Hoy

resulta que aparecemos en una descripción por nuestro año de nacimiento y nuestra vida infantil y adolescente, que somos de la GENERACIÓN X. Sólo puedo decir, que “El Beso” es la mejor experiencia entre dos personas y aunque hay muchos tipos de besos: de amor, de pasión, de cariño, familiares, de amigos, debo decir que los besos de pasión son los que más me gustan: acercarse lentamente a los otros labios, sentir el aroma de la piel de la otra persona; antes de rozar lentamente los labios de enfrente ya los tienes mordiéndolos en tu mente, estos besos desencadenan muchísimas cosas más, ¿no creen? ¡Hasta hij@s! . Así tuve tres. ¡Jajaja!

El rancho de mis abuelos

Carmen Rojas Sandoval

El abuelo Fidencio les decía fierros a los cubiertos. Sencillo, autodidacta y muy inteligente, trabajó como mecánico de grandes piezas en presas hidroeléctricas. Fue ahí donde le nació a mi padre la pasión por la ingeniería. Y es que él fue elegido por sus padres para continuar la educación formal e ir a la universidad. Su hermana Criselda, “Chela”, hubiese querido ir más tiempo a la escuela, cómo así me contó al pie de su cama. Pero la abuela Trinidad, “Trini” y los celos de su hermano Juan, hicieron que su niñez fuese un claustro, donde las mujeres son buenas para echar tortilla, moler maíz y, de tener suerte, casarse con un hombre de recursos. De pequeña, en mis andanzas por el rancho yo veía el molinillo, pero desconocía su función; eso no me la enseñaron en la escuela.

Como en la trilogía de los cuadros de Remedios Varo, ella escapó con Manuel su gran amor, un albañil que le prometió sustento y cariño. Al día siguiente de su fuga, como ocurre comúnmente regresaron a pedir el honroso perdón. Como no pudieron concebir hijos, adoptaron a Francisca, una hermosa niña mulata de cabellos rizados, además de apadrinar a Libia, a quien acogieron en su casa del puerto de Veracruz durante sus estudios de enfermería. Años después, cuando su Manuel murió, Libia la cuidó con devoción hasta su último aliento. Ella, la viajera, vivió postrada en una cama durante años. La osteoporosis y una prótesis fallida en la pierna izquierda le impedían ser libre de nuevo.

Los recuerdos la inundaban, los buenos tiempos con su Manuel y aquellos sufrimientos en el rancho deseando escapar mientras echaba tortillas, llenaban nuestras tardes. Con libreta en mano, yo trataba de seguir apresuradamente lo que ella me contaba acerca de nuestra parentela, pues al igual que mi padre, tenía una memoria privilegiada. Mirábamos juntas el programa “Reportaje de Alvarado”, que tanto le gustaba, en el que el conductor, Eduardo Alvarado Ginesi, recorría la historia y gastronomía

de Nuevo León, donde ella nació, así como el resto de mi familia paterna. Creo que aun en la adversidad, ella supo ser feliz por momentos aún acostada, mientras bordaba hermosas flores y contaba infinidad de cuadros milimétricos en un aro. Y es que la felicidad son instantes, dicen, pequeños cuadros en la enorme tela que es nuestra vida, pienso yo. Sin imaginar cuánto amaba la música de su terruño, le regalé un pequeño radio en el que sintonizaba una estación que transmitía música de la región. Dicen que los muertos aun escuchan durante su funeral. De ser así, debió gozar mucho aquellas canciones que sonaron por horas al pie de su tumba, pintada de azul, y acompañada finalmente de toda su familia a la que tanto extrañaba.

Del abuelo Fidencio conservo en mi sala un baúl de madera, de la abuela Trinidad su máquina de coser Philips y de Chela conservo sus memorias, que ya son mías.

-¿Por qué gustas tanto de visitarme y llamarme por teléfono si yo no pude cuidarte cuando naciste?, me preguntaba.

-Porque a través de ti, le dije, conozco más a mi padre.

Y es que ella me platicaba de la abuela “Trini”, a la que no conocí y de mis tíos, entre ellos Samuel. “Chamy”, como así le decíamos padeció de epilepsia como resultado de una fuerte caída. Cuando convulsionaba yo sólo escuchaba a mi madre gritar desesperadamente a mi padre. Durante el día pasaba horas meciéndose en cucullas y su recuerdo me impresionó tanto que una tarde de verano escribí un poema llamado “A todos mis muertos” que dice así:

“Te llamo Samuel
con tu cara de niño
a los 50 años
te regalo mis juguetes
mi sonrisa
mis cantos.

El rancho de mis abuelos

Tenías los ojos de mi padre
pero en otro tono de mar
no azules
sino verdes
transparentes
y de tan cristalinos
parecían estar llorando

A los siete años
miraba tus ojos
y de tanta belleza
al verlos pensaba:
ya no me mires más
porque yo también lloro
pero no parecía un mundo triste el tuyo
solo inocente
el de una infancia detenida”.

Chela y yo platicábamos también del tío Fidencio. Su larga cabellera ondulada y castaña hacía juego con sus ojos color de almendra y todos mis hermanos lo recordamos por sus sonoras carcajadas... ¡juar juar juar!, reía. Y es que el tío Fidencio era un entrepreneur en ciernes pues, sin haber leído el “Mejor vendedor del mundo” de Og Mandino, vendió todo lo que se le ocurría del rancho para financiar “sus empresas”. Lo malo es que entre las “finanzas” estaban los discos del arado.

-Ay carnal, es que se me presentó una finanza y la realicé ¡juar juar juar!

Al igual que mi hermano Froilán, heredó de mi abuelo una mente brillante para la mecánica y tenía un taller donde arreglaba un Buick convertible. En su taller había un pozo para arreglar coches y sacarles el aceite. Yo merodeaba plácidamente en ese y otros espacios del rancho, excepto en las bodegas con llave, ahora entiendo por qué. Ese olor a óxido y moho en máquinas y carrocerías invadidas por la hierba siempre ha tenido en mí un efecto gustoso. Además, el risueño tío Fidencio tenía una magnífica colección de las revistas de Mecánica Popular, así como todos los discos LP de los Beatles. Mi madre me contó que sus valiosos tesoros fueron consumidos por el fuego a causa de un incendio en su cabaña, como posible ira de Dios o castigo, según decía ella, por fumar marihuana.

Entre sus legendarias historias, se contaba que mi abuelo había tenido que rescatarlo del torito en Acapulco, playa a la que llegó de aventón por supuesto. Mi padre le dejaba unos billetes cada vez que iba al rancho y también le dejaba dinero a mi abuelo. Lo que interpretábamos como generosidad de mi padre era en realidad una retribución y agradecimiento a su clan, el cual lo apoyó en todo momento para convertirse en ingeniero. Fue así como Don Joel formó parte de la primera generación de estudiantes en estrenar las brillantes instalaciones de la Facultad de Ingeniería en la llamada Ciudad Universitaria. Anteriormente la carrera se impartía en el antiguo Colegio de Minería, en la calle de Tacuba, en la Ciudad de México. Sin embargo, mi tío Juan no se quedaba atrás y junto con mi abuelo organizaban el rancho. Entre los tres construyeron una alberca para beneplácito de la familia y durante los calurosos veranos disfrutábamos con algunos vecinos del pueblo. Algunos de ellos regresaban a deshoras o después de los veranos. Sin embargo, la cal de mantenimiento en el agua los ahuyentaba. Siguiendo el camino a la alberca corrían canales paralelos y yo podía llegar a pequeños aljibes en donde encontré una vez una tortuga. Mi pasatiempo favorito en aquellos veranos era deambular sin rumbo en aquel verdor pegajoso.

Un día, unas gallinas picoteaban a una rana afuera de mi ventana. Me pareció tan trágica la escena que acudí a su rescate y superando el repudio que la consistencia de su piel me causaba la tomé con un palito y la llevé a

El rancho de mis abuelos

la alberca. La pobre se me cayó en más de una ocasión pues el camino era largo, sin embargo, pude arrojarla en la poca agua que quedaba estancada. Al siguiente verano reflexione que quizás no había sido tan buena idea dejarla en la alberca, en primer lugar, no sabía si sobreviviría herida en el agua, en segundo lugar, porque el agua estancada lucía un color verde botella, lo que juzgué poco sano para ella y en tercer lugar porque la alberca se llenó de huevecillos de rana. Y es que la consistencia de las ranas y sapos no me agradaba, como así mostró el grito que solté al sentir la piel de un enorme sapo que habitaba en una lavadora del rancho y que a bien tuvo mi madre transportar a la casa de Tlalpan. Pero no era una aberración la que yo les tenía a los sapos pues veía con pena sus cuerpos aplastados por los coches y camiones en Guerrero, donde también pasé los veranos de mi infancia, en la presa hidroeléctrica El Caracol. Cerca de nuestra casa una vez vi, con tremendo pesar, a una gran rata atropellada que había parido a sus crías recientemente y ellas aún se amamantaban de su madre muerta.

En estos días he sembrado mandarinas y chiles en mi jardín y pienso en el huerto de mi abuelo. El rancho se llamaba Nuevo León y se encontraba cerca de Tierra Blanca. Él y mi hermano Joel, el ingeniero químico, planeaban desarrollar un sistema para optimizar la fumigación del cultivo de arroz y de azúcar. Entre sus diseños estaba un modelo de araña gigante, para evitar el uso de los caballos que fácilmente se empantanaban. Yo veía a los jornaleros llegar a la cocina a media mañana, abrir el refrigerador y tomar leche fresca para desintoxicarse. Don Fidencio, que sembraba pacientemente los chiles en su huerto, tenía tanta energía a sus 70 años que nos daba la vuelta a todos sus nietos. Durante la comida nos convidaba a cada uno un chorrillo de su cuba, la cual preparaba en una cubetita blanca de plástico, con ron añejo Solera y limón. Mientas tanto nos explicaba los problemas del campo mexicano, como aquel año en el que el precio del azúcar se abarató por la importación desde Cuba.

A los diez años acudí al funeral de Juan, quien se fue a operar al Seguro Social, sin decirle a nadie, y murió en la plancha. Una muerte más de las que cargaba mi abuelo, pues su querida “Trini” había fallecido de cáncer y sólo alcanzó a conocer a su primer nieto, mi hermano Joel. Sin embargo,

para admiración y orgullo de todos se volvió a casar a los setenta y tantos años. En una ocasión nos contó tiernamente en la mesa “con perdón de los menores presentes”, como llevó a “Mariquita” a nadar para conocer sus cuerpos. Sus recurrentes chistes a la hora de la comida son parte de mi bagaje de chistes, como aquel del burro que no sabía de mecánica.

Mi infancia en esos verdores del sur de Veracruz y del río Balsas en Guerrero me hicieron amar la selva, su fertilidad y sus coloridas flores que aparecían mágicamente tras las lluvias. El gusto por deambular lo compartía con mi hermano Fidencio a los seis años y juntos mirábamos los campos de pequeñas flores que aparecían después de una noche de intensas lluvias. Nuestras andanzas nos llevaron hasta una construcción, desde la cual se miraba a lo lejos la carretera, punto desde el cual prudentemente nos regresamos, no sin antes contemplar desde lo alto aquel vergel.

Atrás de nuestro camper había un pronunciado cantil, en el que echábamos agua y bajábamos en láminas, cual trineo, para subir de nuevo, echar más agua y descender a gran velocidad, frenados de último momento por la grava en la ladera. Recuerdo entrar a hurtadillas al baño con los bolsos llenos de piedras de río, acicalarme en el lavabo y observar el botín al salir muy limpia, según yo, para continuar las aventuras. Por las tardes disfrutamos los juegos de mesa con mis hermanos y los amigos de la calle. Y literalmente de la calle, pues era la única vía que comunicaba el campamento de ingenieros con las instalaciones de la presa. En ella solo había una casa construida seguida de una serie de casas rodantes apostadas a cada lado de la calle. El camper de mi padre era doble y aquella casa construida tenía una alberca a la que acudíamos a nadar toda la chavaliza.

De aquellos años en El Caracol recuerdo volar en diferentes helicópteros desde los mosquitos para pocos pasajeros hasta los más grandes. En ellos nos llevaban a mi madre y a sus polluelos a mirar las carreras de lanchas hiper veloces desde la ribera del Río Balsas. Mi hermano Paco gustaba de invitar a sus amigos de la prepa y nos reíamos cuando mi papá lo presentaba junto con su amigo Oscar pues todos creían que en realidad él era su hijo por ser tan güero como mi papá. Y es que Oscar fue el hijo-amigo adoptado que en toda casa suele haber. Amaba las salsas de mi mamá y

El rancho de mis abuelos

vertía tanta salsa de tomate en su arroz que de ahí, adoptamos la broma de preguntarle durante la comida ¿no quieres ponerle más salsa a tu arroz?

En la casa de Tlalpan donde crecí había un barullo constante, pues cada uno de los siete hijos usualmente invitaba a dos o tres amigos a la mesa, que además se quedaban a pasar la tarde, como las guapas porristas amigas de mi hermana Paty o los amigos de barrio de Froilán. Mi hermana Rosalina invitaba a mi cuñado Héctor y preparaban fondue en una enorme cazuela para todos. En aquel entonces mi hermano Joel ya se quemaba las pestañas, como decía mi madre, estudiando Ingeniería Química, pero sus fiestas con los compañeros de estudios eran legendarias y sus amigos una fuente inagotable de chistes. Así conoció a su esposa Adelita, prima de Manuel. Él y sus amigos se quedaban hasta las tantas y se dice que un día amanecieron rodando de risa, “nadando” en el pasto del jardín. Y es que la familia de Adelita, además de ser más extensa que la nuestra, que ya es un decir, es muy bohemia, cosa que yo amaba, además de los chistes de sus primos quienes repetían sus grandes éxitos a solicitud de todos.

Y es que los Rojas no son muy bailadores, no así los Sandoval como bien demostraba mi madre. En las cenas familiares nadie sacaba una guitarra o ponía música para bailar. Pero si una banda pasaba por la calle a mi mamá le latía fuerte el corazón y salía con unas monedas a pedirles la Marcha de Zacatecas. A sus 82 años, a “Chaly” o la “Jechu” como le decimos todos de cariño, todavía le gusta bailar. En cada fiesta o cena familiar ella preparaba botanas, ensaladas y algunos platillos que comíamos en platos desechables en las piernas, pues en mi casa nunca había mesa que alcanzara.

De mi infancia recuerdo el gusto que me dio aprender a tender mi cama, trenzarme el cabello, aunque se me cansaran los brazos y leer la palabra caballo. Yo hacía como que leía las revistas Selecciones del Reader's Digest y cuando por fin pude leer me gustaba mucho la sección de chistes. Siempre me ha gustado el humor. Pero la reina de los chistes rojos era mi mamá. En las juntas de padres y madres tenía un éxito arrollador, cosa que me daba un poco de vergüenza. Aunque a mis seis años yo contaba el chiste de cuando Chita se equivocó de plátano y provocó el mayor grito de Tarzán. Todos reían y decían que era muy graciosa. Mi madre decía

que yo no lo entendía y yo decía que sí, pero no estoy tan segura, pues yo imaginaba que Chita caía precipitadamente al confundir una liana con un plátano, lo cual no tenía nada que ver con Tarzán.

Recuerdo que una de mis hermanas me bañaba y “Chaly”, la mayor, dice que yo era tan perfeccionista que cuando me hacía las coletas si la línea no iba derecha yo misma me las deshacía. Recuerdo cuando a mi hermano Fidencio y a mí nos dio varicela. Nos metieron en la tina con poca agua y un polvo para la comezón. Esto alivianó la rasquiña, pero no nos quitó el frío en la tina. Para evitar la gripa, también nos daban en ese baño friegas de alcohol

Mi tía Arcelia, ahijada de mi abuela materna Carmen, y a quien también llamamos “Chelita”, me bañaba con agua caliente en Guadalajara y me arropaba con una deliciosa toalla gigante. Tan deliciosa como las papas fritas con las que me consentía. Y es que “Chelita” ha cuidado de todos los nietos y bisnietos de mi abuela Carmen a quien le decían “Mela”. Cada vez que llegábamos a la casa de mi abuela, en la calle de Atotonilco, mi tío Mario abría sus brazos como alas y me cargaba cada vez que llegábamos a pasar Navidad y algunas semanas en verano. Aunque el Año Nuevo nos tocaba pasarlo en Guadalajara aún recuerdo un año que lo pasamos en el rancho de Veracruz. Cenamos temprano, nos fuimos a la cama y desde ahí escuché las 12 campanadas.

A diferencia de las celebraciones en el rancho de Veracruz, las fiestas navideñas en Guadalajara empezaban tan pronto salir de vacaciones y viajar en la camioneta guayín de color blanca. En el viaje comíamos sándwiches y tacos dorados, con todo y la salsa de tomate aparte, que mi mamá preparaba para no gastar ni parar en la carretera. Por las calles de Guadalajara todos, incluido los conductores, te decían al pasar ¡Feliz Navidad! cosa que ya no sucede. Recuerdo mis patines al salir y estrenarlos con “Susi”, las piñatas en la calle y que nos gritaran desde la casa de mi abuela a las diez de la noche ¡ya métanse a dormir!

En la ciudad de México yo no tenía muchos amigos de la cuadra y eso me hacía mucha falta. En realidad, sólo tenía una amiga cercana a la casa, y

El rancho de mis abuelos

juntas ensayábamos una obra de teatro en tercero de primaria. Y como yo hacía de científico loco memoricé algunos nombres de sustancias químicas, como el cloruro sódico, que yo ignoraba es la mismísima sal de mesa. Pues resulta que en el escenario le parecí muy graciosa a la maestra Rocío y entonces me di cuenta de que a veces la gente reía por sólo contarles algo. También la hice de Ángel en las clásicas pastorelas, pero en ellas sólo caminaba de puntitas, simulando volar con mis alitas hechas con velo de novia y alambre.

Alguna vez escuché en una canción que la infancia es el lugar a donde siempre acudirá nuestra memoria. Los brazos aún se me cansan cuando trenzo mi cabello y la imagen de estar sentada en el baño, intentándolo, siempre aparece. Ah, pero los chistes, esos sigo contándolos con gran gusto. Entre ellos el del burro que no sabía de mecánica y cuando Chita se equivocó de plátano, que ahora sí entiendo.

En mi adolescencia

Paola Aviña Flores

Mi hermano me lleva 4 años; mientras a él ya le daban permiso para ir a convivios con amigos “lejanos”, que no vivían en la misma colonia o escuchaba la canción de Ace of Base / The sign, yo decía: “ya quiero crecer” a mis ingenuos 8 añitos.

Aunque “los libros” dicen que la adolescencia inicia a los varios aspectos del entorno familiar me llevaron a “crecer rápido”. Pero llegó mi momento de ir a convivios y cantar los éxitos del momento de Shakira, Fey, o lo último bueno de los Caifanes, en la secundaria.

A los 12 me mudé a Cuautitlán Izcalli en el Estado de México, coincidió con el inicio de la secundaria, aunque mi escuela quedaba en la misma zona de mi primera vivienda, el ir y venir entre el Estado de México y la delegación Gustavo A. Madero, al norte de la ciudad, fue parte del cambio. También en ese momento mi padre se mudaba a vivir de tiempo completo con mi madre, hermano y conmigo, así que fue todo el maletón de cambios a esa edad.

Estaba muy enojada porque por lo anterior ya no podía asistir a mis clases de baile folklórico, donde mi maestra me había augurado un futuro prometedor; ella era profesora de Bellas Artes y me quería becar, ser mi tutora en mi sueño real de la vida, siempre quise ser bailarina. Nadie me podía llevar, entre distancias y horarios tuve que renunciar forzosamente a ese sueño (lloro de nuevo).

Entre el cambio notorio de actividades y las materias nuevas de la secundaria, ya me atrevía a desobedecer a mi madre; tampoco me preocupaba ya tanto la tarea, y cabe mencionar que desde kínder fui la más ñoña de la escuela. Aunque no me aloqué tanto ni reprobé hasta 5 materias como otros de mis compañeros, solo estaba experimentando el ser un tanto irresponsable. Mi mayor atrevimiento fue irme de pinta, decir algunas mentirillas para “echar novio” a escondidas por la nueva experiencia de

En mi adolescencia

confusiones hormonales, mentales y emocionales o cambiar de novio casi cada mes (pena-pena).

Fui de las niñas populares. Como les digo, mi época de muchos noviecillos (de manita sudada, aclaro), pero debo decir que no me sentía de las más lindas, pues tardé más tiempo en desarrollarme físicamente, era la segunda en el lugar de formación, muy flaca, paliducha y no se nos permitía maquillarnos para nada como ahora. Tenía malos momentos (en casa) y me salía regularmente urticaria en la cara, y sigo sin entender por qué tenía tanto “pegue”, pero dicen compañeros que parecía como “muñequita de porcelana” y con “ojos de plato y pestañotas”, jaja.

No me salía tan bien lo de ser irresponsable, la verdad es que seguía siendo ñoña, menos en inglés, materia y tema que hasta la actualidad me cuesta. Tuve el taller de Dibujo Técnico Industrial, me gustaba dibujar y aunque quería quedarme en “Dibujo y artes plásticas” ya no alcancé lugar y pues el salón de al lado era lo más cercano para seguir usando colores, trazos y explorar mi creatividad.

Mi mami trabajaba, mi abuelita materna (mi segunda madre) se había mudado lejos, así que entre casas de amigas de la escuela o con mi abuela paterna, fui lidiando con esta etapa.

Los movimientos obvios entre ires y venires no ayudaban. En este tiempo mi hermano también se mudó de la casa y sentí un vacío, como cuando te queda un huequito en la panza y uno grande en el corazón.

El “amor platónico” llegó a mis 13 veranos; sí, fue el típico maestro de matemáticas, el profe más joven (no por eso el más galán), pero así lo veíamos la mayoría de las chiquillas que éramos “afortunadas” de tenerlo en la materia.

Llegó ese rush de emociones en torbellino que no sabía qué significaban, pero me volaban la mente al estar en clase, quizá fue el motivo principal por el que odio todo lo que tenga que ver con los números, este profesor me distrajo totalmente de lo verdaderamente importante de la materia y nunca aprendí.

No fue solo descubrir nuevas materias escolares como la física, química o biología, también iba descubriendo en temas de mi núcleo familiar cómo se lastima a quien se supone que amas. Una vez hasta me escapé con mi tía, creo que solo fue una semana o capaz que, hasta un fin de semana, pero solo buscaba sentirme protegida de alguna manera.

Mi grupo de la secundaria fue el “C” desde primero hasta tercero, en general nos mantuvimos los mismos los tres años, así que creamos buenos lazos, claro, no hablo de todos, pero sí éramos quizá unos 10-12 los que regularmente nos juntábamos. Era divertido hacer tareas juntos, que era más relajo y juego, al final teníamos que mega apurarnos para terminar las entregas, pero pasar la tarde disque haciendo tarea, mientras escuchábamos música, reíamos o platicábamos del niño que nos gustaba o de quien nos caía mal, era lo mejor.

Una vez me quedé dormida con mi amiga Mayte, llegábamos a comer a su casa y tomábamos una siesta, cada una en una cama; dormíamos profundamente y en eso que de un brinco se sienta en la cama y grita “¡son 3, son 3!” e indicando con la mano arriba los 3 dedos, jajaja, me despertó del gritote y nos reímos como media hora. Mientras hacíamos la tarea escuchábamos a “Límite”, como lo hago ahora para remontarme mejor a 1997... “y te aprovechas, porque sabes que te quiero...”.

También compartí con ella sus inolvidables XV años, se veía tan linda en un hermoso vestido de mucho brillo. Yo no tuve tal evento, así que disfruté con ella su gran celebración.

Mi mami me hizo una comida-convivio en nombre de mis XV, algo muy petite y familiar; pero gracias a una “pinta” memorable donde casi a todos nos cacharon, acusaron y castigaron, nadie pudo ir, creo que solo Amador y Mayte; mi hermano tuvo que invitar a algunos de sus amigos para aprovechar las pechuguitas rellenas y los kilos de espagueti que mi mamá preparó. Parecía más fiesta de él y de mi mamá, porque también acudieron algunos compañeros de su trabajo, pero bueno se logró algo, jeje.

Gracias a las redes sociales, desde 2008 más o menos, iniciamos reencontros de amigos de ese tiempo, algunos más cercanos que otros, pero

En mi adolescencia

sí puedo decir que se crearon lazos fuertes y valiosos de amistad. Maybe sigue siendo mi amiga, ahora vive en Cancún, casi vecina de mi hermano y seguimos en constante comunicación. Amador, Miguel, Dany, Yareli, Claudia, Cin, siguen siendo parte de mi círculo cercano de amistades actualmente y deseo sea por mucho tiempo más.

Arturo, otro compañero, fue clave en mi transición a la prepa; no éramos los más cercanos, pero él me sugirió inscribirme a una prepa en Izcalli, recién él había ingresado y yo estaba en el límite de hacerlo; pues me había quedado en la cotizadísima “Prepa 9” de la UNAM, creo que solo 3 personas de la generación nos habíamos quedado, pero en eso inició la huelga del 98’ y yo no me quería quedar sin estudiar y era indefinido saber cuándo iniciarían clases.

Así que el inicio de la prepa y ahora sí “vivir” de tiempo completo en Izcalli estuvo lleno de nuevos retos. El cambio de escuela pública a privada, estar lejos de mis amigos, conocerme en la supervivencia en casa sola, me refiero a la mayor parte del tiempo en lo que regresaban mis padres del trabajo. Lo bueno es que a mi amiga Perla le sucedía lo mismo y nos acompañábamos, a veces en su casa o a veces en la mía. Era delicioso llegar cansadas o hartas de la escuela y tumbarnos en el sillón a dormir hasta que nos despertaba el hambre.

Desde mis orígenes jaja, hasta los 15 fui de cabello lacio, a los 16 hasta eso me cambió, mi cabello comenzó a rizarse, pero así de chino rebelde y libre.

A esa edad también comenzó mi etapa laboral. Tuve diferencias con mi padre respecto a mis estudios y comencé a trabajar a los 16. Amo los helados y de chiquilla decía “cuando trabaje quiero trabajar vendiendo helados”, así que lo cumplí, mi primer trabajo fue en Nutrisa y, el segundo, en Santa Clara. No podía comer helado todo el tiempo como lo había imaginado de chiquilla, pero sí me regalaban uno a la semana que lo hacía a mi gusto y super atascado, lo compartía con mi mamá cuando iba por mí.

Si algo me enseñó mi mami es a ser responsable y trabajadora, pero en esos inicios fue difícil entrar a la vida laboral, pasé por acoso y varias in-

justicias que se me fueron presentando. También fui mesera en otros dos lugares, me gustaba el trato con la gente, estaba estudiando inglés y era un buen lugar para practicar cuando llegaba comensales extranjeros, pues a un lado del restaurante había un hotel de cadena.

Podría considerarme cinéfila, no tan pro, pero siempre me ha gustado el cine, así que otro de mis sueños realizados (aunque una graaan friega) fue trabajar en el cine. Me tocó la fortuna de abrir un Cinemex, nuevito de paquete. Yo era la mayor de los chicos del staff y a diferencia de ellos, yo sí iba por necesidad laboral y ellos por hobbie, por lo que no tuve tanto trato con ellos, pero sí con mi jefe, quien actualmente es uno de mis mejores amigos.

Era muy pesado seguir estudiando, cuidar una beca y trabajar, para este tiempo ya había iniciado la universidad y debía cuidar mi lugar en la escuela, por lo que no pude continuar más ahí y cambié la tesorería del cine y la dulcería, por vender lunches en la universidad para continuar pagando mis estudios.

En esta etapa de transición de la prepa a la universidad, también tuve mi primera relación formal, a quien justo conocí “mesereando”. Fue una etapa de descubrimiento, conocimiento para mí, sin duda sentí en cada hueso, pelo y pestaña el amor y el desamor, crecí como 25 años ahí jaja, maduré a la buena y a la mala, marcó totalmente el brinco de la adolescencia a la adultez.

Fueron muchas cosas lindas, conocer un gran amor lejos del platónico de la secundaria, enfrentarme a nuevas experiencias, pero principalmente conocer nuevas etapas de mí.

Y ahora en eso sigo, con un pie en los 42, en lo que llamo “nueva adolescencia”, con nuevas formas de sanación, creación y remodelación para mi vida.

Entre montañas no hay refugio

Karina López Zamora

Tenía 17 años y mi prima Anne 16, cuando pasamos aquel verano en Westbank, Kelowna, Canadá. Nuestro objetivo era juntar dinero recolectando fruta durante tres semanas para seguir viajando por el sur de ese país.

Desde el principio, acampar nos pareció muy fácil. Disfrutábamos mucho regresar cansadas de recolectar cerezas y poder tirarnos en la tienda a platicar y reír hasta quedarnos dormidas, mientras contábamos nuestras historias favoritas viendo las estrellas. Las mañanas en ese lugar eran frescas y muy soleadas, antes de trabajar tomábamos una taza de té que se volvió parte de la rutina. Algunas veces nos contábamos lo que habíamos soñado, otras sólo estábamos en silencio disfrutando la vista del lago en medio de las montañas.

En el campo pasábamos horas trepadas en las escaleras recargadas en los árboles, arrancando cerezas, peras y manzanas. En medio de aquel silencio los pensamientos eran lentos, simples, había espacio, claridad, no teníamos noción del tiempo. Ahí, en medio de la nada, rodeadas de montañas fuimos muy felices; nos bastaba tan poco: una maleta, una casa de campaña, cantar en medio del campo, recorrer las carreteras durante horas viendo los árboles inmensos, eso era suficiente.

Durante la primera semana llegaron dos francesas que llevaban casi dos años viajando juntas por el mundo. Una semana más tarde llegó una camioneta, eran mexicanos, un veracruzano y su amiga de La Paz, venían con un matrimonio que también era del norte de México; se habían conocido en el camino y decidieron viajar juntos. En cuanto llegaron instalaron una cocina-comedor, un fregadero y una regadera; Anne, las francesas y yo estábamos impactadas por el circo que traían dentro de una camioneta de los 80's. En un instante, el jardín se volvió un hogar acogedor, entre ollas, tupper, sartenes y cubiertos formamos una familia a la que más tarde

se unió Scott, un canadiense que vivía en el camper que estaba frente a nuestro baño. También teníamos de vecinos a una familia de franceses que vivía a varios metros del campo y una visita semanal, una viejita ágil y platicadora, llena de historias curiosas.

Como era verano, en nuestros ratos libres íbamos a “la playa” que en realidad era alguno de los fríos lagos que había a la redonda. Tomábamos el sol escuchando las olas y la guitarra melancólica de la Chiva que tocaba una y otra vez la canción que le remindaba los pedazos del corazón, Anne cantaba mientras se enamoraba; Raúl y Grecia planeaban su futuro mientras se enojaban y terminaban besándose, yo intentaba leer una novela que no terminé, Fallo, Jenna y Sophie coqueteaban todo el día, Scott descubrió otro lenguaje mientras intentaba hablar español; nadie sabía exactamente qué era lo que estaba pasando, pero tampoco importaba, nada ahí importaba.

A los pocos días que llegaron hicimos una noche mexicana; el canadiense sacó un aplanador de tortillas y con una masa gringa y agua preparamos la cena. Ninguno de nosotros había hecho tortillas antes, teníamos idea de cómo era, pero ahí aprendimos. Aprendimos más de lo que hubiéramos imaginado. La hora de la comida se volvió un ritual; como buenos mexicanos nos juntábamos para comer, reír y platicar mientras las francesas tomaban una siesta bajo el sol. Se nos hizo costumbre hacer fogatas en las tardes, esperábamos a que el sol se metiera para preparar la cena.

La fogata iluminaba nuestro lugar, la guitarra de la Chiva acompañaba las charlas nocturnas. Sin darnos cuenta nos tocó compartir lo que cada uno traía. “¿Quién puede ser falso sin paredes? Entre montañas no hay refugio”, solía pensar mientras miraba sus siluetas iluminadas por la fogata.

Una de esas noches, miré la fogata con la profundidad con la que se mira el mar, y descubrí el sonido del fuego abrazando la madera, mientras las chispas saltaban sólo podía pensar en las despedidas, en todas aquellas veces que dije algo que no quería decir, sentí dolor por lo que dejó de ser, extrañé a quienes ya no estaban, solté las promesas que hice, decidí escuchar lo que no me había querido decir.

Entre montañas no hay refugio

Esa madrugada desperté y salí de la tienda, hacía mucho frío, empezaba a amanecer y me senté en la banca al lado de la fogata. De los troncos solo quedaban cenizas y vestigios de la noche anterior, a esa hora apenas se iluminaba el lago a lo lejos del paisaje. Aquel silencio me dejó percibir lo íntimo de mis pensamientos y entonces, por primera vez me despedí de verdad, desde la distancia dije adiós, lo dije en voz alta, incluso me despedí de mí, de mi pubertad, de todo lo que ya no era, dije mi nombre, volvía a decir adiós.

Nunca se los dije, pero aquel día cuando despertaron sentí ganas de abrazarlos, sin que lo supieran les compartí mis despedidas, sospecho que algo imaginaron cuando le pedí a Raúl que me ayudara a prender los troncos mientras preparábamos el desayuno. Cuando el fuego creció, me senté alrededor de la fogata, respiré profundo y lancé al fuego mi playera de rayas, la que durante tanto tiempo había sido mi amuleto de la suerte. Esperé a que se quemara. Grecia me preguntó la razón y sólo pude decirle que era una forma de dejar ir algo, de liberarme. Volteé a verlos y les sonreí.

Aquel verano canadiense me reinventé rodeada de desconocidos que ahora forman parte de mi historia. Esa mañana supe que tenía que migrar para poder volver.

Erase una vez que era
José Guillermo Arcos Reséndiz

“Erase una vez que era, un barco en alta mar, que con solo una vela quería navegar” (Alberto Cortez).

Sí, esto es un viaje, pero no precisamente en el mar de agua, sino en el mar de los recuerdos, esos recuerdos de niñez que vienen a la mente para llenarnos de alegría, pues los que no nos alegran se han ido al olvido, para qué cargar piedras en el morral. Pues bien, de estos recuerdos vividos que aún siento dentro de mí, son aquellos que tuve cuando tenía entre 5 o 6 años, en un rancho llamado “Loma Alta” en Aculco, Edo. de México, el cual era propiedad de un señor llamado Raymundo Reséndiz quien era, ni más ni menos, que mi abuelo materno. Era una persona chapada a la anti-güita, como ahora decimos, era enérgico, de mediana estatura, le gustaba que lo respetaran y también era muy respetuoso con las personas y no se diga con las damas, pues no permitía que se dijeran groserías ni palabras altisonantes delante de él ni de las mujeres, pues eso era “falta de respeto”; en fin, era un hombre recto Don Raymundo, para mí “Abuelo”, que era como yo me dirigía a él.

Pues bien, mi abuelo se levantaba diariamente alrededor de las 5:30 o 6:00 de la mañana para ir a supervisar y preparar las faenas del rancho, junto con dos tíos que eran medio remolones para levantarse. Yo a veces le oía decirles: “anden muchachos, ya levántense que se hace tarde, los espero en el corral, adonde ya lo esperaban también 1 o 2 vaqueros que eran personas que le apoyaban para hacer la ordeña de vacas y ya lo veo, empezaba a dar órdenes de la cantidad y de cómo debían distribuir la alfalfa en los pesebres, los cuales estaban colocados en el corral de ordeña y que se situaba en una esquina del área de corrales a la entrada, pues había otro corral al fondo, que era el grande donde se encerraba a todo el ganado, caballos,

Erase una vez que era

toros, vacas y bueyes; el corral de ordeña estaba separado con una barda hecha de piedra mamposteada a la altura más o menos de la cabeza de una persona adulta. Yo, en mi caso, no la alcanzaba, pero para eso había piedras grandes que me servían de escalón para treparme por la barda, cuando iba al corral a ver la ordeña.

Estos pesebres estaban contruidos con cemento y en el lugar donde iba cada vaca tenían una cadena fijada al pesebre para amarrar a cada una de ellas, pero lo más padre era cuando ya se tenía los pesebres dotados con el desayuno de las vacas (su dotación de alfalfa) daba la orden de que fueran por las vacas lecheras al corral grande; esto era muy bonito por que entraban a separarlas primero y las iban arreando al corral de ordeña y -lo crean o no- pero bien que sabían las vacas cuál era su lugar y ahí estaban la Capulina, la Manchas, la Choreja, etc., pues mi abuelo les ponía nombres y bien que las conocía al igual que todos los que vivíamos en Loma Alta. A mi me encantaba ir a verlos y cómo cerraban la puerta del corral chico; me tenía que subir por las piedras que -como dije- eran las que me servían para ello y ya una vez en la barda pues al pesebre y parece que oigo a mi abuelo “muchacho te vas a caer, ten cuidado, no te vayan a morder, bájate ya”.

En la ordeña mi abuelo sobre todo con mis tíos empezaba a apurarlos, porque ¡ah!, cómo platicaban entre ellos y mi abuelo les decía: “Felipe apúrate, deja de platicar, que te falta la Capulina y la Blanca, ándale muchacho”, jajajaja como los traía y este tío y el tío Ray cuando pasaba cerca de la vaca que estaban ordeñando bien que me aventaban el chorro de leche de la ubre de la vacas y yo “abuelo mira a Ray” en fin era muy divertido, y mi abuelo, “muchacho no los distraigas, ten cuidado no te vayan a patear las vacas, anda en lugar de estar jugando ve con tu abuela a traer el bote de la leche.”

¡Ah!, como recuerdo sus enérgicas órdenes, las cuales eran con cariño, pero si no obedecía te repetía la orden: “qué, no oíste, anda pues a obedecer”. Cabe mencionar que mi abuelo nunca me gritó en mala forma ni mucho menos me dio nunca algún golpe, no era de esos, pero sí de sacudirme el pelo de la cabeza, del cual hoy si viviera se iría en seco jajajaja.

Recuerdo que a veces me decía de cerquitas: “Ándale hijo, apúrate con tu abuela”, como para que no lo oyeran los demás en el corral. Y ahí salía yo en busca de mi abuela “Petrita”, la cual era una abuela preciosa y muy cariñosa, blanca como la leche y con sus ojitos azules, con su pelo blanco, con una colita de caballo, al llegar con ella ya tenía preparado el café de grano, no del “No es Café”, ella me decía “ándale Pepito toma tu café y toma un pan rápido para que les lleves el bote de la leche antes de que llegue el lechero”.

El lechero era una persona que llegaba al término de la ordeña con un par de burros, cada uno con su fuste, que eran en donde se le cargaban los botes de leche que ya habían ordeñado los vaqueros junto con mi abuelo y mis tíos; eran dos botes que pesaban mucho y a cada burrito les cargaban dos, uno por cada lado del fuste. Ya una vez cargados, salía el lechero a llevar esa leche a “Polotitlán” que era donde estaba la Planta de leche de donde mi abuelo y otros rancheros de la región eran asociados. Una vez que esto concluía, los vaqueros debían regresar las vacas al corral grande, y mi abuelo y tíos a lavarse para el almuerzo, el cual ya estaban preparando mi abuela y mis tías Tere, Raque y Lupita, y pues todos desayunábamos sentados alrededor de la mesa, en cuya cabecera siempre estaba el lugar de mi abuelo y mi abuela a un lado de él en la mesa; todos disfrutábamos siempre el rico desayuno que ellas con mucho cariño preparaban y también nos preparaban el itacate para los “hombres”, bueno uno de ellos en pre-desarrollo, o sea yo.

Cuando terminábamos de almorzar, cada quien ya tenía sus tareas asignadas, y mi abuelo se las recordaba a efecto de que no se les olvidaran, y en mi caso, mi abuelo casi siempre me llevaba con él para salir a pastar a los animales, conjuntamente con uno o dos vaqueros.

Para esta labor había un lindísimo caballo al que quise muchísimo que se llamaba “El Colorado”, era un enorme caballo que refulgía su color colorado con el sol, era un caballo que como decían era de tiro, si por que como era grande y fuerte, de carácter apacible en algunas ocasiones se le utilizaba para tirar el carro de tiro en donde se acarreaba el zacate o la alfalfa de los diferentes sitios en donde se segaban y se llevaban a la

“Loma”; pues bien, a efecto de prepararme para ir con el abuelo, tomaba mi lazo de lazar o bien cualquier otra reata que me sirviera y me metía al corral grande donde se encontraba el Colorado, y mi abuelo siempre me decía “cuidate Pepito del el toro, o los bueyes”, que junto con vacas y otros caballos compartían el corral.

Esta labor para mí era una odisea, ya que siempre iba muy decidido y le gritaba al Colorado en medio de todos los animales, y en cuanto lo localizaba iba y lo abrazaba y el caballo respondía inclinando su cabeza y recargándola en mi menuda persona, ya con mi lazo debía aventar la lazada alrededor de su cuello y esto no siempre sucedía en los primeros intentos pero el Colorado era tan paciente y noble conmigo, casi siempre terminaba agachando su cabeza hasta que lo lograba y así ya salía del corral jalando al caballo. Mi abuelo siempre me dejaba hacerlo sólo sin estar-me supervisando, situación que luego me enteré, mi abuela le reclamaba.

Ya con el caballo fuera del corral mi abuelo instruía a algunos de los vaqueros para que ensillaran al Colorado y le pusieran el freno, y ahí empezaba otra odisea pues yo no alcanzaba la silla, y mi abuelo me carrereaba: “Ándale Pepito apúrate, si no ai nos alcanzas” y lo que hacía con mi Colorado es que lo jalaba hasta ponerlo a lado de unas piedras que estaban cerca del bordo de agua del rancho, y ahí acomodaba al caballo de manera que yo pudiera subir a las piedras y de ahí brincaba a la silla; si lo lograba a la primera, pues bien, y si no, había que intentarlo hasta lograrlo; esto no siempre sucedía así, pues algunas otras veces alguno de los tíos o de los vaqueros me cargaban y me ponían en la silla; cabe mencionar que por mi tamaño yo no alcanzaba los estribos, pero no tenía problema pues metía mis pies en la parte superior de ellos y así podía montar.

Así que el llevar a pastar a los animales era toda una experiencia, pues se les llevaba hasta el otro rancho de mi abuelo que se llamaba el “Rancho San José”, que para llegar a él, había que bajar hacia un arroyo de agua y a veces me metía por alguna bajada un poco empinada, al grado que me tenía yo que hacer hacia atrás casi acostado en el lomo para evitar salir volando por el cuello del Colorado. En este arroyo generalmente los animales tomaban agua y a mí me gustaba bajar para tomar agua para lo cual

Don Ray (mi abuelo) me enseñó a servirme de mi sombrero para limpiar un poco la superficie del agua de la ramas que flotaban en ella y luego llenar el sombrero para ahí beber el agua, la cual era un agua fresca que con el calor sabía deliciosa.

Ahí en el arroyo, nos pasábamos unos momentos y se retomaba nuevamente el camino hasta llegar a los terrenos del rancho donde se ponían a pastar todos los animales; el pastorearlos consistía en cuidar que los animales no se metieran en las parcelas sembradas de maíz o de alfalfa, para ello mi abuelo tenía un perro que se llamaba Lassie, era como de raza collie o border collie, era muy bueno y entendido y bien que obedecía a mi abuelo, ya lo oigo gritar: “Mira, mira, la “Blanca” ese ese, ve por ella” y bien que el perro entendía e iba por la vaca o cualquier otro animal que él le dijera y los hacía retornar a la manada, se me olvidaba mencionar que también tenía ovejas que a veces eran muy desobedientes y había que tenerlas muy vigiladas.

Pues bien, ya les había mencionado que mi abuela y mis tías aparte del almuerzo en las mañanas nos preparaban el famosísimo “itacate”, ese nos los mandaban envuelto en unas preciosas servilletas y en un morral, que obviamente cuidábamos mucho, y algunas veces antes de comer lo del Itacate, mi abuelo me ordenaba: “Ve a casa de Carmen y te traes lo que te va a dar”, y bueno ahí salía en el caballo a casa de mi tía, quien al llegar siempre me recibía con mucho cariño y recuerdo que me decía: “Pepito cuidado no te vayas a caer del caballo, ¡ah que tu abuelo!”, y lo que me daba era una botella con pulque y otra con agua miel, y casi siempre me invitaba un vaso de agua miel en su casa porque hacía mucho calor, y me ayudaba a subirme al Colorado.

Ya de regreso con mi abuelo, nos reuníamos para comer junto con él o los vaqueros que nos acompañaban y comíamos el famoso y tan cuidado “itacate” el cual consistía de unos tacos de algún guiso y a veces unas gorditas que mi tía Tere hacía con azúcar, que dicho sea de paso eran una delicia.

Pasado el tiempo, ya comidos animales y personas, emprendíamos el

Erase una vez que era

camino de regreso a la Loma Alta, para encerrar a los animales y comer con toda la familia y luego prepararse para la ordeña de la tarde.

En estas salidas donde acompañaba a mi abuelo para llevar a pastar a los animales, pasábamos largos ratos mi abuelo y yo sentados observando el horizonte, los sembradíos, a los animales etc., y él me daba consejos de mi comportamiento, cómo debía ser con mi madre y mi padre, mis tías etc., en sí cómo comportarme en la vida y a veces de cómo mandar a los peones; también me compartía una que otra de sus reflexiones de la vida, de ahí el cariño y amor que sentía para mi abuelo. Algo que muchas veces me aconsejaba primero, era respetar a las mujeres y a las personas, y también el no permitir que nadie pisara mi honorabilidad.

Ah cómo recuerdo esos momentos con tan lindo viejo, un gran ejemplo en mi vida. He tratado de seguir sus consejos en todas mis acciones a través del tiempo, lo cual de alguna manera es un homenaje y agradecimiento a ese maravilloso abuelo que la vida me dio.

La Blanquita

Blanca Rocío Rincón Rincón

Hace muchos años, en los años 50's del viejo Tuxtla del siglo XX, en las calles del centro, para ser más específica, en la sexta sur, casi esquina con la cuarta poniente, en una hermosa casa de corredores, con un gran patio en la parte trasera, vivíamos con mi familia: mis papás doña Tita y don Manuel, mi abuelita materna doña Ramona y mis dos hermanos mayores, Lety y Julio y, por supuesto, yo Blanca Rocío.

En esta historia, yo contaba con la tierna edad de entre dos y cuatro años, siendo la más pequeña de la familia. Como toda niña pequeña, me gustaba jugar en el amplio patio de la casa.

Como ya dije, el patio de la casa era muy grande, había espacio para sembrar cultivos como maíz y caña; mi abuelita tenía una pequeña huerta con árboles frutales y hortalizas y mi padre tenía aves de corral como gallinas y patos y gallos de pelea y uno que otro puerquito al final del patio. Mi madre, doña Tita, era modista de alta costura y siempre estaba ocupada; mi abuelita doña Ramona, una señora con un amplio conocimiento de la vida, se encargaba de los quehaceres de la casa y de consentirnos y darnos mucho cariño y amor.

Mi papá don Manuel, era un señor guapísimo, de grandes ojos verdes, enmarcados con unas cejas negras, era tan guapo que parecía turco y artista de cine, pero lo más bello de él era el amor tan grande que nos tenía a nosotros, particularmente a mí, por ser su “chunca”, la más pequeña de la familia.

Su cumpleaños era el primero de noviembre y le gustaba festejar a lo grande, hacía una magna celebración, participándole para el evento a sus cinco hermanos y sus respectivas familias y ese año no sería la excepción.

La Blanquita

Y aquí inicia mi trágica aventura y sufrimiento, debido a una miserable confusión. Días previos al festejo del natalicio de mi padre, una tarde de los últimos días de octubre, se encontraban sentadas tomando un merecido descanso mi abuelita Ramona en compañía de su hija, ó sea, mi madre, doña Tita. Mientras descansaban, yo jugaba entre el comedor y el corredor en donde ellas se encontraban, de pronto tuvieron una plática que llamó mi atención y me llenó de terror y confusión.

Cabe hacer la aclaración de que en aquellos años me llamaban por el diminutivo de mi nombre “Blanquita”, aunque hoy en día me conocen como “La Güera”.

Volviendo a aquella tarde, mientras yo jugaba alegremente, mi mamá y mi abuelita comentaron: “¿que será bueno para la fiesta del Nelo?”; “yo creo que unos tamales”, comentó mi abuelita, y mi mamá asintió positivamente ante tal propuesta, “¿qué opina mamá, que los hagamos con La Blanquita?, ¡ya está lo suficientemente grande y gordita!”. Al escuchar tal propuesta y que ambas estaban de acuerdo, me quedé paralizada y no pude salir de mi escondite, el temor que sentí era tan grande que me aterraba verlas.

Pasaron los días y decidí dejar de comer para perder peso y que cambiaran de opinión. Por las noches, evitaba dormir, pues que tal y llegaban y aprovechaban, en fin, fue tal mi sufrimiento, que no sabía que hacer, hasta que se percataron las dos futuras probables homicidas de mis cambio de actitud y me preguntaron por qué no quería comer, que estaba muy flaca, a lo que armándome de valor les recriminé: “Porque no quiero que me hagan tamales, mejor hagan tamales a mi hermano Julio, él está más grande y gordo, pero a mi no me maten”. Ya me veía en una olla en caldo para los tamales.

Fue tal el asombro de ambas mujeres, que no sabían si reír o llorar, abrazándome fuertemente, y con dulce tono de voz, me explicaron que “La Blanquita”, era una de las gallinas del gallinero, que utilizarían para esa ocasión.

Al enterarse mi papá de tal confusión, me abrazó tan fuerte y me colmó

de cariño por tan grande sufrimiento que había vivido los últimos días y reprendió fuertemente a las causantes del dolor que yo había padecido.

Finalmente, llegó el día del festejo y aclarada tan perturbadora confusión, gocé de los ricos tamales con la carne de la pobre y deliciosa gallina “La Blanquita”.

Ilustración Tere Argueta



La Historia Jamás Contada

Julia Leticia Moscoso Rincón

En esta ocasión la anécdota que les contaré no es de vivencia personal, pero fui testigo de los eventos aquí narrados.

Corrían los primeros días del mes de septiembre de la década de los años 80's del siglo pasado (se escucha muy lejano, pero efectivamente, sucedió en el siglo pasado), como cada año, nos dábamos cita en el bello poblado de verdes montañas con amaneceres y atardeceres amarillo ámbar, en el estado de Chiapas, lugar de residencia de mi tío Limantour y su familia. El 10 de septiembre se festejaba el cumpleaños del patriarca de la familia, el Abuelito Dori, pero también era el cumpleaños de don Lupe, el suegro de mi tío Limantour, hermano de mi papá.

Nos reuníamos para tan magno evento, los hermanos de mi papá, el tío Dori, tío Manolo, tía Gloria, en ocasiones llegaba tía Yoli, no recuerdo bien, si llegaban tío Enrique y tío Agustín, pero cuando menos los gemelos, el Meco y Abraham, hijos de tío Agustín, sí recuerdo que llegaban. También llegaban algunos de los hermanos del Abuelito Dori, ellos viajaban desde el vecino estado de Tabasco, de donde era oriundo el abuelito Dori. En alguna ocasión también llegó la tía Elenita, hermana de la Abuelita Julia, mamá de mi papá, pero no recuerdo bien si para esta ocasión estuvo ella presente.

El punto de reunión era la casa de mi tío Lima, y también ahí nos hospedábamos prácticamente todos. Se asignaba una recámara para todos los tíos y primos grandes en la planta baja, en donde había una farmacia propiedad de mi tío, y en la casa, en la planta alta, en las recámaras estaban las señoras: las tías y mi mamá, y en el pasillo hacia la terraza, las primas grandes y las niñas, y en el otro lado del pasillo, estaban los niños (que no eran varones adultos, entre ellos, los hijos de mi tío Limantour y mis her-

manos, ellos tres protagonistas de esta historia).

La reunión era muy agradable, pues nos dábamos cita una gran cantidad de primos que, cabe mencionar, somos una familia bastante numerosa, somos más de 35 primos hermanos, divididos en cuando menos 3 o 4 grupos de edad. Mis hermanos y yo pertenecemos a las últimas generaciones. Para esas fechas yo tenía entre 7 y 8 años de edad, y mis hermanos mayores (parte de los protagonistas de esta hazaña tenían entre 12 y 13 años, respectivamente).

Entre los hijos de mi tío Lima y nosotros no hay mucha diferencia en edades y siempre hemos sido muy unidos los 8, hay mucho cariño entre ellos y nosotros, como lo hubo entre nuestros papás.

Bueno, después de toda esta larga introducción y presentación, daremos inicio a la aventura de esta ocasión, hago una nueva aclaración, los protagonistas de la misma, para autorizarme que la contara, me pidieron omitir sus nombres reales, por lo que en adelante los nombraré de la siguiente manera: mis hermanos mayores el Güero y el Flaco; los hijos de mi tío Lima, La Güera (que era contemporánea de mis hermanos) y el Seco (un año mayor que yo, es decir, tendría entre 9 y 10 años) y mi primo de Yaxalum (que era el mayor de los 5 y tenía la gran edad de 15 años).

Reunidos los primos, se fueron agrupando por grupos de edad e intereses y el primo de Yaxalum, estaba aprendiendo a manejar y fue la novedad para los hermanos el Güero y el Flaco, así como para La Güera y el Seco.

La Advertencia....

Los papás del Güero y el Flaco se percataron de que estaban tramando algo (como siempre, ellos tenían como costumbre hacer pequeñas travesuras, que en otra ocasión comentaré) por lo que los previnieron de que no debían de subirse al coche que manejara el primo de Yaxalum, bajo la advertencia de que sufrirían las consecuencias en caso de desobedecer.

Ellos como siempre, cuando llegaban a la mágica tierra del Ámbar, acostumbraban pasear por el pueblo, acompañados de un magnífico guía de turistas y primo cercano, El Seco. Juntos los tres emprendían grandes

La historia jamás contada

aventuras, como lo era ir hacia las afueras del pueblo, subir pequeños cerros y cruzar arroyos, así como visitar a la abuelita Mari, suegra del tío Lima y abuelita materna del Seco, quien siempre nos recibía con mucho cariño y ricas golosinas.

En esa ocasión, el paseo sería un poco diferente, pues a pesar de la advertencia que mis padres les habían hecho, ellos tenían otras intenciones: “encontrarse con el primo de Yaxalum e ir a pasear en el coche”.

Compras para la fiesta.....

La fiesta del Abuelito Dori sería al día siguiente y hacían falta algunas cosas, por lo que la acomedida y argüendera prima, hija de tío Lima, La Güera, se ofreció amablemente a ir a realizar las compras que hacían falta y desde luego, el primo de Yaxalum la llevaría, accediendo tío Lima y dándole las llaves del ¡valeroso Jeep!

La aventura motorizada comienza...

En algún lugar del pueblo, los tres primos (El Güero, el Flaco y el Seco) aguardaban impacientes que llegara el ahora llamado primo As del volante con la intrépida o como dice hoy en día su hermano el Seco, al narrarme esta historia, “la sonsacadora” prima La Güera, en el valeroso Jeep.

Finalmente hicieron su aparición y los nuevos tres pasajeros abordaron, preguntándole al ahora As del volante a donde irían y les respondió: “A aprender a manejar”, dirigiéndose a toda velocidad hacia el campo de fútbol que se encontraba a las afueras de la población.

En el campo de fútbol, se encontraba un grupo de lugareños, practicando este popular deporte, a quienes los intrépidos aprendices de chofer irrumpieron, dando vueltas en el jeep. Los deportistas molestos e indignados por tan irreverente actitud del grupo de jóvenes aprendices, les pidieron, como acostumbran en aquellos lugares que se retiraran y los cinco primos ignorando la solicitud y sintiéndose muy valientes continuaron con su ejercicio de manejo vehicular, cuando de repente en una vuelta, el valeroso jeep se les atascó en el lodo, sintiendo un trágico final en ese instante, cuando por fortuna para ellos, el valeroso jeep respondió a su

llamado y pudieron escapar del castigo que les darían, emprendiendo rápidamente la huída, dejando atrás a la furiosa multitud (como ellos mencionaron).

La casa de adobe...

En plena huída los aventureros venían comentando entre ellos la victoria alcanzada sobre los lugareños y se reían copiosamente. Al entrar al pueblo, en el camino había una pequeña curva y al final de ella una casa de adobe.

Los ocupantes del jeep venían comentando sobre el tío menor, a quien uno de sus hermanos le había dicho que estaba muy gordo, tanto que parecía toro capado, a los que los hermanos (el Güero y el Flaco, la Güera y el Seco) soltaron una fuerte carcajada; pero el primo de Yaxalum, el As del volante, olvidándose de su función de chofer, volteo hacia los sonrientes primos y les dijo: “No, no es cierto, mi tío no está capado”, soltando en el acto el volante del valeroso jeep y perdiendo el control del mismo, impactándose en ese momento en la casa de don Matanchen, quien minutos antes del impacto se había levantado de su cama para ir a donde el rey va solo.

Al perder el control del vehículo, los cinco primos viajeros y el jeep se impactaron contra el domicilio mencionado, adentrando media trompa del vehículo en el interior de la casa de don Matanchen. En un abrir y cerrar de ojos, los cinco primos estaban bañados de polvo y escombros, a lo que, asustados, reaccionaron al grito del Güero: “Huyamos, huyamos”. Tres de ellos descendieron del vehículo e iniciaron un nuevo recorrido caminando (El Güero, el Flaco y la Güera).

En el golpeado y polvoso jeep, se quedaron aún estupefactos el primo de Yaxalum, hasta hace algunos momentos “el As del volante”, ahora un simple aprendiz, y el Seco. El Jeep respondió a su insistencia de volver a prender el motor y pudieron escapar, pero al dirigirse al centro del pueblo, el jeep ya no pudo más y se apagó totalmente. Los cinco primos, ahora cabizbajos y asustados, se reunieron en casa de la abuelita Mari, quien con jalones de orejas para el susto y con una gran regañada les dijo en tono de

La historia jamás contada

reclamo: “Como no se van a chocar, si pasaban echando velocidad”.

En la casa de la abuelita Mari el Seco llamó a sus papás, informándoles del aparatoso evento que acababan de protagonizar. El tío Lima, acompañado de la tía Glorita, llegaron al rescate de los cinco paseantes.

La recibida...

En casa de tío Lima había un gran alboroto, todos los tíos grandes comentaban del suceso, y mis papás esperaban con cierta calma a mis hermanos mayores; la mamá de mi primo de Yaxalum lloraba copiosamente por lo sucedido y, al verlo entrar, lo recibió con un gran abrazo y para curarlo de espanto lo rociaron con aguardiente o como lo conocemos aquí, con trago, para alejar el susto que tenía el cabizbajo primo de Yaxalum.

Por su parte, mis hermanos no gozaron de una recibida similar; mis padres, al verlos, le dijeron: “Se lo advertimos, que no se subieran con él, pero ahora se van castigados y sin comer”; el lugar del castigo fue el patio trasero de casa de mis tíos, en donde se encontraban las gallinas. El primo guía de turistas, el Seco, valerosamente se unió al castigo y se quedó recluso con ellos y sin comer. Mientras que el primo mayor, era consolado y apapachado.

Antes del anochecer, la dulce y amable doña Conchita, cocinera en casa de mis tíos, se apiadó de los tres castigados y les llevó manjares de los que ella preparaba. Mi mamá, los fue a ver y les dijo que podían subirse a dormir, pero sin levantarles el castigo.

Los tres primos castigados por el suceso del accidente motorizado se sentían traicionados por el primo mayor, el antes As del Volante, quien no se unió solidariamente al castigo; pero con el paso de los años y la madurez alcanzada, hoy en día se ríen de lo que antaño los hizo llorar.

La unión entre los cinco primos sigue siendo estrecha, todos ellos comparten ahora profesión y continúan incrementando anécdotas que vivieron en el bello pueblo del ámbar y del café.

Ilustración Tere Argueta



Las travesuras de una niña chilena

María Elena Castillo Cabezas.

Antes de empezar debo reconocer que siempre he sido alegre y juguetona, pero también mandona y, como dirían en Chile, “de mecha corta”; o sea, me enojo rapidito.

Creo que tenía como 9 o 10 años cuando sucedió esta historia. Soy la menor de 2 hermanos varones, y algunos podrían pensar “¡uy la consentida de la casa!”, pero nada más lejos de la realidad, por cierto.

Recuerdo que en época de vacaciones de verano, las más largas en la etapa escolar en Chile (de casi 3 meses), mi mamá, a la que le agradezco cada una de sus enseñanzas y que nos crió sola, ya que se separó de mi papá cuando yo tenía como 5 años, nos ponía a trabajar, cada uno en distintas cosas. Mi hermano mayor ya estaba grande, me lleva 11 años, así que él ya trabajaba en ese momento; a mi hermano del medio lo llevaba mi mamá a su oficina, ella era contadora, y él hacía de ayudante, con trámites bancarios, compras y cuanto cosa necesitara; y yo, lógicamente, me tenía que hacer cargo de la casa, planchar, cocinar, hacer aseo de camas y demás menesteres domésticos.

Nuestra casa era de dos pisos, con dos habitaciones, sala, comedor, cocina y un baño, todo alfombrado, así que no era tan tortuoso el tema, con aspiradora y ganas terminaba temprano, ¡ah! porque este trabajo era sólo de medio día, después de las tres de la tarde, cuando dejaba limpia la cocina después de la comida, podía salir a jugar a la calle, hasta las nueve de la noche, porque en verano allá oscurece muy tarde.

Por lógicas razones yo nunca llegaba a las nueve y siempre me andaban buscando por todos lados, hasta que me encontraba mi hermano del medio y me decía: ¡te van a sacar la mugre cuando llegues a la casa!, cosa que nunca pasaba porque, por muy estricta, que fuera mi mamá, creo que sólo me pegó una vez en la vida, pero a él le encantaba torturarme con eso, yo

creo que era por su enojo de tener que salir a buscarme diariamente.

En mi defensa puedo decir que era verdad, no llegaba temprano ni a la hora, porque la pasaba tan bien con mis amigos y amigas puesto que el tiempo que teníamos para jugar pasaba rapidísimo, y había que esperar hasta el siguiente día a las tres de la tarde para volver a salir, que le sacaba el jugo a cada minuto y exprimía el tiempo para tratar que el día durara más.

Dentro de las múltiples tareas del hogar, lo más difícil para mí era limpiar la “mampara”, así le llamaba mi mamá a una especie de recibidor antes de llegar a la puerta principal de la casa. Era como una tarima roja de losa o más bien como cemento pintado que estaba en el jardín, y mi obligación era mantenerla impecablemente limpia, barrida, encerada y, por supuesto, tenía que brillar como nada en el mundo.

Ese día, después de limpiar la “mampara”, dejándola espectacular y brillante como siempre, dieron las tres de la tarde y mi mamá me dejó salir a jugar. Tenía yo una cocinita con platitos, ollas y cositas de juguete, - ¡no me bastaba con todo lo que hacía en mi casa, que después, como para coronar el día, me gustaba jugar a la comidita!

Mi mamá siempre me regalaba las verduras que estaban a punto de echarse a perder y yo las usaba para “cocinar”, ponía todas mis cositas en un ladito de la “mampara” para no ensuciar y empezaba a jugar. Por cierto, tenía un amiguito que siempre iba a casa, le gustaba jugar conmigo (hasta ese día). Siempre él era el hijo y yo la mamá y le cocinaba y hacíamos pasteles de barro, en el suelo, no en la “mampara”, para no ensuciar, si no, ya sabía que al otro día el trabajo pesado me tocaba a mí.

Y como casi cada tarde llegó mi amigo y me preguntó: ¿puedo jugar contigo?, acepté y empezamos a jugar. Ese día tenía tomates, lechugas, todo en “dudoso” estado y agua, así que decidí que haría una sopita, le dije a mi “hijo” (mi amigo) que no tenía carne, pero que buscara unas lombrices, gusanos o lo que fuera para tener proteína en mi sopa y que no fuera pura verdura.

Después de escarbar por un buen rato, logró conseguir un par de gusanos, los que piqué finamente y agregué a mi sopa.

Ya había terminado de cocinar así que llamé a mi “hijo” a comer, él muy obediente se sentó, en la “mampara” mientras yo le servía su “comida”; como es de suponer él hacía como que comía pero no comía de verdad, lo que me molestó bastante y le dije -¡tienes que comértelo todo!

Recuerdo su mirada de ¿es en serio? Y yo no sé, o más bien si sé cómo lo miré, y le dije -¡no te paras de ahí hasta que te comas todo lo que hay en el plato!, ¡si no, no te vas a poder ir a tu casa! Yo no sé si fue mi poder de convencimiento o mi amenaza, pero recuerdo que el pobre se empezó a comer todo, ¡incluidos gusanos y verduras en descomposición!

Cuando terminó de tragarse todo, yo muy contenta lo abracé y le dije, cual mamá orgullosa -¿ves que si podías? Después de un rato se fue, no quiso seguir jugando y no supe más de él por el resto de la tarde.

Al día siguiente vino su mamá a hablar con mi mamá, según me dijo la mía, bastante enojada porque mi amigo se había enfermado de la pancita y lo habían tenido que llevar al médico, así que estaría castigada una semana sin salir a jugar ¡y todo por una sopita, fue injusto!

Pasó el tiempo, mi semana de castigo y un poco más; ese día, como todos los días, había dejado mi mampara relucientemente y brillante, incluso más que otras veces para que me dieran permiso de salir a jugar y no me pusieran algún pero que me lo impidiera.

Con gran sorpresa, para mí, mi amigo, el de la sopita, me estaba esperando afuera de mi casa para jugar, yo no sé si era masoquista o de muy buen corazón con una rebelde sin causa como yo, pero ahí estaba.

Para que no hubiera problemas, esta vez le dije que jugaríamos a la escuela, por supuesto yo era la maestra y él el alumno.

Apurada con plumas, libretas, colores y hasta un cartón que encontré y que lo usé de pizarrón, me puse a dar mi clase. Todo iba perfecto, nos estábamos entreteniendo mucho, yo de dictadora, como siempre, pero no había alimentos extraños ¿Que podría salir mal?

Entre vocales, sumas, restas, lecturas de cuentos se nos pasó la hora, y estábamos justo en un examen importantísimo, porque era el que le daría su pase al otro nivel, cuando mi amigo levantó su mano y me dice: ¡maestra!, ¿puedo ir al baño? A lo que le contesté que no, que estaba en examen y no podía ir. Continuó en lo suyo y al rato nuevamente volvió a preguntar: -¿maestra puedo ir al baño?"; lo miré, esta vez más enojada y le dije que no, que se tenía que aguantar hasta terminar el examen, y así seguimos jugando por un rato más; corregí su examen, le di algunas tareas para el día siguiente y de repente, de la nada me dice -¡ya me tengo que ir!, se paró y se fue corriendo, yo quedé sorprendida porque ¡aún no le había terminado de dar la tarea!, pero rápidamente mi sorpresa se transformó en una rabia ¡profunda!, en mi mampara, que había limpiado con tanto esmero, había un charquito, ¡justo donde estaba sentado mi alumno! Me dio entre rabia y pena, más rabia en realidad, ¡mi trabajo de la mañana se había arruinado!, de haber sabido que era verdad su necesidad ¡le hubiera dado permiso de ir al baño!, ¡cualquier cosa era mejor que tener que limpiarla otra vez! ¡Y orina que no era ni mía!, desde ahí le puse "el meón" y ya no quise volver a jugar más con él, ¡mira que venir a orinarse en mi mampara recién encerada!

II

Yo vivía en una población de clase media en Chile, las casas eran pareadas, todas iguales y los jardines estaban divididos por unos cercos de madera pequeñitos y los patios traseros, que eran grandes, tanto que hasta entraba otra casa en ellos, estaban divididos también por rejas de madera, pero mucho más altas, simulando una barda.

Cuando no tenía con quien jugar, porque a veces pasaba que mis amigos se iban de vacaciones, salían o algo sucedía que me quedaba sola, me gustaba treparme a los cercos bajitos y caminar toda la manzana por las rejas bajitas de los vecinos; a veces me regañaban para que me bajara pero casi siempre no me alcanzaban a ver porque caminaba velozmente y podía escabullirme de los vecinos conflictivos que no les gustaba que le pisara su reja.

Adquirí mucha velocidad y luego empecé a hacer lo mismo pero con las

rejas altas de los patios traseros, ¡era buenísima en eso!

De niña, no sé si no me invitaban mucho a los cumpleaños de mis amigos o de plano me invitaban y no me dejaban ir, pero no recuerdo haber ido a muchos cumpleaños, ya de más grande sí, pero de niña fueron realmente pocos o, por lo menos, eso recuerdo. Así que cuando me invitaban, mi mamá me arreglaba muy bonita.

Recuerdo que una vez, para la invitación de un cumpleaños, me compró un vestido café con unas flores pequeñitas blancas y tenía unas incrustaciones de tela como de pana, era muy bonito. También me pusieron zapatos de charol negros y mis calcetines con holanes blancos, parecía una muñequita muy peinada y perfumada.

Mi mamá había salido y me dijo que la esperara dentro de la casa, que ella vendría por mí para llevarme al cumpleaños. Muy obediente, me senté en el sillón de la sala mirando por la ventana para verla llegar. Pero pasaban y pasaban los minutos que sentí ¡eran horas!, mis amigos jugaban fuera de mi casa, algunos tocaban la puerta para preguntarme si saldría a jugar y yo muy altiva les decía: - No puedo salir, voy a ir a un cumpleaños.

La verdad ya había pasado demasiado tiempo y mi mamá no llegaba, pensé en esperarla afuera de la casa, justamente en la “mampara”, total dejaría la puerta junta y en cuanto la viera llegar me metía.

No contaba que, para mí mala suerte, se me cerraría la puerta y quedaría en la calle. Entré en pánico, porque bien claro me había dicho mi mamá que me quedara dentro de la casa y la esperara tranquila, para que no me fuera a ensuciar.

No sé si por gracia o por desgracia, recordé que podía entrar por el patio del vecino, treparme sobre la reja de madera alta, brincar a mi patio y ahí había una puerta de acceso a mi casa que siempre manteníamos abierta, sin seguro. Así que rápidamente me fui donde mi vecino, por suerte no había nadie en su casa, así que salté la primera reja que era bajita para entrar a su jardín, luego me trepé y salté una de las grandes para meterme a su patio trasero, sólo me quedaba una reja grande que daba a mi casa, la tenía

que trepar, saltaría para caer en el patio de mi casa ¡y listo! a entrar. Todo hubiera estado perfecto y no habría pasado nada, si al saltar la última reja mi vestido no se hubiera atorado en un clavo y yo quedara colgando de él.

Y ahí colgando de mí vestido y atrapada, porque no había quien me ayudara, comencé a tratar de zafarme de aquella penosa situación. Después de varios minutos lo logré, caí cuál costal de papas sobre pasto y tierra, con el susto ni me dolió, pero se ensuciaron mis zapatos y mis calcetines blancos ¡ni hablar del tremendo agujero que tenía mi vestido nuevo!

Cómo comprenderán me quedé castigada, regañada, sin vestido y sin cumpleaños, esa sí que fue una historia tristísima.

Sin duda queridos lectores podrán pensar que fui tremenda, pero creo que no debió haber sido tanto, porque recuerdo que fui muy querida y apapachada por mis amigos y vecinos, y aunque por mis ocurrencias siempre me llamaban la atención, fueron también un gran apoyo y en más de una ocasión me salvaron de algún aprieto en el que mis “aventuras” me metían y de las que no siempre solía salir bien librada.



Locas historias de mi niñez

Agustin Ortíz Butrón

Como el más pequeño de la familia, siempre tuve una gran imaginación. A mis seis años, me gustaba jugar con dinosaurios de plástico y soldaditos en el patio de atrás de mi casa, aprovechando el pasto alto que asemejaba una gran selva para mis juguetes, también recuerdo que excavaba grandes galerías en la tierra para formar túneles y pasadizos secretos. Todo lo convertía en una gran aventura. Sin embargo, a veces la realidad supera la ficción.

Un día estaba yo como de costumbre tirado en el suelo, jugando “de panza” con mis juguetes. Me encontraba en la mitad del vano de una puerta, con medio cuerpo fuera y el otro dentro de la recámara de mis hermanas. Ellas habían ido a la escuela, mi papá a trabajar y sólo estaba mi mamá, quien lavaba los platos del desayuno. La recuerdo canturreando mientras yo con mis soldaditos y carritos también hacía ruidos en el suelo. De pronto y de la nada, sentí cómo era yo agarrado por las piernas fuertemente y era jalado hacia el interior del cuarto. Como es natural me sorprendí, y hasta ese momento, pensé que podían ser mi hermana Oli (la de en medio), pero pronto recordé que no había nadie más en la casa. La fuerza me seguía jalando hacia el interior lentamente. Yo intenté zafarme, pero esa fuerza me tenía bien agarrado de ambos pies y seguía jalando. ¡Empecé a gritar! Y mi mamá, que hasta ese momento notó mi miedo, preguntó: ¿Estas bien? En tanto, la fuerza, me empezó a jalar más rápido hacia adentro. Naturalmente yo seguía luchando por zafarme y el miedo me comenzó a vencer. Grité con más fuerza y hasta empecé a llorar. Mi mamá dejó lo que estaba haciendo y llegó corriendo aún con las manos mojadas, secándose en su vestido. ¿Que pasa? ¿Estás bien? En cuanto ella se acercó a mí, sentí como la fuerza me soltaba rápidamente, dejándome sólo y con miedo dentro del cuarto. Entre llanto, le conté lo ocurrido a mi mamá y ella me mostró que no había nada ni nadie dentro. Sin embargo, debo confesar que ese episodio no fue lo único que sucedió en ese espacio,

ya que en él pasaban cosas raras.

Un día mi mamá nos contó que de la nada, llegó de visita nuestra vecina, la Sra. Ana. Tocó la puerta y al abrirla le preguntó. ¡Buenos días vecina!, ¿está sola? Y al hacerlo se asomó al interior de la casa. Cabe decir aquí, que, desde esa entrada principal, se podía ver el cuarto donde fui “abducido”. Mi mamá le contestó, ¡sí vecina, estoy sola!, entonces sin mediar palabra, la vecina apartó a mi mamá empujando la puerta y le dijo: ¡Usted no está sola! Y se metió a la casa, ante la extrañeza de mi mamá. Llegó corriendo a la puerta del cuarto y la abrió rápidamente con la esperanza de encontrar a “alguien in fraganti” dentro. ¡Pero cuál fue su sorpresa al descubrir que dentro no había nadie! Ante la extrañeza de mi mamá, quien la veía con ojos de hay que tener paciencia, la vecina se volteó y le dijo: ¡Le juro que vi a alguien asomarse dentro del cuarto, cuando usted me abrió la puerta! Y salió contrariada de la casa. Mi mamá nos contó entre bromas esa misma tarde a mi papá y a mis hermanas cuando regresamos de la escuela. ¿Se imaginan? ¿Qué tal si en verdad tenía a alguien escondido en el cuarto?, ¡y la vecina chismosa de metiche! ¡Jajaja! Todos reímos de buena gana.

Sin embargo, más cosas sucedieron en ese cuarto, mis hermanas que dormían juntas en una cama matrimonial en ese mismo cuarto, llegaron a sentir una presencia que se sentaba a la orilla de la cama o bien de momento, una corriente de aire fría pasaba por debajo de las sábanas. Por tal motivo, de tres recámaras que teníamos, a veces íbamos rotando de habitación. A veces se quedaban mis papás, otras mis hermanas y otras yo. Nunca supimos que pasó con ese cuarto, hasta donde yo recuerdo creo que mi mamá una vez llevó a un padre para que rociara con agua bendita toda la casa. Las historias raras disminuyeron. Sin embargo, quedó en nuestra memoria colectiva y aún mis hijos y mis sobrinos, llegaron a ver y oír cosas raras en dicha habitación.

II

Regresando a mi niñez, en la historia anterior del volumen dos de Cuando fuimos niños, ya les he contado que siempre fui un niño travieso y siempre fui de los más bajitos de la escuela. Extrañamente en la primaria nunca

fui en la mañana, sino en la tarde. Es bien sabido, como lo es hoy día, que, en ese turno, van los niños más grandes y quizá los más latosos, lo cual me confirma ahora que no era por grande que me seleccionaban para ese turno vespertino.

En dicha primaria, en el primer año, también me sucedió una historia rara. Recuerdo que le pedí permiso a la maestra para ir al baño. Nuestro salón quedaba arriba, así que había que bajar las escaleras para ir a los sanitarios, los cuales quedaban a un lado del patio del recreo. Como era horario de clases, el patio estaba vacío y el baño aún más. Así que entré muy quitado de la pena. No acababa de cruzar la puerta del baño, cuando un personaje azulado y con orejas puntiagudas salió de uno de los baños. Cuando lo vi, di un brinco hacia atrás del susto, y el pequeño ser me sonrió con sus labios morados, y de ellos asomaron dos blancos colmillos y sin inmutarse me dijo: ¡Hola! En menos tiempo de lo que les estoy contando, salí corriendo del baño no sin antes encontrarme con otro chico que entraba al baño muy tranquilo. Iba yo saliendo tan rápido que nuestras cabezas chocaron y lo dejé tirado en el piso retorciéndose, mientras yo corría subiendo las escaleras a toda velocidad rumbo a mi salón. ¡Hasta las ganas de ir al baño se me quitaron! Nunca supe que fue de ese ser. Hoy pensaría que quizá fue un niño disfrazado como de chiquidrácula, pero en ese tiempo no existía el personaje y, por otra parte, tampoco se acostumbraba disfrazar a los niños para ir a la escuela (1966). ¡Además ni siquiera era día de muertos ni Halloween!, en realidad fue muy extraño!

III

Mi papá era quien me llevaba por las tardes a la escuela General Francisco Villa. Me daba 20 centavos para el recreo. Sin embargo, a veces me daba 50 centavos, y eso era lo mejor, porque con ello podía comprar una quesadilla que vendían en la cooperativa escolar. ¡Eran deliciosamente aceitosas!

Con el paso del tiempo he comprobado que adopté muchos gustos de mi papá. Entre ellos el gusto por la música antigüita, dijera mi mamá, además de muchos de sus pasatiempos. ¡El béisbol, el box y, en especial, la lucha libre! Recuerdo claramente que mi papá me compraba una revista

de box y lucha cuyo papel era en tonos azulados. Y siempre me imaginaba yo como un gran luchador. Así que invariablemente siempre andaba aplicando llaves a mis amigos, aún a los más grandes. Yo creo que me veían tan pequeño, que tenían miedo de darme duro. Sin embargo, a veces en pleitos serios, de esos en que los niños siempre se gritan: ¡nos vemos a la salida! La lucha libre siempre me sacó a flote.

Una vez en una fiesta familiar, había dos niños más grandes que yo. Sus papás que platicaban con el mío, le presumían que uno estaba aprendiendo a torear vaquillas para ser torero y el otro estaba aprendiendo esgrima. Mientras platicaban frente a nosotros, veían cómo jugábamos, y de momento de la nada, ambos chicos me atacaron al mismo tiempo, y yo sin darles tiempo a nada, los agarré del cuello y los tiré rápidamente al suelo, rodando ambos en direcciones diferentes. Alcé la cara y me encontré con la cara de sus papás totalmente sorprendidos y la del mío totalmente orgulloso ¡Fue un triunfo total! Recuerdo que de regreso a casa mientras mi papá manejaba su Chevrolet, me decía entre risas: ¡que bueno que te los sonaste! ¡Ya no aguantaba a los presumidos de sus papás!

Me gustaban tanto las luchas que, con mi mejor amigo de la primaria, Guillermo Campero, a quien le gustaba dibujar caricaturas tanto como a mí, hicimos un comic de luchadores, específicamente de El Santo y Blue Demon, al cual les agregábamos aventuras con vampiros, momias y demás. Siempre las dibujábamos en horario de clase y todos los chicos esperaban ansiosos a que las termináramos para conocer la continuación de cada una. De haber sido emprendedores, quizá hasta pudimos haber vendido nuestras historias en la escuela. ¡En verdad que eran buenas!

IV

Como mencioné al principio, siempre me gustaron las aventuras, cierta vez charlando con mis amigos salió el tema de que había una presa donde se podía pescar. Así que decidimos irnos de pinta. Ya no recuerdo del todo bien cómo fue. Mi papá como siempre me dejó en la escuela y antes de que la cerraran y ante el descuido de los maestros que custodiaban la puerta, un grupo de cinco amigos salimos caminando rumbo a la presa. Esta se

hallaba muy cerca de donde actualmente está el Aeropuerto Internacional Felipe Ángeles (AIFA).

Como ya lo habíamos planeado un día antes, llevábamos hilos para la pesca que amarramos a unos palos y nos sentamos a la orilla de la presa para pescar, cogiendo lombrices como carnada. Cabe mencionar que nadie pescó nada, pese a que lo intentamos por mucho tiempo. ¡Cuando nos dimos cuenta, ya se nos había hecho tarde! La idea original era regresar a la escuela antes de que sonara la alarma de fin de clases y esperar a nuestros papás para que nos recogieran. Así que todos estábamos en problemas.

Yo sabiendo que a esa hora era inútil regresar a la escuela, me fui directo a la casa y lo peor es que empezaba a oscurecer. Apresuré el paso y ya cuando estuve cerca de la casa, vi a mi papá, mi mamá y mis hermanas asomados en la barda mirando hacia afuera para ver si me veían por algún lado. Mi papá ya había regresado de la escuela y le habían dicho que yo no había ido. ¡Ups, menudo problema!

Mientras caminaba, y frente a mí, tenía una hilera de postes de cableado de alta tensión, detrás de los cuales me iba escondiendo conforme me acercaba a la casa. ¡Cuando estuve más cerca, alcancé a oír a mis hermanas decir! ¡Ahí viene! ¡Está escondido detrás de ese poste!

Ya resignado por mi destino, me dirigí con paso titubeante rumbo a la casa. Afortunadamente cerca de la presa y en el camino de regreso, me encontré con un plantío de remolachas. Arranqué la más grande que encontré y con ella me dirigí a la casa.

Cuando llegué ante la mirada enojadísima de mi mamá, le dije: ¡mira lo que te traje!, mientras le extendía mi mano con la gran remolacha en ella. ¡Mi mamá ante mi desfachatez, no supo si llorar o reír y me dio un fuerte abrazo! ¡Estábamos muy preocupados! ¡Qué bueno que estás bien!

Viendo en retrospectiva mi vida, creo que realmente era un niño muy travieso e inquieto; sin embargo, y pese a ello, mis papás nunca me reprendieron ni me pegaron por ello. Tuve una infancia feliz, no puedo negarlo.

V

Finalmente, el gusto por la Arqueología me vino desde pequeño. Recuerdo que cada Primero de mayo mi papá tenía que marchar como parte del sindicato de restauranteros. Así que después de hacerlo, cada año, nuestro punto de encuentro era el mismo: El Museo de Antropología, en Chapultepec.

Me recuerdo a mí mismo recorriendo las salas, admirando las esculturas y anotando todo en mi cuaderno. Les he comentado mi gusto por dibujar, así que a veces acompañaba el texto de alguna vitrina con algún dibujo de mi autoría, fuera una estela, mamut o vasija.

Un día de 1968, mientras dibujaba algún objeto, se acercó un guardia del museo y colocándose a mi lado, se puso a mirar mi “obra”. Entonces me dijo: ¿En qué año vas?, recuerdo perfectamente responderle, en tercero. Él, extrañado, quizá por mi obra o por mi pequeña estatura, me volvió a preguntar: ¿En tercero de qué? En aquella época ni enterado estaba yo que existían otros terceros (de secundaria, de prepa, etc.). Así que muy orondo le respondí. ¿Cómo que en tercero de qué? ¡pues en tercero de tercero!

VI

Quien diría que 55 años después de ese episodio, estaría yo, convertido en arqueólogo escribiendo estas anécdotas. No cabe duda. La vida ha sido buena conmigo. Pero estas son sólo algunas historias de mi niñez. En la adolescencia y adultez viví otras más interesantes y divertidas. Esperemos que pronto puedan salir a la luz para dárselas a conocer.

Mi inolvidable tía Lupita

Yolanda Morales Revilla

Al recordar mi infancia inevitablemente está presente mi querida e inolvidable tía Lupita, hermana menor de mi mamá, quien me hizo vivir experiencias maravillosas y me introdujo en un mundo de adultos que gocé plenamente.

Alegre por naturaleza, le gustaba cantar y nos relataba con lujo de detalles cómo había concursado en la XEW en La hora de los aficionados y ganado el primer lugar en las pruebas eliminatorias cantando una canción de Agustín Lara; desafortunadamente, en la final quedó en segundo lugar. Tenía una voz muy parecida a la de Amparo Montes, de verdad lo hacía muy bien.

La vida le presentó una prueba muy fuerte, se casó a los 18 años y a los 22 estaba viuda y había perdido dos bebés; pero esa tragedia la hizo ganar una familia que la acogió como su hija por el resto de su vida. Esa familia vivía en un pueblito de nombre Acajete, en el estado de Puebla. Su difunto esposo tenía unos padres encantadores y como diez hermanos, así que ella con su carácter y don de gente encajó perfecto en ese ambiente cálido y pueblerino y pasó a ser la famosa tía Lupita, para más tarde convertirse en la madrina de todos los niños del pueblo, condición que mantuvo toda su vida. Lo anterior nos dio a mi mamá, a mi hermano Roberto y a mí la oportunidad de disfrutar las fiestas del pueblo, todo tipo de eventos, ferias, bodas, bautizos y, obviamente, nuestras vacaciones no tenían otro destino que no fuera Acajete.

Bueno, pero el objetivo de este relato es recordar las andanzas en que nos metió a mi hermano y a mí cuando éramos niños, ya que gracias a sus gustos y ocurrencias nos hizo divertirnos y disfrutar mucho. A los 8 años mi hermano y yo a los 6, aproximadamente, ya asistíamos a los teatros de revista, que en aquella época tenían gran aceptación. Mi tía y también ma-

drina, trabajaba en la famosa ostionería Boca del Río, ubicada en la calle de San Cosme, en la Colonia San Rafael, en la Ciudad de México, así que cuando tenía su plan de salir, sólo le decía a mi mamá “vienen por mí que ya tengo boletos”; siempre estaba al tanto de las novedades y artistas del momento.

Asistimos a todos los estrenos de las películas de Cantinflas y Sarita Montiel, quienes eran sus favoritos. Recuerdo los cines Alameda, Variedades, Chapultepec, Opera, Metropolitan, París, Paseo, Roble, Latino, Internacional, Arcadia, Palacio Chino, etc. Vimos muchas películas muy buenas. También le encantaban las de Walt Disney y las superproducciones de Hollywood; casi siempre íbamos a la última función, pero en aquel México y en nuestro querido D.F. nunca nos pasó nada malo, eran los años 50's. También asistíamos a cines de barrio donde pasaban, en algunos hasta tres películas o, por lo menos dos, y si te gustaba mucho la película, pues te quedabas a verla otra vez.

Su cumpleaños era el 15 de septiembre, así que mínimo se celebraba con un “molito” en casa, invitaba a amigos y compañeros de su trabajo, siempre era el centro de atención por su alegría que contagiaba, pero lo grande ocurría cuando su cumpleaños lo celebrábamos en el teatro, podía ser cualquiera de estos: Lírico, Margo, Iris. Llegábamos con nuestras mejores galas y en la entrada nos daban una bolsa con serpentinas, espanta-suegras, silbatos, confeti; a las niñas gorritos de cartón, a los niños bigotes y sombreros.

El espectáculo o revista comenzaba con su desfile de artistas, todos con atuendos de ropa mexicana típica que enaltecían nuestro folclor, orquesta en vivo, sketch cómico, a las 11 de la noche se encendían las luces del teatro y con todo el elenco en escena y el público de pie se cantaba el Himno Nacional. Uno de los artistas principales daba el tradicional Grito de independencia y ondeaba nuestra bandera, algo precioso y muy emotivo; todos participábamos, los niños principalmente lo disfrutábamos mucho, la alegría se contagiaba, salíamos felices llenos de confeti y cantos que nos unían, sin diferencias de clases y con el orgullo de ser mexicanos.

Mi inolvidable tía Lupita

En esos hermosos teatros conocimos y escuchamos cantantes como Lola Beltrán, José Alfredo Jiménez, Amalia Mendoza “La Tariácuri”, Lucha Villa, las Hermanas Águila, las Hermanas Huerta, Cuco Sánchez, José Angel Espinosa “Ferrusquilla”, Marco Antonio Muñiz, María Victoria, María de Lourdes, Flor Silvestre, Antonio Aguilar, La Prieta Linda, Celia Cruz, Pedro Vargas, Hugo Avendaño, mariachis maravillosos como el Vargas de Tecalitlán, tríos como Los Tres Ases, Los Diamantes, Los Panchos, Los Galantes, Los Caballeros, orquestas extraordinarias como la de Pablo Beltrán Ruiz, Dámaso Pérez Prado, Carlos Campos, Sonora Santanera, Sonora Matancera, cómicos como Palillo, Clavillazo, Viruta y Capulina, Borolas y muchos más cuyos nombres escapan de mi memoria. Esos mismos escenarios también dieron cabida años después a todos los artistas de la “nueva ola”, el teatro Margo se convirtió en el teatro Blanquita y por supuesto que también los disfrutamos, ya no tan niños sino como adolescentes.

Recuerdo un 15 de septiembre que no pudimos ir al teatro y como a las 8 de la noche me dijo: “¿cómo que no voy a celebrar mi cumpleaños, vamos al cine hay una película de estreno muy buena” y diciendo y haciendo me puso mi abrigo, le avisó a mi mamá y comenzó la aventura. A mí me encantaba salir con ella pues siempre me compraba algún juguete que se vendía afuera de los cines y por supuesto mi gacnate. La película se llamaba ¿Sabes quién viene a cenar?, con el maravilloso actor de color, -afroamericano se diría en estos tiempos- Sidney Poiter, la exhibían en el cine Variedades, ubicado en Av. Juárez. Salimos muy conmovidas porque la película era muy buena y trataba de la discriminación racial, dejaba un gran mensaje de amor y aceptación hacia nuestros semejantes, sin importar el color de su piel.

Eran más de las once de la noche, empezamos a buscar un taxi, que en aquella época era muy difícil conseguir, así que comenzamos a caminar por Av. Juárez, frente a la Alameda Central, cuando de pronto se soltó una tormenta muy fuerte, no había dónde atajarnos, corrimos y corrimos hasta que nos invadió un ataque de risa incontrolable. Ya casi unas cuerdas para llegar a la casa conseguimos un taxi, las dos estábamos empapadas

pero muy felices. Obviamente mi mamá se enojó: “Pero qué bárbara Lupe, la niña se va a enfermar”, claro que no me enfermé y todavía ahora que lo escribo recuerdo aquello emocionada.

Además de las diversiones ya descritas estaban las funciones especiales de los espectáculos que llegaban a nuestro querido Distrito Federal, como el Holiday On Ice, un espectáculo que traía cada año a grandes patinadores sobre hielo y representaban una obra con música en vivo, con excelentes coreografías y vestuario espectacular; estaba también la temporada del Circo Atayde Hermanos, con trapecistas internacionales, payasos, magos, animales entrenados, en fin todo lo que se puede disfrutar en una función de ese tipo. Mi querida tía Lupita hacía el esfuerzo y nos llevaba a disfrutarlos.

Tenía la costumbre de comprar diariamente la primera edición de Últimas Noticias de Excélsior y así estaba al tanto de funciones y espectáculos, pero también del acontecer diario, política y demás noticias relevantes. Esa costumbre me la heredó y cuando comencé a trabajar muy jovencita yo también compraba mi ejemplar de Últimas Noticias; quién me iba a decir que con los años trabajaría en esa empresa periodística a la cual le debo tanto: Excélsior, Cía. Editorial, S.C.L.

Pero siguiendo con mis recuerdos de infancia no puedo dejar de comentar que gracias a mi tía Lupita conocí el mar en el puerto de Veracruz, tenía como 6 ó 7 años y la emoción que sentí fue inolvidable: al tercer día de nuestra llegada comenzó mal tiempo, un Norte como le decían, así que mi tía decidió que nos fuéramos para Acajete a terminar las vacaciones.

Le gustaba mucho nadar por lo que a mi hermano y a mí nos llevaba a los balnearios que en esos años había en el D.F. Recuerdo El Elba, La Cascada, El Bahía que estaban por la Calzada Ignacio Zaragoza y si no podíamos ir tan lejos, bien que descubrió una alberca que estaba dentro de los baños públicos Tíber, en Atzacapotzalco. El chiste era aprender a nadar y disfrutar los momentos de convivencia con ella.

Cuando dejó de trabajar en la ostionería, decidió probar suerte en los Estados Unidos, así que comenzamos otra aventura pues la íbamos a dejar

Mi inolvidable tía Lupita

a la estación de ferrocarril en Buenavista, viajaba a Ciudad Juárez para de ahí cruzar la frontera a El Paso Texas; afortunadamente allá tenía unas sobrinas que la recibían y acompañaban en aquel país desconocido para ella. Nos quedábamos tristes porque la dejaríamos de ver un tiempo, pero con la expectativa de que regresaría cargada de regalos y emocionantes historias. Para consolarnos mi mamá nos dejaba subir a los juegos mecánicos que estaban en la feria en Buenavista. Durante su ausencia se encargaba de alimentar nuestra relación con entrañables cartas que relataban las peripecias que vivía en El Paso, Texas, y con giros postales en dólares.

Más adelante viajó también a Puerto Rico, iba contratada para trabajar con una familia mexicana radicada en la isla; fue toda una aventura, tuvo muchos tropiezos, pero también éxitos. A su regreso fuimos emocionadísimos a recibirla al aeropuerto de la ciudad, esta vez no sólo traía regalos sino historias increíbles que vivió; conoció personas maravillosas que más adelante la visitaron en México, pues venían enamorados de nuestro país y claro que Lupita fue una excelente guía y los paseó por toda la ciudad.

Recuerdo que gracias a esos viajes tuve mi primer radio de transistores, portátil, pequeño y con una hermosa funda de piel café, ropa, juguetes, cosas novedosas que nos traía a mi hermano y a mí, que en aquellos tiempos no llegaban con facilidad a México, eran literalmente “fayuca”.

Otra fecha memorable para mí era el 6 de enero, ya que mi tía y mi mamá asumían su papel de Reyes Magos y sin hacer mucho caso de lo que pedíamos en las cartas mi hermano y yo, nos dejaban juguetes maravillosos como: una imprescindible muñeca que cerrara los ojos, pelota, cuerda para brincar, un juego de té y novedades que encontraban esa noche mágica en la Feria del Juguete (perdón, que traían los Reyes Magos). A mi hermano su infaltable helicóptero de plástico -que literal volaba-, sus pistolas con chinampinas, trompo, balero, patines, etc.

Ese amor que nos prodigó lo hizo extensivo a nuestros hijos; siempre estuvo pendiente de cumpleaños y fechas para celebrar, nos deleitó muchos años a toda la familia con las comidas que preparaba pues era una excelente cocinera, sólo me decía: tal fecha es cumpleaños de fulanita ya tengo

el menú, cómprame esto y me entregaba su lista de ingredientes. Repartió su alegría, sus cantos, sus chistes “de todos colores”, ayudó a muchísimas personas que conocía, sus ahijados fueron muy importantes para ella, los visitaba con frecuencia y estaba pendiente de su educación.

En todas las fechas importantes de mi vida, mi querida tía Lupita estuvo presente para organizar, solventar los gastos, hacer todo a su alcance para que tanto mi hermano Roberto como yo lo pasáramos lo mejor posible, siempre trabajando y apoyando a mi mamá para sacarnos adelante. Puedo asegurar que en esta vida que me tocó tuve la enorme dicha de contar con dos mamás maravillosas, doña Mary y mi inolvidable Tía Lupita.

Mi Narvarte querida

Karina López Zamora

Las calles, las personas y los rincones de la colonia Narvarte en la Ciudad de México, siempre serán mi hogar.

Hace no mucho, un sábado por la tarde se me antojó ir a caminar a la colonia Narvarte, para recordar muchas de las historias de mi vida. La casa de mis papás estaba en las calles de Morena y Vértiz, un departamento al que le daba el sol todo el día y en el que casi siempre había visitas.

Caminé un par de calles y doblé en la calle de Tajín, donde años antes vivía mi abuela, también en Narvarte. Reconocí la tienda y la palettería. Seguí caminando hasta la puerta del edificio y me senté en el escalón en el que jugaba con mi primo Isaac. Disfruté tanto estar ahí que, en aquel silencio, juraría que escuché mis risas. Me puse de pie cuando vi que alguien iba a entrar y mientras me levantaba escuché mi nombre en una voz conocida.

Nos abrazamos en la misma puerta donde 19 años antes nos despedimos entre lágrimas y promesas. Me invitó a subir a su departamento. Subí las escaleras invocando a la niña que fui, recordando mis pasitos en cada escalón. En cuanto abrió la puerta reconocí los libreros, los platitos de cerámica con velas y sus canastitas de mimbre en las que ponía cuarzos para adornar las mesitas. Me acerqué a un librero y percibí el olor de sus libros de arte que me cambiaron la vida. Me quité los tenis sin que lo pidiera y al instante volví a sentir la textura de la alfombra en mis pies. Aquella sensación me recordó todas las veces que mi primo y yo subimos a jugar.

Sentadas en la mesa nos miramos en silencio. Miré sus arrugas, y todas las pecas en sus manos. En todo momento en su cara había una sonrisa casi imperceptible. Me tomó la mano, cerró los ojos durante unos segundos y se levantó. Del cajón de un mueble que yo recordaba muy bien, sacó unos sobres. Mientras caminaba hacia mí, vi sus pasos lentos y pesados, me dio

nostalgia recordarla como antes. Apenas se sentó me dijo con su voz bajita: “Sabía que volverías”. Tomó mi mano de nuevo y la puso encima de los sobres.

“Te encantaba escribir y a tu primo dibujar, cada uno tenía su don. En estos papeles y fotografías están mis recuerdos de ustedes. Siempre supe que volverías por tu carta... ya no la recuerdas, pero lo harás, aquí te vas a encontrar”.

Me dejó muda, con un nudo en la garganta. Lo único que pude desear en ese instante fue haber regresado antes para verla envejecer, para no haberme perdido momentos con ella y también para eso, para encontrarme y recordar cómo se sentía ser una niña, ahí, en ese lugar donde fui tan feliz.

Nos despedimos en un abrazo eterno, me dio un beso en la frente y en cuanto cerró la puerta me desmoroné en las escaleras. Me pregunté ¿por qué no volví antes? ¿por qué olvide aquel lugar? ¿por qué me olvidé de ella?

Apenas pude sentarme lloré como aquella vez cuando mi abuela se mudó. Ana se quedó viéndonos desde el vidrio de la puerta mientras yo me despedía con lágrimas en los ojos desde la ventana del coche. A mis once años sentí esa despedida profundamente.

Tenía ocho años y mi primo siete cuando la conocimos. Estábamos en el pasillo del edificio, discutiendo como siempre por el único triciclo que teníamos. Cada uno estaba por su lado jugando, uno con el triciclo y otro con las herramientas del coche de mi papá. A pesar de estar entretenidos nos dimos cuenta de que lo que queríamos en realidad era jugar juntos y poco a poco nos fuimos acercando hasta que decidimos jugar a los mecánicos.

El juego que nos permitía jugar a los dos con el triciclo. Ana vio todo desde la ventana de su departamento, nos saludó y nos invitó a tomar agua de limón con chía, bajó y le pidió permiso a mi tía para que pudiéramos ir. Así empezó nuestra amistad. Ana nos ponía lápices y hojas en la mesa, ella se sentaba en su mecedora a tejer y ponía música de los 40 's (lo recuerdo porque un día le pregunté). En ese ambiente tan lindo pasábamos el

Mi Narvarte querida

tiempo los viernes cuando llegábamos de la escuela, yo me ponía a escribir cartas mientras Isaac dibujaba.

Decidí ver los sobres en la banca del parque donde había jugado toda mi infancia, debajo de mi árbol favorito. Tenía mucha curiosidad, pero al mismo tiempo tenía miedo de leer mi pasado.

Los papeles estaban doblados en forma de sobrecito y escrito con plumas de colores con mi letra. También había un dibujo de Isaac firmado por él: “Te quiero Kari, eres mi prima y amiga para siempre. Isaac del Salto del Agua”. Me hizo reír el recordar el apodo de pintor que él mismo se inventó. Sonreí profundamente al recordarnos jugando siempre juntos.

Respiré profundo y abrí uno de los sobres y vi mi letra chueca:

viernes 23 de julio de 1999

Querida Karina del futuro:

hoy mi abue compró una galleta con cajeta, luego fuimos al parque con mi primo y nos compró una gelatina de león, nos llevó a comprar cosas al súper y cuando volvimos mi mamá me habló por teléfono y me regañó por ser traviesa y me dijo que haga la tarea de ciencias naturales y luego dijo que puedo comer postre cuando termine. Mi primo y yo jugamos a los mecánicos y como ya no cabemos los dos en la bici jugamos boliche con las botellas de vidrio que tiene mi abuela en el patio. Isaac se fue a jugar con el vecino y me quedé a jugar a la oficina con el teléfono en la mesita de la lámpara y le hablé a mi tía al trabajo para decirle cuánto la quiero. Comí sopa de fideo, y quesadillas, vi la tele con mi abue y comimos galletas de postre, le quité una galleta a mi primo y no se dio cuenta.

Te quiero Karina.

Lloré muchísimo al imaginarme siendo esa niña, contando mis travessuras con mis personas favoritas. Deseé poder correr a casa de mi abue y decirle cuánto la quería, darle un beso y decirle que mi niñez fue muy feliz en su casa, pero mi abuela ya no estaba. Entonces tomé el teléfono y

llamé a Isaac, le dije que lo vería en la casa de Tajín. Se sorprendió mucho. En cuanto cruzó la calle lo abracé y le conté toda esta historia. Juntos nos sentamos horas en aquel escalón de nuestra infancia.

Ana tenía razón, en esa carta me encontré de nuevo.



Sobre la rama de un árbol: historias de dos infancias

Juan Pablo Sáenz Bonilla

Estábamos en México durante la primavera. Mi hija Luci tenía cinco años y cuatro meses, en esa edad en la que contar los meses aún parece un dato relevante. Después de jugar en el parque fuimos a lo que ella y sus amigos y amigas llamaban una “cueva de árboles”. Se trataba de una estructura de árboles pequeños con una entrada central que, por sí sola o por la intervención de algún jardinero, semejaba una cueva útil para huir del sol y refrescarse. Entramos y estuvimos ahí alrededor de una hora.

-Papá, ¿Y cuándo eras niño te gustaba subirte a los árboles?

-Claro, mi amor. Me gustaba mucho.

-¿Puedes subirte conmigo?

-Sí claro, voy a subirme por acá. Aunque creo que soy muy grande para poder subir. El lugar es pequeño y no sé si quepo.

Lo intenté y aunque no pude sacar la cabeza por encima de la copa de los árboles, pude subir algunas ramas y compartir la escalada con mi hija. Fue uno de esos momentos en los que si te preguntan qué hiciste durante la tarde, respondes “nada”, pero en realidad hiciste “todo”. Fue uno de esos momentos en los que la infancia de mi hija se conecta con la mía, reviviéndola en el mismo movimiento.

¿Cuántas veces me habré subido a un árbol cuando era niño? ¿Realmente era cierto eso de que me gustaba mucho subirme a los árboles?

Aunque la cantidad de veces que uno se sube a los árboles no es una cuestión que uno anote en sus cuadernos o que memorice de por vida. Revisando mis recuerdos me doy cuenta que era algo que realmente disfrutaba y sobre lo cual tengo varias historias que me recuerdan la infancia. Algunas de ellas refieren a momentos que -quizá sí o quizá no- pudieron ser importantes en mi vida. Les cuento cinco historias, similar a la edad de mi hija cuando escalamos las ramas de la cueva de árboles.

La primera fue en el parquecito de Santa Inés, Heredia, Costa Rica, allá por lo que tuvo que haber sido algo así como 1997 o 1998. Mi abuelo había venido de vacaciones desde Estados Unidos, país al que había ido a trabajar en la década de los 80's, tal y como lo habían hecho muchos otros centroamericanos. Esta vez se había traído a toda la prole, incluyendo a su nueva esposa y sus hijos más pequeños que -para efectos sanguíneos- eran mis tíos y tías, aunque tuvieran más o menos mi edad.

Una de las notas en el calendario era celebrar el cumpleaños de Tita, mi tía más pequeña. Yo esperaba entonces una fiesta como las que me hacían a mí: piñata, confites y carajillos inundando buena parte de la casa. Lo que me impactó fue que el plan de mi abuelo y su compañera Betty (era la tercera o cuarta esposa después del fallecimiento prematuro de mi abuela) era hacer la fiesta en el parquecito del barrio. Entonces pensé:

-¿Cómo? ¿Ahí en el parquecito? Pero sí eso es abierto.

En ese entonces no sabía que una práctica de los gringos era aprovechar los parques de la ciudad para celebrar cumpleaños y fiestas en general.

-¿Y si se acerca alguien que no invitamos? ¿Y si llega alguien a comerse nuestras cosas?

Aunque debo confesar que la idea me pareció algo extraña al principio, después me pareció de lo mejor. Lo que años después en la Universidad discutimos como la “desmercantilización” y la “apropiación del espacio público” se concretó en la fiesta de cumpleaños de Tita que -sin duda- descolocó mis nociones de lo público y lo privado.

Ese día la familia llegó temprano al parquecito de Santa Inés donde más tarde se realizaría la fiesta de Tita. Mientras los adultos organizaban las cosas, yo me dispuse a matar el tiempo como mejor sabía: correr por acá, patear una bola por allá o simplemente escalar un árbol por acullá.

Aunque no tengo la capacidad de entrar en debates serios al respecto de los aportes de Darwin o del propio Engels, tengo la impresión de que subir a los árboles es una actividad sustancial en nuestro desarrollo como especie y que también es una actividad fundamental en el desarrollo de los

Sobre la rama de un árbol: historias de dos infancias

niños y niñas. Sin embargo, ese día mi memoria genética y mis habilidades de escalada fallaron.

Después de subir a uno de los árboles, algo salió mal y caí estrepitosamente, según recuerdo. Los problemas respiratorios que me contaron había sufrido como niño ochomesino, se materializaron con la caída. Por el golpe no podía respirar, aunque no tenía problemas en ninguna de mis extremidades. Se me “había ido el aire” como era usual en esa época de la infancia después de un pelotazo o un mal golpe en el estómago.

No le dije nada a mi mamá. Mientras organizaba las cosas de la fiesta, ya varias veces me había dicho que cuidadito me caía porque me podía llevar un “güevazo”. Lo mismo le digo ahora yo a Luci quien me responde igual a como yo lo hacía, con esa misma seguridad que da las alturas de los árboles. Ya la vida la botará de algunos árboles. Sólo quiero que cuando eso pase, tome aire, me cuente y siga adelante.

II

La segunda historia es más dulce. Pues claro. No vaya a pensar la gente que los y las niñas subimos a los árboles solo para entretenernos. Aunque no sabíamos nada de cuestiones teleológicas, muchas veces subíamos a los árboles a aprear frutas. Mangos, jocotes, nances o mamones eran algunas de las frutas entre toda una variedad más amplia de delicias tropicales.

Esta vez mi familia y yo estábamos visitando unos amigos allá en lo que llaman la “ciudad de los mangos”, Alajuela, aunque esta vez la historia tiene que ver con una fruta aún más sabrosa y ciertamente menos común. Mientras los adultos tomaban el café de la tarde, los niños (Jorge mi hermano, Esteban, David y yo) jugábamos en un lote cercano. Eran aquellos tiempos -ya estoy hablando como un señor mayor- en los que los niños salíamos a jugar con la casi única regla de regresar apenas se ponía la tarde. Al parecer no había mayor peligro en que cuatro niños estuvieran solos escalando árboles sin mayor supervisión.

No recuerdo si subimos todos al árbol o si subí solo, pero sí tengo en mi memoria ver a lo lejos el inicio de un atardecer anaranjado y arrancar

unas cuantas manzanas rosas. Sé que es probable que quien lea esto no sabrá qué es una “manzana rosa” y eso se debe a una de dos razones: 1) a que la persona que lee esto es al menos unos diez o quince años más joven que yo, quien nació un año antes del glorioso mundial de Italia 90, o bien, 2) a que creció en tierras lejanas a las que describo en Costa Rica.

Para quienes están en una o las dos circunstancias mencionadas, la manzana rosa es una fruta de sabor exquisito y olor solo comparable con las rosas rojas. Es una fruta dulce y de color amarillo que en su interior hueco aloja dos semillitas color café que también sirven para combatir en las guerras infantiles. Escribiendo esto a mis treinta y tres años, me dice Google que en otros lugares la llaman pomarroza y que tiene un nombre científico que -seamos honestos- no vamos a recordar.

Lamentablemente, el crecimiento demográfico y la expansión urbana poco planificada también han acabado casi por completo con la manzana rosa. Ya mi Luci no va a poder escalar los árboles de manzana rosa y tampoco probar su rico sabor, subida en la copa de un árbol como yo lo hice mientras veía el atardecer con amigos. Esas miradas de la infancia que sin necesidad de cámara quedan fotografiadas en tu retina.

III

Las siguientes tres historias, las viví en Mercedes Norte, en la “ciudad de las flores”, Heredia. La primera de ellas es algo tétrica, ahora que lo pienso. Sin embargo, cuando tenía alrededor de once años no lo percibí exactamente de esa manera.

En las vacaciones era normal que Pollo -¿Quién no tuvo un amigo al que le decían “Pollo”?- se quedara a dormir varios días en casa. Íbamos a jugar bola, jugábamos videojuegos y subíamos a los árboles. Ese fue el plan de aquella tarde cuando nos dispusimos a subir el árbol de la esquina frente al parquecito cercano a casa. Un árbol de esos que hay que conquistar cuando uno es niño.

Nos metimos al lote y subimos al árbol. Pero éste no era como los otros, o -mejor dicho- lo que habían hecho en él no era lo típico que encontrábamos

Sobre la rama de un árbol: historias de dos infancias

en los otros árboles. Este no tenía solamente las firmas de escaladores anteriores ni los corazones encerrando iniciales que después la vida rompería.

Nos agradó que el árbol ya tenía avanzado el sueño de todo niño. Habían clavado varias tablas de madera en las ramas más grandes a tal punto que uno podía acostarse un rato en ellas. Hasta el momento, un excelente espacio para relajarse de una infancia tan ajetreada entre la escuela y los juegos.

Lo que nos confundió fue otra cosa. ¿Por qué había patas de gallina amarradas a algunas ramas del árbol? ¿Por qué en otras ramas encontramos plumas cuidadosamente agrupadas y atadas al árbol con hilos? ¿Serían las partes de lo que alguna vez fueron las gallinas del vecino con el que colindaba el lote? Al final de cuentas, ya para esa época no era usual que la gente de la ciudad tuviera gallinas en sus patios.

Yo honestamente en ese momento no entendí la escena y estoy seguro que Pollo tampoco. Aunque era un año mayor que yo, su bondad de corazón no le permitía pensar con malicia, lo cual era bueno pero no siempre. Que mejor no les cuente acerca del día que lo dejamos perdido a propósito o cuáles eran los resultados que obtenía de sus negociaciones de estampitas con otros niños. Mejor le preguntan a Jorge, mi hermano mayor.

Pollo y yo nos quedamos viendo, así como que no entendíamos la cosa. De repente, ambos comprendimos que los fines de esa acción no eran muy amistosos y que se trataba de algo que consideramos “magia negra”, parte de los rituales de un “culto satánico”. Nunca confirmamos que eso fuera cierto, pero tampoco encontramos alguna otra explicación. Tampoco contamos eso a nuestros padres.

Parece entonces que quienes escalan a los árboles no son únicamente las parejas de enamorados a inmortalizar sus nombres, los niños en busca de aventuras o las hijas con sus padres a construir recuerdos. Otros suben con otros fines. Ojalá que en este caso no los hayan cumplido.

IV

La cuarta historia es reflejo de la sociedad en la que se fue convirtiendo Tiquicia en las últimas décadas después del incremento de la desigualdad

y de la inseguridad ciudadana, tanto objetiva como subjetiva. De una Costa Rica ya sin árboles de manzana rosa.

Contando esta historia me doy cuenta de que los árboles tienen múltiples funciones: a veces son fuente de sombra y alimento, a veces columnas de una construcción o a veces postes de un “arco” de fútbol, haciendo que la expresión de que la bola “pegó en el palo” se vuelva hermosamente literal. Esta historia surge también en el contexto futbolero en el que pasé buena parte de mi infancia. En la mejenga, que en otros países conocen como picadito o cascarita.

Era la mejenga de la tarde en un parque que habíamos adaptado como cancha de fútbol, pero de la cual nunca pudimos quitar unas bancas estorbosas que más de una vez nos despellejaron las espinillas o funcionaron de defensas al estilo cattenaccio. Detrás del parque había un beneficio de café por lo que literalmente cada mejenga tenía ese perfume y unas ganas tremendas de acompañar la tarde con pancito dulce.

Dados los “elementos condicionantes del terreno de juego” era muy probable que un remate mal calibrado terminara del lado del beneficio, lo cual abría dos opciones. La vía civilizada de caminar cuatrocientos metros, llegar al portón del beneficio y pedir respetuosamente el balón a los oficiales; o la vía bárbara, subir el muro con ayuda de los amigos, pararse en las tejas rojas, saltar el alambre de púas y ser recibido por un árbol ya del lado del beneficio.

Como fui yo quien hizo volar la pelota, me tocaba a mí tomar la mejor opción, es decir tomar la vía bárbara. No me preocupaba la subida del muro hacia el beneficio sino más bien el regreso después de recoger el balón, porque eso implicaba escalar el árbol y lanzarse completamente solo hacia el parque por entre los alambres de hierro. Aún así saltar el muro y exponerse al tétano era más rápido y emocionante que tomar la vía civilizada.

Sin inconvenientes pasé el muro y fui recibido por las ramas del árbol ya del lado del beneficio. No sé si la culpa fue del árbol o mía, pero lo cierto es que caí al piso sin mucho margen para reaccionar. El que sí reaccionó con velocidad fue el policía del beneficio que me apuntó a la cabeza con su pistola cuando yo aún no había logrado reponerme de la caída.

Sobre la rama de un árbol: historias de dos infancias

Con mi atuendo de niño futbolero y la tranquilidad inconsciente que da una historia política sin guerras recientes, sabía en el fondo que el policía no iba a disparar. Sin embargo, uno nunca sabe cuáles podían ser las consecuencias del miedo -justificado o no- que había traído consigo el aumento de la delincuencia y la cobertura amarillista de los medios de la época.

Por supuesto que me levanté asustado, alzando las manos como en las películas.

-Sólo vengo a recoger la bola. Yo sé que no tenía que saltarme el muro, pero nada más recojo la bola y me devuelvo.

-Bueno. Recoja esa bola y se devuelve de una vez. Apúrese porque si no le pego un plomazo.

Divisé la bola rápidamente, corrí tras ella, la lancé a mis amigos del otro lado y como un cachiflín ya estaba de nuevo trepado en el árbol tratando de regresar a territorio seguro. Sin ningún ayuda, evadí el alambre de púas y de un salto a lo Penny Hardaway toqué tierra. Me volvió el alma al cuerpo. Sin mucha alharaca, volvimos al partido de fútbol.

V

Inicio la última historia en la que les cuento de una nueva caída, la tercera en este relato. Eso sí, no vayan a pensar las personas lectoras que tengo ínfulas de nazareno con esta referencia a las tres caídas. Lo que pasa es que -quizás- este asunto de trepar árboles es como la vida: tendemos a recordar más las caídas que las veces en las que nos hemos levantado. Pero bueno, me estoy yendo por las ramas así que vuelvo a los árboles.

Esta es en realidad una historia de adolescencia más que de infancia. En ese momento habré tenido unos quince o dieciséis años cuando algunos amigos y amigas fuimos al mismo parque de la historia anterior, después de que nos dejaran salir temprano del colegio. Después de las bromas y risas de rutina, vimos que uno de los árboles grandes estaba lleno de guabas.

Que el inglés y el sonido de la palabra no les confunda. Las guabas son unas vainas de color verde que contienen unas semillas cubiertas de una pulpa blanca, dulce y succulenta. Por lo tanto, valía la pena hacer el intento

de escalar unos cuantos de los innumerables metros que tenía el árbol.

El árbol en realidad era demasiado alto y no me fue posible alcanzar ninguna de las guabas. La cosa era la bajada. Así, con una osadía estúpida que es sólo posible gracias a la lucidez y el cálculo propios de la adolescencia, me lancé en lo que pensé sería una caída al estilo parkour. Nada más lejano de la realidad. Caí como un saco de papas, sobre todo por el sonido del golpe que se produjo al caer.

Las risas justificadas de mis amigos y amigas me hicieron recordar que, sin guabas ni orgullo, al menos tenía que recuperar algo de mi dignidad. Como si hubiera recordado aquella obra de Alejandro Casona que por esos tiempos habían puesto en escena en el colegio, me levanté haciéndome el vivo, como si nada hubiera pasado. Eso no apagó las risas de mis compas ni logró evitar que aún con los años me recordaran cada cierto tiempo la caída del palo de guabas.

Pero así es esto de subir a los árboles. A veces caemos y nos dolemos. A veces -por el contrario- alcanzamos unos frutos deliciosos que nos alegran las tardes, ya sea en la Costa Rica en la que pasé mi infancia o en tierras mexicanas en donde Luci hace sus primeras escaladas de la vida.

-Papá, ¿Y sabes cómo se llama ese árbol de la cueva?

-¿Cómo, mi amor?

-Se llama “el árbol del trueque”.

-¿Y por qué se llama así, mi amor?

-Porque él me deja subirme y yo le devuelvo las ramas que se le caen.

Antes de ir a jugar fútbol un rato, Luci y yo nos quedamos un momento más en la cueva de árboles, ahí donde nuestras infancias se conectan como las raíces de dos árboles.

Mi patio de juegos

Vania Herrera Mejía - Elizabeth Mejía Pérez Campos

No podía tener mejor infancia y mejor patio de juegos que una zona arqueológica completa para mí. Desde que fui muy pequeña aprendí a caminar en este cerro y cada vez que caía al suelo imaginaba que los árboles eran como los “ents”, esos grandes seres mencionados en el libro y película “El Señor de los anillos”, que levantaban las raíces para hacerme caer, y el viento al mover sus ramas reían de mí y conmigo. Cuando eso me pasaba, mi mamá siempre se acercaba para ver si estaba bien y yo le decía:

- Los árboles me metieron las ramas-, lo que le hacía sonreír.

Con la vívida imaginación de un niño, el bosque en que se encuentran inmersos los monumentos antiguos de la zona arqueológica, son un escenario perfecto para imaginar lo que sea; por ejemplo, el viento trae consigo los ruidos del pequeño poblado al pie del cerro y eso lleva voces lejanas, risas y, a veces, algo de música del recreo de las dos aulas de la pequeña escuela; además, la acústica del cerro permite que en la otra ladera se escuche la música de una radio, y los llamados de una mujer a almorzar. Arriba, el viento mueve la hojarasca y parece que el cerro canta, entonces recuerdo las narraciones de los trabajadores de la piedra que mi mamá contrataba, y que decían: “...el cerro está encantado y se escuchan las voces de los antiguos habitantes... y si tienes malas intenciones te siguen hasta sacarte del cerro”.

Al quedarme muy quieta y sin visitantes, se podían escuchar animales de acuerdo a la época del año; en el verano se escuchaban las águilas en vuelo de cortejo, en parejas y creando grandes círculos celestes, mientras que en el invierno sobrevolaban buscando ardillas descuidadas para cazar; al desaparecer las águilas, las ardillas eran muy traviesas y en ocasiones les gustaba atacar a los humanos aventando pequeñas ramas; cuando a veces me daban en la cabeza, imaginaba a las ardillas divertidas riéndose de mí.

Era frecuente escuchar también muchas aves; antes podíamos escuchar a los zenzontles y a los cuervos, además de otros que no conozco; hoy, lamentablemente, cada vez son menos.

Jugando, brincaba constantemente por el cerro, encontrándome todo tipo de animales todo el año, desde pequeños insectos hasta lagartijas en los muros que al escuchar mis pasos se iban corriendo. Me sentía un gigante del que los animales constantemente huían, pero no todos eran así.

A nivel del suelo escuchaba cómo las hojas se movían; entonces debía quedarme muy quieta y alerta para ver si no sonaba un cascabel y alejarme muy rápido, porque se trataba de una serpiente, pero a veces, entre la hojarasca, se asomaba una cabecita de un armadillo pequeño que jugaba y buscaba insectos entre las hojas; por la tarde no era extraño ver grandes tejones o zorritas; todos estos animales al verme se sorprendían y si me movía salían corriendo.

El trabajo de mis papás es tan interesante: ellos son arqueólogos, y me enseñan de las personas que vivían en este sitio hace muchos años. Mis papás les ponen nombre a todos los edificios antiguos, y los numeran para identificarlos fácilmente.

También los adultos siempre me advertían a donde nunca debía asomarme; por ejemplo, cerca del edificio 12 está el nido de los “carniceros”, que son grandes avispas muy agresivas que te corretean, su piquete y mordida duele mucho, y su veneno es tan fuerte que te pueden mandar al hospital. Cerca del edificio 27 siempre se ven tarántulas y si las sigues te llevan a la ladera. Ahí cerca está la casa de una serpiente de cascabel, por eso no debía acercarme nunca.

La esposa de un viejo albañil decía que era pastora en este cerro, y que no sólo se escuchaban voces, sino que cuando el cerro te quiere ahuyentar también se escuchan los pasos de los habitantes originarios.

El cerro siempre está cambiando, en verano, seco y caluroso, las plantas ya florecieron y sólo quedan los frutos, mientras que entre octubre y febrero hace frío, ese que se mete a los huesos, y entonces, el cerro se pone

Mi patio de juegos

misterioso, cuando las nubes llenan las cañadas y suben poco a poco, como una gran masa que nos traga y cuando llega o se va, deja ver rayos de sol a jirones, entre el viento y la niebla.

Esto deja cubiertos los edificios con un velo tenue, y apenas pueden verse; lo que me deja imaginar, cómo en cualquier momento sale del cuarto su habitante original para correrme y atajarme el paso, y no dejarme entrar a su casa.

También es la época donde ya llovió y el cerro está lleno de flores; puedo encontrar poleo para un té, ese cuyo origen de monte cura el dolor de pancita, incluso si uno sabe buscar encuentra frijol de rata, que es una especie silvestre de frijol comestible, o cortar flores de miel y que también son alimento de los colibríes, que en esta época abundan porque sus crías son muy pequeñitas.

En noviembre el cerro es amarillo por la cantidad de flores de pericón que llenan las laderas y el interior de los cuartos. Los trabajadores me han enseñado un poco de plantas. Por ejemplo, en qué cuarto crece el laurel para cocinar, dónde el poleo para un té y dónde no acercarme porque hay una yerba que llaman damiana, pues si me como sus frutos me puedo enfermar o envenenar, porque es una planta de mucho cuidado.

Lo mejor de este patio de juegos era compartirlo con mis amigos; invitaba a todos los que podía y les enseñaba este hermoso lugar, no hay nada como compartir este bosque encantado con los que quieres.

Lo cierto es que me convertí en un duende cuando me escondía detrás de los muros de los altos edificios, donde el público no puede subir, y desde ahí arrojaba bellotas a los turistas, y solo algunos se asustaban y salían pensando que en el sitio arqueológico Toluquilla (en Querétaro), hay duendes que asustan a los turistas.

Inolvidables vivencias.

Los insectos de mi casa

Agustín Ortiz B.

La mayoría de las personas que me conocen saben lo lejos que me queda el trabajo de mi casa, dos horas en condiciones normales y hasta 5 horas cuando hay lluvias, es lunes o es viernes. Por lo tanto, con mi divorcio opté por no regresar a casa más que únicamente los fines de semana, y así fue aproximadamente por unos cuatro años.

De esta forma mi casa quedó semi-abandonada y el jardín de mi casa creció descontroladamente y, por ende, los insectos proliferaron. Así que cuando regresaba los fines de semana a mi casa, solía encontrar arañas, grillos y hasta cucarachas grandes de esas que sólo se encuentran en los drenajes. Por tanto esos días eran de cacería para tratar de acabar con la plaga.

Les cuento que una semana que me quedé de vacaciones en casa, cada día que prendía la luz de la cocina, me encontraba una cucaracha en la misma posición arriba de una huevera. En cuanto me acercaba para matarla, ella corría y se escondía. Al día siguiente sucedió lo mismo, y así un tercer día. El cuarto día sabía que la encontraría en su misma posición observándome con un solo ojo (como un símil de la El gato negro, de Edgar Allan Poe). Y así fue, prendí la luz y ahí estaba para desaparecer en cuanto me veía. El quinto día no prendí la luz, me fui directo a la huevera y la alcé para ponerla en el piso. Apenas y con la luz apagada alcanzaba a ver una mancha negra donde sabía que ella estaba viéndome. Me quité mi chancla pensando: si corre por la derecha, la mato por acá, si corre por la izquierda la mato por este lado. Y en eso estaba absorto cuando prendí rápidamente la luz para acabar con ella. Grande fue mi sorpresa cuando no corrió ni a la derecha ni a la izquierda sino hacía mí. Con el susto solté la chancla y con mi brinco logró escapar nuevamente.

Al siguiente día y decidido a todo, sin prender la luz volví a tomar nue-

Los insectos de mi casa

vamente la huevera con la susodicha encima mirándome y burlándose de mí. Así que salí de la casa y hundí la huevera en una gran cubeta con agua que tenía afuera y de inmediato la vi sumergiéndose en el agua fría. Dicen que las cucarachas pueden vivir sin respirar mucho tiempo, pero en esta ocasión mi venganza pudo ser cumplida tras una semana de burlas de su parte. De cualquier forma volví de mis vacaciones y deje abandonada la casa nuevamente entre semana.

Con el tiempo conocí a mi actual esposa. Ella chilena de la Patagonia, donde por el frío no se encuentra ni una mosca. Llegó confiada a vivir conmigo junto con sus hijos. Previa advertencia: no te vayas a espantar pero posiblemente alguna vez te encuentres con una cucarachita (obviamente ella ni idea tenía del tamaño de las de acá).

Como arqueólogo un fin de semana la lleve a Teotihuacán y al llegar a la cima de la Pirámide del Sol, felizmente sentados vimos que varias mariposas negras revoloteaban sobre nosotros. Ella que nunca había visto unas así, espantada me dijo: ¿qué son esas cosas?, yo muy contento le dije: mariposas. Y ella espantada dijo: Qué mariposas. ¡Parecen murciélagos!.

Nunca le han gustado los insectos, pero eso apenas fue el preámbulo de lo que pasaría en mi casa.

Sabedor que no le gustaban los insectos, puse mosquiteros en las ventanas y puertas para que no se metieran. Y además aprovechando mi ausencia por el trabajo, mi esposa se dedico a fumigar toda la casa.

Quizá los lectores recuerdan la película de los Tres huastecos con Pedro Infante y “La Tucita”, quien tenía un grillo que le cantaba. Así que un día muy emocionado le digo a mi esposa: “Yo también tengo un grillito que me canta todas las mañanas”. Mirándome fijamente me dijo: “Tenías. Ya fumigué todo”. Ya se imaginarán mi sorpresa.

Otro día venía manejando de regreso a casa, me llamó espantadísima: “Amor, ¿qué crees? Hay una cucaracha de las grandes en la ventana. Pero no se si está afuera del mosquitero o adentro. Espera, voy a ver. Fiuu, parece que está afuera. Noooo, está adentro, ¿o no?, deja veo. Siiii, Está aden-

trooo”. Así que aterrada me esperó hasta que llegué a la casa para exterminarla.

En otra ocasión y bromeando con sus hijos les comentaba que estas cucarachas grandes atacan a la yugular, y así siempre era la broma, “cuidado con ellas que atacan”. Estábamos en esas, cuando mi esposa me grita:”Hay una cucaracha en la cocina”.Así que raudamente fuimos armados con escobas para matar a la insurrecta! Yo por un lado y su hijo mayor por el otro. Justo cuando estaba por matar a la malvada alzó el vuelo y... adivinen ¿donde cayó? Sí, en el cuello de él que espantadísimo por su yugular manoteaba desesperadamente para quitársela, perseguido por mi esposa con un bote de mata cucarachas. Y yo, obviamente riendo detrás de ellos.

Su hijo pequeño tampoco soporta los insectos, así que ante la llegada de grillos, arañas, polillas o cucarachas me gritaba para que matara a las intrusas. Sin embargo no siempre estaba yo en casa para hacerlo por estar en el trabajo, así que su mamá, que tampoco los soporta, le dijo: cada vez que veas uno, échale Raid hasta que se muera.

Así un día, un grillo tuvo la mala fortuna de entrar a la casa. Y en cuanto lo vio se armó con su raid para acabarlo, pero no moría. Salió su mamá preguntándole: ¿por qué le pones tanto?, y él contestó: es que no se muere, entregándole el bote de raid a su mamá, quien sonriendo le dijo: esto no es raid, es un lustra muebles. Y el pobre grillo permanecía todo brillante y tieso pero vivo.

Sobra decir que hace años no hay ni un insecto en mi vida. Ni siquiera una mosca volando despreocupada por ahí. Finalmente mi esposa a base de su constancia logró erradicarlos de la casa, sólo alguno que otro que viven en el jardín pero que inteligentemente se niegan a entrar so pena de ser exterminados.

Mis vacaciones al rancho. Viajando en tren.

Laura Beda Sánchez Sánchez

Con la familia llegamos del Estado de Veracruz a la ciudad de México en el año de 1959, añorando el terruño. Cada oportunidad que tenía nos íbamos de vacaciones a nuestro lugar de origen. Su nombre, Bajo de las Palmas, Veracruz. Un lugar que, ahora que lo pienso, era paradisíaco.

No era una travesía fácil, de hecho, recuerdo que era bastante tortuoso, pero yo no lo sentía así en su momento.

El viaje en tren

Para iniciar el traslado era en tren que duraba muchas horas, salíamos de la Estación de Tren en Buenavista a las 8 de la noche, viajábamos todo el siguiente día y llegábamos como a las 4 de la madrugada a la estación Juanita, Veracruz. Ahí nos esperaba un primo con algunos caballos para subir las maletas y dirigirnos al Rancho Bajo de las Palmas.

Antes de pasar a describir el lugar maravilloso al que llegábamos, les contaré qué pasaba en el tren durante un viaje de tantas horas.

Abordábamos el tren México-Mérida. Tenías que llegar a formarte desde las cinco de la tarde, es decir llegamos tres horas antes de la salida del tren, para tener la oportunidad de alcanzar asientos. Cuando permitían la entrada era correr muy rápido, pero a mi hermano no le ganaba nadie a correr y siempre conseguimos asientos, pues eran muchas horas para ir parados, aunque había mucha gente que así viajaba. Por la noche, mi mamá ponía cobijas debajo de los asientos, quedando una cama cómoda pero no me gustaba pues el aroma no era muy grato, olía a fierro.

Pero no todo era desagradable, llegaba el momento de la vendimia, era muy grato oír a las vendedoras gritar ofreciendo los platillos que llevaban “empañadas, chiles rellenos, café, plátanos fritos etc., con su muy particular acento. Mi mamá nos llevaba comida, pero eran muchas horas de viaje por lo que era inevitable comprar alguna garnacha o un café calentito en la madrugada.

También no era grato ver a los soldados en cada vagón del tren, pues llevaban su rifle y su uniforme y siempre con una mirada que a mi corta edad me parecía agresiva. Cuando crecí entendí que su presencia era necesaria pues había gente que se subía a robarse las maletas si te descuidabas.

Desafortunadamente cuando se abrió una nueva forma de viajar, en vagones que les llamaban “numerados” pues comprabas tu boleto y te asignaban tu lugar y podías ir cómodamente, para el periodo presidencial de Felipe Calderón, se terminaron los viajes en tren, por lo que no duró el gusto; fue poco tiempo de disfrutar ese servicio.

La llegada al rancho

Ya que nos bajábamos del tren y nos esperaban con caballos para llevarnos al rancho era fabuloso, el camino era una vereda y como era de madrugada pues todo estaba oscuro y me tocaba ir en ancas del caballo con mi primo quien me decía “que había lobos y si me quedaba dormida ahí me iba a dejar para que me comieran” pues yo muy avispada siempre, a pesar de la obscuridad, como mi primo “Chilo” (Jesús Sánchez Hernández) conocía muy bien el lugar iba cortando frutos para llegar a su casa y degustarlos, era un camino con maleza muy alta y estaba llena de árboles frutales. Ahora ya no existe nada de ese paisaje.

Llegábamos a casa de mi abuelita e inmediatamente me daba una tortilla de frijol con una taza de café negro que me sabía delicioso, con un aroma que añoro.

Casi todos de la ranchería eran mis parientes, por lo que, en los días siguientes, en cada una de las casas nos invitaban a comer, el menú casi siempre era carnitas pues engordaban sus marranitos para cuando íbamos de visita; también hacían tamales, los llamados oaxaqueños con hoja de plátano y con acuyo aquí conocida como, hoja santa y, sobre todo, las picaditas y las garnachas, éstas últimas eran mis preferidas.

También mi mamá llevaba ingredientes para hacer mole con guajolote y las tortillas hechas a mano; para los adultos no faltaban los famosos toritos: bebidas hechas con base de fruta y alcohol de 96°; desde un año antes

Mis vacaciones al rancho

también ponían a fermentar nanches en alcohol, los adultos se tomaban el alcohol y los niños los frutos, entonces todos estábamos “entonados” jajaja, también llevaba mi mamá muchos dulces para los niños, galletas, y chocolates.

Todas las mañanas nos llevaban a ordeñar las vacas e inmediatamente que sacaban la leche la vaciaban en un vaso y le ponían alcohol, azúcar y canela y nos daban a todos: adultos y niños, pues decían que era muy nutritivo.

Me encantaba estar con la familia pues en ese momento era la más chica y me consentían; mis primas me dejaban hacer tortillas a mi manera y mis primos se las comían para que no sintiera feo sobre todo mi primo “Chilo”, que después se casó con mi hermana, por lo cual, seguimos unidos hasta su fallecimiento, era como otro papá para mí. También me dejaban acompañarlas a traer agua del pozo, me daban una cubetita de la cual, por falta de pericia, solamente llegaba un cuartito de agua en la cubeta, pero era muy divertido.

Otro momento que también añoro es que en la tarde-noche todos nos salíamos a la garita a oír las aventuras de fantasmas que contaban los adultos, a veces alumbrados solo con la luna que se veía maravillosa y daba la apariencia de ser un enorme foco; otras noches solo con el candil con petróleo se alumbraba muy tenue el espacio, y así resultaban más interesantes las historias de terror que nos contaban.

A lo que siempre le he tenido miedo es a las víboras que ahí abundan, debido a que dos de mis familiares mi abuelita materna y un tío murieron por la mordida de estos animales.

Las bodas

A veces nos tocaban las bodas, eran y son muy alegres. Desde el día previo a la boda se hace huapango y se les da de comer a las personas que van a apoyar en la fiesta; al siguiente día antes de ir a la iglesia, como deben trasladarse al Municipio de San Juan Evangelista, Ver, pues en el rancho no había iglesia y muchos menos registro civil, se les da el desayuno a los

que acompañan a la iglesia; en todo momento se escuchan los cuetes. Para la comida se prepara mole con guajolote, vaca en barbacoa, carnitas y el inigualable manjar y según la economía de los contrayentes mucha cerveza, toritos y aguardiente; para amenizar la fiesta un grupo jarocho.

Al tercer día el recalentado y a repartir viandas a las personas que ayudaron, y prosigue la fiesta. En algunas de esas bodas me invitaban para alzarle la cola del vestido a la novia, era divertido.

Todos tenían sus deberes, los hombres hacían las palapas, mataban a los animales y elaboraban las carnitas, los chicharrones, la longaniza, la rellena, la barbacoa.

Las mujeres mayores se encargaban de matar las gallinas y guajolotes y preparar el mole y el manjar.

Los hombres jóvenes se iban a cortar la leña, pero se daban tiempo para enamorar a las muchachas.

Las mujeres jóvenes se encargaban de hacer las tortillas, se repartían en las casas de familiares aledañas a la boda y ahí torteaban las tortillas, también iban al arroyo para acarrear el agua con latas que habían sido de manteca, puestas en la cabeza, sin tirar una gota de agua y sin meter las manos, justo ahí era la oportunidad para que los jóvenes las fueran a enamorar y si ya tenían sus acuerdos dejaban la lata a un lado del camino y se iban con su amado.

Los velorios

Los velorios eran muy parecidos a las bodas con la diferencia era que no se bailaba. La repartición del trabajo era de la misma manera, pero cuando llegaban a ver a los dolientes siempre llegaban con algo, café, azúcar, frijol, veladoras, flores de sus patios, es decir, todo lo necesario para que el doliente tuviera lo necesario para el novenario y un poco más, pues cada noche los chiquillos esperábamos con ansia los rosarios para luego cenar, algunas veces solo café negro con galletas de animalitos, pero muchas otras, pan dulce con atole o algunos más daban tamalitos, sin faltar el aguardiente. Confieso con mucha pena que me gustaban los velorios.

Mis vacaciones al rancho

También al igual que las bodas era una oportunidad para que los jóvenes enamorados pudieran darse a la fuga.

La huida de los novios

Como las bodas eran muy costosas, no todos tenían dinero para dar boda, por lo que se acostumbraban irse con el novio y una semana después se presentaban a la casa de la novia a “pedir perdón”, hablaban las familias y quedaban de acuerdo para hacer una comida sencilla con los más allegados y todos felices.

Me tocó que dormía con una de mis primas, esa noche nos fuimos a dormir como de costumbre y al siguiente día amanecí solita y desperté por el relajo que se armó, cuando mi tía se dio cuenta que mi prima se había “huido” con el novio; llantos por aquí, recuerdos a la progenitora del novio por allá, fue un verdadero caos, pues esta tía era de “armas tomar” y siempre andaba con un rifle al lado de ella. Ya no me tocó ver la pedida del “perdón” debido a que terminaron las vacaciones y tuvimos que regresar a la Ciudad de México.

Siento que en mi infancia ocurrieron los momentos más felices que viví, cuando iba de vacaciones al rancho en Veracruz, pues en la Ciudad de México era otra historia.

Nos cambiamos de casa

Víctor Manuel Ortiz Villarreal

Preámbulo: Este relato implica el haber sido testigo del anárquico crecimiento urbano del Distrito Federal (ahora CDMX), desde principios de los 60's y cómo este profundo cambio afectó mis actividades cotidianas como niño de 5 a 10 años, especialmente por la desaparición de los lugares que eran de visita acostumbrada y de juego y diversión.

¡Ese sí que fue todo un acontecimiento en nuestras vidas! Hablo de las vidas de los miembros de mi familia... Dejábamos la diminuta vivienda en la colonia Santa María La Ribera –al Norte de la ciudad- por un departamento sobre avenida Universidad -al sur-, en el primer condominio construido por el ISSSTE, en el mismísimo lugar en donde, según Federico Gamboa, el militar Marcelino Bernal deshonró a Santa, en la orilla de la barranca que no es barranca, es el frente hasta donde llegó la cantera cercana a la Hacienda del Altillo y que ahora ocupa un descomunal centro comercial a media cuadra al norte, sobre Miguel Ángel de Quevedo. Era mayo, en esa época, nos daban vacaciones en las escuelas...

El día que mamá me llevó al nuevo hogar, fuimos a la calle en busca de alimentos. Tuvimos que comprar comida en la cocina económica de la esquina, una de las escasas construcciones del rumbo, era tarde y hacía hambre así que pedimos lo que había: arroz y mole de olla.

Eran pocas las construcciones en la zona: algunas casas sobre la Av. Universidad, un gimnasio que apenas recientemente desapareció y en cuya peluquería nos cortaban el cabello; hacia el norte estaban los laboratorios “Avon”, fabricante de perfumes y maquillaje; En contra-esquina estaba la cancha de la “liga Olmeca”, que posteriormente se mudó hacia el rumbo de Plateros, en Mixcoac.

Al otro día, con mis hermanos, nos aventuramos a conocer el condomi-

Nos cambiamos de casa

nio: los jardines entre los edificios, el gran prado del fondo y ¡la alberca! Esa sí que se me hacía enorme y profunda; eso lo comprobé yo mismo. De no haber sido por mi hermano Jorge no lo estaría contando, simplemente corrí alrededor varias veces hasta que se me fue el piso y ¡pácatelas! Hasta el fondo fui a dar. Mi hermano se echó un clavado y me rescató. Desde ese día le tengo un respeto especial al agua.

Tenía que esperar hasta febrero para poder ingresar a la primaria, era la época del “calendario A y B”, que posteriormente se unificaron. Por lo pronto, cuando terminaron las vacaciones, me inscribieron en el jardín de niños (ahora aprendí a decir “de infantes” para que suene un poco más inclusivo).

En la unidad casi no había departamentos ocupados, los edificios lucían vacíos, eran escasos aquellos que estaban ya entregados y con infantes de mi edad. Sin embargo, pude congeniar con los del piso 2º, los del 3º y el del 5º, en mi edificio; con los del C1, J5, el L4 y el O3, quienes llegaron unos pocos días o semanas después. Para septiembre, el condominio ¡estaba casi lleno! ¡Éramos muchos niños y niñas de la misma generación!

Llegó diciembre ¡temporada de posadas! Hicimos una en el estacionamiento del lugar, las procesiones iban “pidiendo posada” de puerta en puerta, cantando la letanía, quemando cabellos con las luces de bengala y tirando busca-pies a la gente. Pudimos romper las piñatas en el rincón del mismo estacionamiento, el cual ofrecía un espacio con dos o más metros de barandal, desde donde era difícil atinarles a las piñatas. Esa sí que era diversión, o por lo menos a esa edad lo disfrutaba, especialmente ¡romper la gran zanahoria que hizo mi hermana María!

Febrero, de regreso a la escuela. Había que caminar por Avenida Universidad hacia el sur, hasta la esquina con Oxtopulco, dirigirse hacia el oeste recorriendo toda la sinuosa calle hasta el río Magdalena, hediondo y de colores¹. Después de que lo entubaron le llamaron “Paseo del río”.

El recorrido no era nada fácil, al llegar al río había que ir otra vez al

1 Las textileras de Tizapán y la planta de Loreto y Peña Pobre soltaban sus inmundos desperdicios en días y horas específicas, tñiendo las aguas del río.

sur, eran como 900 metros en total, desde la casa hasta la puerta del jardín de infantes, localizado en la confluencia de la calle Victoria y Paseo del río.² En esos días el río estaba siendo entubado. Había que caminar por las pequeñas banquetas, esquivando piedras y tierra, de ida sin ensuciarse, de regreso ¡era bienvenido el lodo! Ese trabajo de entubamiento del cauce del río Magdalena lo terminaron en esa sección (desde río Chico hasta Miguel Ángel de Quevedo). Había que cruzar el río usando los antiguos puentes para poder esquivar el polvo, los enormes tubos de albañal y así poder llegar limpio a la escuela, especialmente los lunes, cuando íbamos de blanco. Era una caminata que resultaba extenuante, sin embargo, en esa época no tenía una conciencia de eso, el objetivo era llegar a la escuelita para estar con los amigos. Terminaron como en 1966, cuando ya pudimos otra vez jugar “cascarita”, usando el primer puente como portería, ¡con el cauce del río empastado! Este, al que le diré primer puente, es llamado “Oxtopulco”, por quedar enfrente de dicha calle; el siguiente, en dirección a la escuela, el segundo, es el puente del Carmen, llamado así por coincidir con la calle del mismo nombre que se localiza al oeste de su pedestal. Por cierto, es el más bajo, del lado norte había una caída de agua de un metro de alto o algo así, en donde nos gustaba meter los pies para descansar de la caminata. El último Puente antes de llegar a la escuela el tercero, es el del “Púlpito”, llamado así por la especie de balcón que tiene en la parte de la ribera derecha del río, lugar usado para que los novicios declamaran ante los frailes sus oraciones.

Al lado izquierdo del jardín de infantes, estaba la entrada al sitio arqueológico de Copilco y al museo, las maestras nos llevaban a ver “las calacas” y las vasijas y todo lo que había en los túneles bajo la piedra, precisamente bajo los casi 8 metros de lava transformada. Eran varios túneles los que se habilitaron como museo hasta que los cerraron, mucho tiempo después, cuando yo ya estaba en secundaria. No cabe duda de que esas visitas a los restos arqueológicos determinaron en buena manera mi vocación.

Por mis nuevos rumbos estaban las dos grandes ligas de Beisbol infantil, la “Olmeca” en la esquina de Universidad y Miguel Ángel de Quevedo y

2 Medí la distancia con el odómetro de un vehículo muchos años después.

Nos cambiamos de casa

la “Maya”, a la cual accedíamos por cerro Acasulco, unas dos cuadras al sur de la primera. Ambas desaparecieron de la zona para ser ubicadas en otro punto de la ciudad, pero en la Maya, pudimos jugar no sólo Béisbol, había canchas de fútbol y pudimos formar equipos para ambos deportes. Esto sucedió hasta 1967, cuando este terreno ¡fue habilitado como tráiler park para los turistas de las Olimpiadas del 68. De todas formas, nos inscribimos en “Pumitas”, a donde había que ir los miércoles para apartar lugar...

¡El sábado llega mi padre! Mi mamá se prepara para la ocasión, en virtud de que mi papá es telegrafista y se va semanas a diferentes oficinas por toda la república, hacemos fiesta cada que regresa a casa. En esta ocasión estuvo en Sonora, en donde se está instalando el sistema de “teletipos” y él se especializó en la colocación de tales equipos, con la finalidad de actualizar los sistemas telegráficos. Me dirijo con mi madre al sembradío de maíz que está enfrente, es una enorme granja en la cual, y en temporada, nos vendían las hojas de milpa destinadas a envolver las deliciosas “atapakua khurhúnda” (corundas en caldillo rojo), tal y como las hacía mi abuela allá en su pueblo, Panindícuaro, Michoacán, para agasajo de mi padre. Preparamos todo lo necesario: en el mercadito de Copilco el Bajo, mi madre adquirió la masa, la manteca, el quesito cotija, los jitomates, las chilacas (para hacerlas rajadas) y todo lo necesario para preparar el succulento manjar. Nos dirigimos a la granja con una bolsa de mandado para que nos vendieran unas 20 o 25 hojas. Un par de años después, ese terreno se convirtió en la primera gran tienda de autoservicio del sur, adquirida posteriormente por la empresa norteamericana de cuyo nombre no quiero acordarme para no hacerle publicidad...

De todas maneras, nunca se me olvidará la receta: antes que nada, hay que dejar remojando unas horas las hojas de milpa y luego lavarlas con escobeta para que suelten esos como vellitos que pican las manos; las hojas, al ser separadas a lo largo de la vena central, se duplican, ¡hicimos 50 torunditas! Con los ingredientes hay que elaborar la masa, amasar y amasar hasta que una pequeña bolita ¡flota en un vaso con agua! Al hacer cada una, se pueden formar triángulos, pero hacer torundas hexagonales era premiado con ¡una extra para comer! En una olla grande, se acomodan las

piezas en espiral dentro de la olla para que el vapor circule bien y queden convenientemente cocidas; una vez que suceda esto, se sacan de la olla, se les retira la hoja de maíz y se acomodan de tres en tres en los respectivos platos, después de lo cual se agrega el caldillo de jitomate, los cubitos de queso cotija y las rajas de chilaca y ¡a comer antes de que se enfríen!

Cada tarde llegaba la “estafeta Renault” hasta el estacionamiento y ¡había que seleccionar el pan para la merienda! Había conchas, bigotes, rejas, besos y, por supuesto, ¡bolillos y teleras! De no haber pan, había que hacer el viaje en trolebús hasta Universidad y Parroquia, un viaje de media hora en total para poder adquirir ¡hasta pasteles!

Las caminatas sabatinas por el pedregal se acabaron cuando empezaron a construirse los grandes condominios, por lo que tuvimos que cambiar de ruta cuando íbamos cortando camino hacia la Ciudad Universitaria. Las rampas del estadio estaban también cerradas, las inminentes olimpiadas obligaban a remozar el recinto: pintar el logo alrededor de todo el espacio obligaba a no poder usar las rampas para deslizarnos cuesta abajo con las bicicletas y carritos de baleros, una de nuestras diversiones. Pudimos entrar por la rampa del maratón y ver la colocación del tartán hasta que amablemente nos indicaron que nos retiráramos. Éramos como 15 niños y niñas, ¡algunos dejaron huellas de bicicleta en la pintura fresca!

Eso nos llevó a buscar otros lugares con declives susceptibles de ser usados como rampas con las bicis y los carritos. Íbamos a las calles de la colonia “Romero de Terreros”. ¡Vaya que había pendientes! Disfrutamos esos declives hasta que un conocido político de la época llamó a la policía por el escándalo que hacían las ruedas de acero. Gracias a ese incidente, algunos tuvimos a bien cambiar las ruedas de baleros por ruedas de hule compradas en el mercado de San Juan y, por lo tanto, eliminamos el ruido de las otras.

Llegó el año nuevo y me inscribieron en la primaria. Eso ya indica otra situación y otra historia, la cual será contada en otra ocasión por ser parte de mi propio desarrollo personal.

Los patines

Karina G. García

Comenzaré contándoles de Hilda, mi madre, quien tuvo a bien tener cuatro hijas, ¡cuatro mujeres! No se imaginaba lo que eso implicaba, ella siempre fue mamá y papá. Desde que recuerdo nos ha consentido, nos llevaba a pasear, cada fin de semana salíamos a comer junto con mi abuelita quien vivía con nosotras a pesar de tener su casa, ella nos cuidaba cuando mi madre se encontraba trabajando.

Eran tiempos en que Hilda tuvo un carácter bastante fuerte, no era fácil sacar adelante a sus hijas y debía ser estricta también.

El departamento en donde aún habito, está en la unidad habitacional más hermosa que he conocido, en el sur de la ciudad de México, entre las calles de Miguel Ángel de Quevedo y Copilco, teníamos el espacio suficiente para que jugáramos, contaba con una cancha de tenis -en ese entonces podía usarse-, había una fuente que funcionaba, había patos y gansos y alguna vez encontramos una que otra ave atropellada, muy mal por eso. Hasta la fecha podemos sentarnos en las áreas verdes y recordar como ahora, caminar tranquilamente y encontrarte con alguien para conversar.

Mis amigos eran Thelma, Arturo y Juan, que eran de mi edad, Humberto era de los mayores con otros más, todos éramos muy unidos y salíamos a jugar kit bol, escondidillas en el “laberinto”, nos escapábamos a la tienda o a la papelería de Cacho, fue una época que recuerdo con amor y nostalgia.

En una ocasión, por azares del destino y errores de nóminas, a mi madre le cancelaron su pago por un tiempo, lo cual como niñas no entendíamos, ya que se nos hacía fácil pedir y pedir, pues estábamos acostumbradas a que no faltara nada. Qué mal lo pasó esa vez, afortunadamente contábamos con el apoyo de mi abuelita que nos “prestaba” dinero que nunca nos cobró.

En esa época estaban de moda los patines y Thelma y Arturo eran muy buenos patinando y cada tarde salían a hacerlo con sus patines de bota, bastante lindos. Yo no tenía y por la situación de ese momento iba a ser difícil que pudieran comprármelos, más aún, siendo tantas hijas con los mismos gustos; debo reconocer que era algo que me incomodaba y frecuentemente me preguntaba ¿por qué mi mamá tuvo tantas hijas? Confieso que esta pregunta solo quedaba en mi mente ya que no tenía el valor de hacérsela a mi madre.

Recuerdo que mi hermana menor tenía unos cubos de acrílico con los que formaba palabras y números, y, con la intención de “aprender” a patinar, mis hermanas y yo nos motivamos a usar estos juguetes para lograrlo. Los amarramos de manera en que no se zafaran de nuestros pies, ¡con cuánta emoción salimos al pasillo en donde están los cinco departamentos del sexto piso, para demostrar lo bien que patinábamos! Éramos tan audaces que no caíamos, nos divertíamos mucho... lo malo de esta aventura, fue que, por vergüenza, no salíamos a la plaza, imagínense ¿qué hubieran dicho nuestros amigos?, los vecinos, ¿qué dirían de mi madre?, era contradictorio el sentimiento en esos momentos.

Un día en que estábamos divirtiéndonos en nuestro escondite, por llamarlo así, mi madre llegó de trabajar, cansada, con hambre, con ganas de estar en casa tranquila y pasarlo bien. Cuál fue nuestra sorpresa al verla salir del elevador y percibir su carita desconcertada al darse cuenta de lo que estábamos usando como nuestro mejor tesoro en ese instante, ese tesoro que no era precisamente para patinar; cuando llega a mi mente la imagen de mi mamá, la noto triste, frustrada, enojada también pero no con nosotros sino por la situación del pago que no había llegado como ella esperaba.

Con lágrimas en sus hermosos ojos grandes, maquillados de una manera que demostraba fuerza, valor, entereza, noté su debilidad en ese momento: sus hijas disfrutando de una manera que a ella no le gustó, y digo esto porque en alguna charla nos comentó que cuando era pequeña, ella y mi abuelita tuvieron algunas carencias, por lo que, al ver a sus hijas sin patines, creo que le causó un poco de sufrimiento.

Los patines

Después de haber tenido esa visión, cambió sus zapatos y con todo el amor de una madre, nos dijo “vamos al súper”, ¡qué emoción teníamos, llegarían los anhelados patines!

En el súper encontramos patines de bota, pero... No eran los que ella tenía en mente comprarnos ya que su valor era bastante alto y éramos tres, qué íbamos a hacer, bueno, pues buscar en todas partes hasta encontrar patines de hierro, ¡gulp!

Yo no estaba muy conforme con ellos, pero eran esos o nada, así que los acepté con pena también porque mis amigos tenían de otro estilo.

A Thelma y a Arturo les gustó mucho que yo tuviera patines. Me enseñaron a tener equilibrio y a frenar de lado ya que no contaban con freno de goma como los de ellos, eran tan escandalosos que se escuchaba el rechinado de los balines en las llantas que debían ser lubricadas para que no se atoraran y provocaran algún accidente.

El tan esperado pago de Hilda llegó, un cheque retroactivo correspondiente a todo el tiempo que no cobró; pagó sus deudas y cosas pendientes que tenía. Al darse cuenta de que nos hacíamos más expertas en el patinaje, que éramos veloces y reconozco, bastante intrépidas también, nos hizo el mayor regalo que esperábamos con ansias: nuestros patines de bota, de colores bonitos, con olor a nuevo, con freno de goma y lo mejor, no rechinaban...

Los míos fueron blancos con llantas azules, preciosos, impecables, los de mis hermanas eran tipo tenis de color azul con amarillo, les diré que verdaderamente les sacamos provecho, nos gustaba dar vueltas y aprendimos uno que otro truco, corríamos con ellos y subíamos la rampa hacia avenida universidad para bajarla a toda velocidad, no nos daba miedo y como no todo era color de rosa, admitiré que caí muchas veces pero no me importaba, me encantaba bajar y saltar el escalón para seguir patinando pues a la velocidad que llevábamos, no debíamos frenar de golpe ya que era peligroso.

Mi mamá nos miraba con asombro, creo que no pensaba cuánto había-

mos aprovechado los patines rechinadores y después los modernos, vio cómo hacernos felices y lo logró.

Hilda, mi mami, fue nuestra heroína; es, hasta ahora, nuestra heroína.

Mi otro ángel de la guarda

Rocío Domínguez López

Todos tenemos un ángel de la guarda que se nos asigna en el momento de nacer, para que nos acompañe y nos cuide en el camino de la vida.

¡Yo tenía 7 años cuando supe que además tengo un 2º ángel de la guarda!!

Crecí con mi hermano y muy cercana a mis primos. Mi mamá y su hermana, la tía Vita, acostumbraban juntarse cada día 1º de mes con el fin de agradecer lo recibido y pedir nuevamente para el mes próximo a la Divina Providencia: casa, comida y sustento.

Esta reunión se llevaba a cabo en el departamento de la Sra. María Luisa, una viejita solterona que vivía enfrente del parque España, en la colonia Roma.

Ella era Médium, es decir, prestaba su cuerpo físico para que espíritus del más allá (que ya habían trascendido al siguiente plano), pudieran comunicarse con los vivos, en este caso nosotros, y de esa manera les daban consejos a mi mamá y tía y obvio que, a mi hermano, a mis primos y también a mí, para librar dificultades en la vida, etc.

A mi hermano un día lo castigó, pidiendo a mi mamá que lo dejara sin domingo un buen de tiempo, porque siempre se portaba mal.

Por alguna razón, yo no creía que tal cosa existiera y de hecho me parecía medio aburrido.

Siempre aprovechaba para jugar o hasta me reía de la pose de la Sra. María Luisa, para mí era más visita social donde podía ver y jugar con mis primos y muchas veces hasta disfrutábamos del parque en bici o patines, que otra cosa.

En agosto de 1972, mientras transcurría todo el mes hasta llegar el Primero de Septiembre, estuve soñando todos los días que iba en la carretera en el coche de mi mamá, en un tramo específico donde había una curva, mi alma salía de mi cuerpo dormido, y veía a una niña güerita, con vestido blanco y botas negras que me decía adiós con la mano y me sonreía cuando pasábamos la curva y dejaba de verla, entonces mi alma regresaba a mi cuerpo y me veía nuevamente dormida.

Este sueño lo soñé todo el mes, todos los días y curiosamente no se lo platiqué a nadie, solo a “Helenita”, mi juguete preferido que era un bebé llorón que cada vez que estaba triste o sentía miedo por escuchar algún ruido, bastaba con abrazarla y cualquier sentimiento negativo se iba lejos muy lejos.

Cuando llegó el Primero de Septiembre y fuimos con “El hermano Sebastián”, me mandó llamar, y me dijo

“¿Por qué dudas de que existan más situaciones, cosas y personas que solo las que puedes ver?, he visto que tú no crees, aunque te voy a demostrar: “Tienes un sueño que te inquieta mucho, has estado soñando que vas dormida en el coche de tu mamá, el que tú veas tu propio cuerpo dormido, es un desdoblamiento y cada vez que lo haces puedes ir a otros lugares, hay una niña güera, pelo largo, vestido blanco, botas negras, que te dice adiós con la mano, y te sonrío. Ella se llama Helenita Krauze y tu muñeca preferida es un bebé llorón que sin saber por qué, le pusiste el nombre de Helenita. Ella nació el mismo día que tú, en Alemania. Quiere que sepas que existe porque le asignaron la tarea de cuidar a alguien, te escogió ya que tu vida será tal cual hubiera sido la de ella, pero se tuvo que ir por cambio de planes. Pide que te dirijas siempre a Dios, a tu ángel de la guarda y también a ella para que tu camino sea más fácil. Y ya que sabes, no vas a volverla a soñar.”

En ese momento quedé boquiabierta y hasta escalofríos me dio.

Ha pasado mucho tiempo de ese evento, no sé si sea real o creado por mí, pero ha habido ocasiones difíciles donde siento su abrazo y se va el miedo, así como cuando siento caos, le pido que se encargue de acomodarme

Mi otro ángel de la guarda

las cosas y mágicamente todo regresa a la calma.

Obviamente que a partir de ahí, creo que hay misterios en el más allá, que todos y todo estamos conectados en el universo. Cuando me topo con personas que no creen, les platico esta historia, esperando que tengan fe en su propio camino.

Ya pasaron 50 años de haberla conocido, de considerarla mi otro ángel, quien me cuida, me apoya y me acompaña, aunque nunca más he vuelto a verla.

Las vacaciones de Semana Santa en el río

Luis Armando Suárez A.

Recuerdo los preparativos para Semana Santa de cuando era niño. Esas vacaciones eran la mejor ocasión para estar motivado y contento. Llegaba la oportunidad de convivir con los primos que concurríamos desde distintos lugares a pasar las vacaciones a la casa de la abuela y de los tíos maternos, en mi caso.

Mi mamá preparaba cajas y cajas de comestibles que llevábamos para contribuir con los víveres que iban a ser disfrutados por la numerosa familia durante los 4 o 5 días que pasábamos juntos a la orilla de un río, en tierra caliente, frontera con Guatemala.

Desde el miércoles anterior a la Semana Santa acompañaba a mi mamá al mercado a comprar longanizas y chorizo, pan de salvadillo y temperante (es un postre que nos encantaba a los chamacos), tostadas, chicharrón de panza, pan dulce para el cafecito de la tarde, chile en vinagre, y muchas cosas deliciosas más. Cada familia llevaba sus respectivas cajas de comida. Eran unas interminables comilonas mientras el resto del tiempo nos la pasábamos metidos en el río hasta que nuestra piel se arrugaba de tanta humedad y los labios se nos ponían morados. Entonces nuestras mamás y tías nos llamaban a salir del agua, nos secaban y nos preparaban para merendar y luego dormir.

Antes, disfrutábamos de las fogatas que nuestros hermanos mayores encendían en la arena para hacer “lunadas”. Es decir, se tocaba la guitarra, se cantaba, bebían algo de alcohol y se animaban a iniciar aventuras amorosas con las primas y las amigas de las primas. Era la versión local de “amor de verano”.

Durante varios años fue así. En medio de retos de haber quien nadaba

Las vacaciones de Semana Santa en el río

más, quién era más temerario para incursionar en las aguas profundas y quién se atrevía a lanzarse del puente al río con unos 8 metros de por medio.

Así fuimos creciendo, comiendo mangos y chicozapotes y aficionándonos cada vez más a la comida que preparaban nuestra mamá y las tías. Esa comida que ahora echamos de menos porque algunas ya no están, como es mi caso, y otras ya están muy viejitas y ya no cocinan. Como era un tiempo machista los hermanos y los primos, ni yo, aprendimos a cocinar junto a nuestras mamás: pero eso sí, echamos en cara a nuestras hermanas y primas que dejaron perder la tradición al ya no haber cocinado ellas.

Esos paseos se terminaron porque la guerrilla guatemalteca agudizó sus enfrentamientos contra el ejército de aquel país y los pobladores ribereños descubrieron que en el torrente del río venían flotando algunos cadáveres desde el otro lado de la línea fronteriza.

Hace poco me reuní con uno de mis dos mejores primos de infancia, con Neto, y nos pusimos a recordar aquellas vivencias de nuestra infancia; de cuando íbamos al rancho de don Manuel Trejo y teníamos que lidiar con más de una docena de sus hijos, rancheros natos, y bastante abusivos con nosotros “los ciudadanos”. Eran, claro, travesuras inofensivas, sin dolo, ocurrentes, pero tan incisivas y frecuentes que resultaban algo molestas para mí. Mi primo Neto estaba más acostumbrado porque convivía más con ellos, y era considerado como otro miembro de ese clan.

Entre las cosas que ahora nos sorprenden de aquella época era que mientras nuestras mamás se preocupaban por la comida, nuestros papás eran más pragmáticos. Se ocupaban de lo que habrían de beber esos días de asueto. De llevar las cartas de póker para apostar y entretenerse y de poner sus abultadas barrigas desnudas un rato a la orilla del río, sin verlos que se metiesen a jugar con la chiquillada. Entre esas medidas pragmáticas ya era normal para nosotros ver llegar al principio un camión de cervezas repleto de cartones de la marca “Carta Blanca”. Se nos hacía una cantidad fabulosa para todas las vacaciones. Pero nuestra sorpresa era mayor cuando al segundo día ese mismo camión repleto de cartones de cervezas vacías

iban al pueblo a traer más producto.

Si hoy en día intentáramos hacer eso, repetir esas faenas, creo que nuestros bolsillos no lo permitirían ni nuestro hígado resistiría. Pero aquellos padres nuestros estaban hechos de otra madera. De esa madera que no solo aguantaba las inclemencias del tiempo sino también los abusos de los miles de litros que recorrían su hígado. Eran otros tiempos. Afortunadamente nosotros fuimos una generación que nacimos ya no tan sedientos como nuestros antecesores. jajaja

Un servicio voluntario gratificante, cumplido en mi juventud

Belem Beltrán Alarcón

En mi adolescencia solía hacer mucho ejercicio ya que para mí era una manera de estar activa, hoy me doy cuenta que ese gusto lo heredé de mi padre pues a sus 84 años sigue siendo bastante activo, además de caminar mucho. Recuerdo que solíamos correr juntos en la madrugada, imagínense, me despertaba aproximadamente a las 4:30 para poder ir a hacer ejercicio con él, debido a que tenía que estar listo y salir a tiempo para ir a trabajar, a las 6 de la mañana.

Haciendo memoria, un día sentí que apenas me había acostado a dormir, cuando ya era hora de pararme para salir a correr; mi papá fue conmigo motivado a levantarme y yo con mucho trabajo logré despertarme. Comenzábamos entusiasmados, calentando y nos íbamos a correr, siempre fuimos hacia periférico, salíamos de donde vivíamos, la unidad habitacional ISSFAM en Tlalpan, en la Ciudad de México.

Primero corríamos hacia Viaducto hasta llegar a Periférico y de ahí regresábamos para rematar dándole algunas vueltas a toda la unidad. Ese día fue muy extraño porque hicimos nuestro recorrido y jamás vimos a los otros corredores que solíamos frecuentar. Me acuerdo bien que nuestra plática se centró en que ese día todos se habían quedado dormidos, en especial un amigo de mi padre con el que a veces nos juntábamos. Nuestra rutina transcurrió normal, incluso recuerdo que todavía hicimos algunos ejercicios abdominales antes de regresar. Al llegar a casa, mi padre vio el reloj para calcular el tiempo que le quedaba antes de salir a trabajar, cuando vio muy sorprendido que apenas era la 1:30 de la mañana. Esto nos hizo entender por qué no habíamos visto a los corredores frecuentes. Nos dio tanta risa que me dijo: “Bueno pues ya hiciste ejercicio ahora acuéstate”, y así lo hice, él se preparó para el trabajo y ya no supe más.

Con el tiempo dejamos de correr pero yo no quería dejar de hacer ejer-

cicio; recuerdo que le pregunté a mi papá si podía practicar deportes en las instalaciones de Marina, ya que como él es militar muy probablemente me podría orientar. Me dijo que podría hacer entrenamientos ahí, sólo si entraba a hacer el servicio militar; yo, emocionada, le contesté que sí. Me imagino que él me dio la opción pensando que yo jamás me atrevería, pues supuestamente el servicio militar sólo era para hombres; entonces lo reté diciéndole que sí me inscribiría y de hecho no solo iba a ser yo, sino también invitaría a mi tía, pues éramos casi de la misma edad, además de que era igual de decidida que yo, para que fuéramos juntas a hacer ejercicio.

No me acuerdo bien cómo fue el proceso de inscripción, pero recuerdo que fuimos a Cuemanco a informarnos de cómo ingresar; en ese momento estuvimos incrédulas pues ese mismo día iniciamos. Nos mandaron al batallón de Infantería de Educación Física formado sólo por mujeres, con el capitán José Luis Moreno y su esposa la teniente Sol. Como ese día íbamos de civiles, nos pidieron de inmediato que teníamos que llevar uniforme cotidiano el cual constaba de un pantalón de mezclilla color azul, una playera blanca con el logo de educación física, unas botas militares, y una boina o chanchomón, la cual prácticamente la utilizamos solo en eventos especiales junto con una camisola, pantalón azul marino, y guantes blancos.

De regreso a casa, le conté a mi padre que ya nos habíamos inscrito. Recuerdo bien su cara de incrédulo, pues seguro pensó que no nos íbamos a animar porque los entrenamientos eran bastante pesados; me dijo que nos conseguiría nuestro uniforme y que esperaba que no desertáramos pronto, un pensamiento que era lógico que atravesara por su cabeza ya que él sabía la disciplina que se seguía en el servicio militar.

A la semana siguiente empezó realmente la experiencia junto a mi tía Beatriz Alarcón; cada sábado nos presentábamos en la pista de canotaje de Cuemanco. Al principio era tranquilo pues nos enseñaban a marchar, también nos ponían a correr, nos daban clase de cómo agarrar un arma, aunque en ningún momento la portamos; supuestamente nos daban defensa personal, pero esto no era frecuente. A medida que avanzó el servicio se volvía cada vez más interesante pues además de aprender a marchar

Un servicio voluntario gratificante, cumplido en mi juventud

nos pedían que hiciéramos pirámides ¡Ojo! Estas pirámides no eran como las que todo el mundo conoce, las nuestras eran formar imaginariamente una estructura piramidal, pero con nuestro cuerpo de tal forma que a las mujeres más pequeñas o delgadas les tocaba estar en la parte de arriba, y ¿qué creen? Siempre me tocaba estar hasta arriba.

Las pirámides fueron subiendo de complejidad debido a que inicialmente las hacíamos estáticas, luego tuvimos que formarlas en movimiento, caminando y, por último, en una lancha.

Lo más complicado siempre fue nuestro calzado: imagínense todas subirnos con bota militar, pesada y dura, desde luego era un martirio para las que quedaban abajo, daba risa escucharlas decir: “¡Ay no, me lastimas!”, “¡Pesas mucho!” “¡Me pellizcan tus botas!”. Pobres en verdad, recuerdo que juntábamos suéteres o playeras y se las escondían bajo la camiseta que llevaban puesta en la espalda o en los hombros, para que la bota no les lastimara, se veían chistosas como ¡cuasimodas! Jajajaja.

Un día mis compañeras no pudieron cargarnos más y cuando yo ya estaba hasta arriba la pirámide se empezó a mover y tambalear; enseguida se derrumbó y nos venimos abajo. Por la caída me di una aparatosa raspada en las piernas y rodillas porque además caí en pavimento, ese fue mi primer accidente.

Tiempo después nos dedicamos a hacer saltos acrobáticos, me encantaban; todo salía a la perfección, pero un día después de estar en práctica constante, me tocó participar con compañeras más pequeñas que yo. En esa ocasión salté a un grupo de tres personas flexionadas a manera de triángulo, mi impulso fue mayor a la altura de mis compañeras lo cual me llevó a salir disparada, muy parecido como cuando doña Borolas -la del Comics de la Familia Burrón-, caía del camión cuando hacía la parada para bajarse, ¡igualito!

Acto seguido al levantarme todo el grupo fue a auxiliarme y literalmente me decían insistentemente: “¡Tu nariz! ¡Tu nariz! ¿Estás bien?” Yo no entendía qué era lo que pasaba, pues no había dolor, ni sangre, les decía que me sentía bien, pero ellas insistían en mi nariz pues estaba totalmente

deforme, aunque yo no sentía; mi sorpresa fue mayor al tocarme, pues la sentí con una forma extraña y curvada. Como no teníamos un espejo no lograba verme, entonces mi tía muy angustiada, acompañó a la Teniente Sol para llevarme a atención médica con el comandante en turno, el Dr. Villafaña -por cierto, un hombre muy estricto que era el que estaba al mando de la Compañía de Asalto, el grupo más destacado y rudo de todo el servicio militar-, quien al verme y revisarme solo me dijo con voz fuerte: “¿Aguantas?” Yo no sabía a qué se refería, pero contesté también con fuerza “Sí”. Acto seguido, después de revisarme tomó un tubo metálico, me lo introdujo en el poro chueco y ¡Zaz! jaló con fuerza mi nariz hacia uno de los lados para componerla, en ese momento sentí cómo tronó todo por dentro y el doctor simplemente dijo: “Ya está, ve a la ambulancia porque te van a llevar al hospital a que te saquen radiografías, seguramente te pondrán yeso”.

Me quedé consternada pues sus palabras no eran lo que esperaba, según yo no estaba tan mal. Desafortunadamente a mi tía no le permitieron acompañarme, pero les aseguro que se quedó peor que yo, pues ella sí me vio como había quedado, estaba atónita, casi se desmaya. Al llegar al hospital, después de lo indicado efectivamente me pusieron un enorme yeso que al regresar a Cuemanco todas mis compañeras me bromeaban diciendo que era “La Santa”, en alusión a Santo el Enmascarado de Plata. No lo podía creer pues durante el golpe y la enderezada de nariz, jamás me dolió ni derramé una gota de sangre, aunque más tarde, con la terrible inflamación, vinieron los dolores por lo que tuve que estar en reposo por algunos días. Claro que después de 2 años me tuvieron que operar para dejar derecha mi nariz, ni modo.

Después de esa experiencia nos tocaron hacer exhibiciones en el lago de Chapultepec, recuerdo que hubo un evento de importancia para los militares, no recuerdo qué se festejaba, pero ustedes se han de imaginar que estas exhibiciones eran marchando, pues no.... nosotras hicimos las mentadas pirámides humanas, pero ahora sí, en lancha, en movimiento. Como comenté anteriormente todas las chicas que les tocaba abajo no había manera de mantenerlas calladas pues siempre se quejaban de lo duro

Un servicio voluntario gratificante, cumplido en mi juventud

que lastimaban esas tremendas botas, ¡por cierto, las botas que mi padre nos consiguió eran de hombre, de suela dura, con casquillo y supuestamente las más chicas, del número 6, cuando nuestro número real era del 3, Ups! éramos menuditas, pero eso sí, con tremenda bota. jajaja.

Esa vez fue tan chistoso porque después de varias vueltas practicando, teníamos que cruzar frente al estrado donde había gente importante. Definitivamente no podían quejarse, por el contrario, debíamos mostrar nuestra mejor cara; formábamos tres hileras de a veces hasta 4; las que estaban como base, iban literal en 4 puntos, ni siquiera se veían en la lancha, el resto de las hileras teníamos que mantenernos “erguidas” para evitar cualquier caída y qué creen, en todas las vueltas de práctica teníamos caída tras caída, siempre estábamos muy presionadas, pero justo en el momento importante no sé de dónde sacamos fuerza y energía -quizá despedimos esa adrenalina que te lleva a dar lo máximo- y logramos cruzar frente al público con garra y destreza, además, sonrientes. Al final esas experiencias fueron maravillosas porque evidentemente nos felicitaban y salíamos bien libradas.

Gratas experiencias tuvimos en ese grupo, pues aprendimos tantas cosas. Al final de verdad conseguimos tener una gran condición física, imagínense hasta intentar que aprendiéramos a nadar en el agua puerca y verde de Cuemanco, con eso les digo todo, por suerte nunca nos enfermamos de una tifoidea, de la piel o hasta de gripa pues estaba muy fría. Indudablemente mi tía y yo fuimos dichosas cada sábado de ese año, aunque a veces con moretones, regresábamos a casa caminando, muy felices comiendo una torta bien merecida.

Al final del año nos otorgaron los respectivos reconocimientos a los que hicimos el servicio militar y a nosotras las mujeres, una felicitación especial, por haber concluido este servicio exclusivo, en ese entonces, para hombres.

Dejen comentarles por último que mis padres estaban muy orgullosos de ese triunfo que mi tía y yo habíamos tenido. Mi papá, además, no daba crédito, pues como militar el hecho de que su hija y su cuñada culminaran

satisfactoriamente esta difícil labor, lo hizo sentirse muy alegre y complacido con nuestra tenacidad,

Ahora sigo dando gracias, por aquello que comenzó casi como un reto, y terminó siendo una agradable experiencia que nos propusimos y logramos, en parte por el gran ejemplo que tuve en casa, lo cual ayudó a forjarme en la vida.



El Tren que se nos fue...

Emiliano Gallaga Murrieta

“Tooooooos Aboordo!!! Vaaamooooos!!!” grito el garrotero del tren que haría la ruta México-Nogales, Sonora, en la estación Buenavista de la Ciudad de México. Acto seguido hizo sonar su silbato a todo lo que da. Mi hermano menor, Francisco o pancho para los cuates y yo, nos encontramos en el andén número 8 de la estación cuidando las maletas y alguna que otra caja que llevaríamos en el viaje. Mi madre, Rosa Ofelia Murrieta, se encontraba platicando con uno de los operadores del tren para saber en cual vagón necesitábamos abordar. Solo necesitó voltear a vernos y con una gran sonrisa en la cara y ese característico ademán de madre mexicana que tiene todo bajo control, meneó la cabeza indicando “¡vengan!”. Pancho y yo nos abrimos paso entre tooooda la gente que empezó a abordar el tren. Eso era un circo, con todo y animales, señoras con canastos en una mano y una o dos gallinas en la otra. Señores cargando cajas de huevo San Juan llenas de preciosas mercancías; niñas cargando a la muñeca ganadora de acompañar a su dueña en este viaje y hasta un chico con un pequeño gato. Alcanzamos a mi madre que con paso decidido avanzaba hacia la parte delantera del tren, y al llegar al vagón indicado nos dijo –“¡ahhh por fin!! éste es, Sonora aquí vamos!!!”.

Así fue como comenzaron nuestras vacaciones en ese verano del 82, en el que empezábamos el trayecto hacia casa de mi abuela, Doña Lina Saldívar de Murrieta, en Hermosillo, Sonora. Mi madre había salido de Sonora terminando la prepa para estudiar en la Ciudad de México, a donde no habría de regresar para gran malestar de mi abue a la cual siempre le oía decir – “yo no sé qué le ves a esa ciudad de huachos¹, todos amontonados como hormigas”. Mi madre había comprado boletos en la sección coche-cama cercano al carro comedor ubicado muy cerca de las locomotoras. Estos trenes mexicanos, de origen inglés, lucían como salidos de las foto-

1 Nombre coloquial que usan en el norte para las gentes del sur del país.

grafías de la Revolución Mexicana; el tiempo no había pasado por ellos, por cualquier puerta podría haber salido una Adelita o un dorado... estos vagones eran elegantes, color verde olivo con decoraciones en madera y metal. Reminiscencias de la época de oro del Porfiriato, muestras palpables del desarrollo y comunicación de la nación y testigos de la historia mexicana; eran nuestro medio de transporte del centro del país hasta la frontera norte. De conservarse estos trenes, serían hoy la versión mexicana del *Hogwarts-Express* en color verde. Nuestro camarote, el # 0124, tenía dos butacas encontradas una con otra, compartimientos para las maletas y bultos en la parte superior, y una mesita plegable debajo del gran ventanal que sería nuestra gran pantalla al mundo exterior. Entrando al cuarto, inmediatamente a mano derecha había una puerta angosta que daba a un baño (el cual con el paso de los días nos dimos cuenta que era todo un lujo), y afuera a un lado de él, un pequeño lavabo. No basta decir que el cuarto estaba lleno de pequeños compartimentos que Pancho y yo nos pasamos abriendo y cerrando, imaginándonos escenas de espías, cajones secretos de tesoros, o simplemente un lugar para esconder las galletas que nos había dado mi madre.

De la nada sonó el silbato de la locomotora y con un tirón que nos hizo perder el equilibrio el tren comenzó a avanzar. Nosotros salimos apurados del cuarto, corrimos por el pasillo y llegamos a la unión de los vagones para asomarnos por las puertas de tren. Lentamente vimos desaparecer el andén número 8 de la estación Buenavista. Como algo fuera de contexto en este país surrealista, el tren salió con una puntualidad inglesa a las 8 de la noche. Al poco rato, el vagonero de nuestra unidad llegó para cortésmente pedirnos que nos metiéramos a nuestro cuarto para cerrar las puertas, ya que los gamberros de las barriadas aledañas a la estación tenían como costumbre apedrear el tren.

Nada más nos vio entrar de nuevo al coche-cama # 0124, mi madre empezó a dar órdenes –“corazones, vamos a arreglar esto para dormirnos. Emi acomoda esas maletas en los compartimientos de allí arriba, Pancho arregla la mesa pa’ comer”. Acto seguido, Pancho sacó una bolsa con un pollo frito de Pollos Río, sus papas fritas, bolsita de chiles y no podía

El Tren que se nos fue...

faltar el limón. A pesar de que el tren contaba con un salón comedor, mi madre insistió en que lleváramos un itacate de comida: “no vaya a ser el diablo” comentó, además que sabía del buen diente del par de cabezones que llevaba. Ya por la noche, la cabina se transformaba, apretando un botón, podía uno girar las dos butacas, doblarlas y convertirlas en una cama. No era muy grande pero lo suficiente para que cupiéramos mi hermano, mi ama y yo. A pesar de la emoción del viaje, no tardamos en caer como benditos en un sueño profundo arrullados por el - “...duerme, duerme ne-griiitooo” que nos cantaba mi madre por las noches y el vaivén del tren en movimiento con el sonido de las ruedas al pasar por las uniones de los rieles -“tracataca...tracataca...tracataca...”.

A la mañana siguiente nos despertó una luminosa luz que entraba por las rendijas de las cortinas de la ventana. Mi madre las corrió y vimos un fulgurante sol saliendo por las montañas. El tren ya había salido del Valle de México y se encaminaba a la ciudad de Guadalajara pasando el eje neo-volcánico que rodea a la Ciudad de México, siendo la señora Izta y Don Goyo los volcanes que nos dieron la despedida. Nos dimos una manita de gato con agua helada en el pequeño lavabo y nos dirigimos al salón comedor para desayunar, solo para enterarnos que durante la noche se habían descompuesto las estufas y no podían cocinar. Mi hermano y yo debimos haber puesto una cara como de pelones de hospicio, porque el cocinero se apiadó de nosotros y nos dio una orden de quesadillas medio frías que sobraron la noche anterior, pero que supieron a gloria. Ya en el cuarto mi madre, con cara de -“¿ya ven? Se los dije.” Y acto seguido sacó el itacate para ver qué teníamos. Una gran bola de queso Oaxaca, una barra de pan negro, un par de aguacates, los restos del Pollos Río de anoche, y claro...limones.

Para el viaje, mi madre nos había pedido que escogiéramos bien un par de libros para leer o llevar algo con que matar el tiempo. Pancho, preguntó ¿por qué? (mi hermano no era, ni es un gran lector, pero se le quiere jeje). Mi madre extendió un mapa y le mostró: “nosotros estamos aquí en México², y vamos ¿hasta dónde? ¿Dónde vive abuela?” Pancho contestó que en

2 Ya sabemos esa rara costumbre que tenemos de decirle México a la ciudad de México, como si los chilangos tuviéramos la exclusividad del nombre jeje.

Hermosillo y acto seguido buscó Sonora, y no más se le pelaron los ojos al pobre. Sí, mi madre nos confirmó que el viaje en tren duraba 3 días y dos noches, largo y ancho es el territorio nacional. Antes de salir, mi padre Roberto Gallaga, me preguntó si tenía espacio para un libro más. Le dije que sí y en eso me da un libro relativamente pequeño, digo relativamente porque era una edición de bolsillo de “Cien Años de Soledad” de Gabriel García Márquez, pero grueso como un tabique y que de bolsillo solo tenía el nombre. Esta edición de la editorial Selecciones Austral tenía una muy bonita portada, de tapas blancas con una figura de un capricornio color negro con azul. En la solapa, tenía en tinta azul un bello mensaje de mi padre. El obsequio fue doblemente emotivo, uno por el libro y dos porque yo al ser de enero, capricornio es mi signo al igual que el de la portada, lo cual consideré un buen presagio para el viaje. Debo decir que, aunque leí con mucho ahínco este libro, solo debí haber llegado como a 50 de los 100 años y no logre terminarlo en este viaje. Aún lo conservo como un hermoso token de ese viaje en particular.

Aunque la lectura era interesante, la mayor parte del tiempo nos la pasamos en las puertas entre los vagones mirando el paisaje, sacando la cabeza para que nos diera el viento como los cachorros en los autos de la ciudad, pero sin la lengua de fuera, claro. No tardamos mucho en que el pelo se nos pusiera tieso por el humo de diésel que emitían las locomotoras. De esta manera, vimos transformarse de un paisaje urbano a los bosques de pino de las montañas, para volver a descender a los Valles Centrales plagados de campos de cultivo. Supimos que ya nos encontrábamos en otros territorios cuando comenzaron a aparecer magueyes, primero algunos, luego miles, hasta donde la vista alcanzaba. Mi madre nos explicaba que de esas cactáceas nacía el tequila, que en esos tiempos solo era una bebida de las clases populares y no esas bebidas de autor de hoy en día.

Una de las razones por la que el tren tardaba tanto en llegar a Hermosillo, es que hacía parada en cada comunidad, pueblito, paraje, o ranchería. De alguna manera, el tren era el único medio no solo de transporte sino de comunicación. Por él llegaba el correo, junto al tendido de las vías corrían los postes del telégrafo y en el tren llegaba o salía la mercancía y bienes

El Tren que se nos fue...

necesarios. El ver a la gente que subía o bajaba por sus puertas en cada estación, era interesante: mujeres, niños, adultos, viejos, clase media, clase alta, indígenas, campesinos, comerciantes, estudiantes, profesionistas...de alguna manera el tren era un caleidoscopio de la gente que conforman nuestro país. Dentro de nuestro recorrido, Guadalajara fue la primera gran ciudad fuera de México y...¡ dioses!!! ¿Que si era impresionante? En la estación el movimiento de gente que bajaba, subía, o el trajín de materiales no tenía fin. Pero como ya lo mencioné, con puntualidad inglesa, partimos de la perla del bajío.

De nueva cuenta, nuestras incontables horas en las puertas del tren, percibiendo cómo el paisaje cambiaba otra vez. De los incontables campos de magüeyes y pastizales, pasamos a los bosques de pino y encino, montañas y barrancas, y de un calorcito rico a uno más templado. Ya no íbamos tan rápido como en el valle y comenzamos nuestro ascenso por algunos cerros que se fueron convirtiendo en grandes montañas, señal de que ya estábamos en territorio de la Sierra Madre Occidental. Recuerdo que en la escuela nos hacían saber sobre los dos grandes sistemas montañosos que cruzan nuestro país, pero nada se le compara con realmente atravesarlas y la experiencia de haberlo hecho en tren no tiene comparación. Esos paisajes de bosques tan densos como borregos, los voladeros por los que apenas pasaba el tren y esos acantilados en los que uno solo alcanzaba a percibir los ríos al fondo como pequeños hilos de plata, solo en tren se experimentan. Lo mejor de esta parte del viaje, fueron pasar los túneles que atravesaban el alma de las montañas, obscuridad total y al fondo de repente un puntito de luz... no por nada la expresión de –“la luz al final del túnel”. Recuerdo que estando en el coche-cama # 0124, jugábamos a una versión nuestra de las estatuas de marfil, donde el chiste era quedarse congelado sin importar lo que estuviéramos haciendo antes de entrar a un túnel y al salir estar en una pose completamente distinta (encontrar a pancho colgado como chango de uno de los compartimentos superiores fue una de las poses ganadoras jeje). Por la noche, el frío de la sierra no se hizo esperar, por suerte dormimos calientitos acurrucados con mi madre. Más o menos a media noche comenzamos nuestro descenso hacia la costa.

Como recordaran, el vagón comedor seguía descompuesto y nosotros veíamos cómo el itacate que no parecía tener fin, comenzaba lentamente a vaciarse. Por suerte, en cada parada del tren no faltaba alguna persona que se subiera a ofrecer algún producto para saciar el hambre. Pasamos de tacos de canasta, a tortas, a tacos fritos y ahora nos ofrecían “burritos”. Legendarios “tacos” de tortilla de harina que con salcita y limón... mmm. No solo subían ofertando comida, sino también productos de la región, cuya artesanía engrosó la decoración de los estantes de la casa. Al grito de -“Camarooón Seeecooooo!!! Camaroon Seeecooooo!!!; Caldo de Camaroon!!! Caldo de Camaroon!!!”- nos enteramos que habíamos llegado a Sinaloa. Nosotros bien intrigados salimos a pedir una orden -“¿caldo? Y ¿Cómo?”-, para ver cómo sacaban un termo de agua caliente y lo vaciaban en unos botecitos de unicel con el hoy famoso nombre de “maruchan”, después de la sorpresa inicial, nos echamos otra.

La casa de la abuela, con olor a pozole, coyotas, tortillas de harina y frijoles bayos estaba más cerca. Por la mañana del tercer día de viaje, en nuestro habitual puesto de observación y acostumbrados al vaivén del tren con su característico sonido de las ruedas al pasar por las vías -“tracataca... tracataca...tracataca...”- surgió un nuevo paisaje, acompañado de fulgor y de silencio; imperceptible al principio, pero que se fue haciendo más intenso, conforme nos acercábamos. Fue al terminar una curva, que lo vimos, ahí, imponente... tuvimos que entrecerrar los ojos por el brillo que despedían las millones de partículas que lo componían... mirábamos por primera vez, las dunas de arena de la costa de Guaymas y atrás de ellas, de golpe una franja de un azul intenso... el Mar de Cortés que abarcaba todo el horizonte...!!!

Ese fue uno de los recuerdos más vivos que tengo de ese primer viaje en tren a Sonora. A pesar de ser chilango, ya traía el virus del desierto por mis venas, pero ver esa imagen de la vastedad de la costa con su color amarillo brillante de las dunas contrastado por motas verdes de su poca vegetación, una gobernadora, un palo fierro, los imponentes saguaros, y el majestuoso color azul marino del Golfo de California fue suficiente para caer rendido en sus encantos. Nuestro viaje se acercaba a su fin. La penúltima parada

El Tren que se nos fue...

antes de Hermosillo (nombre que vino a sustituir al de Villa del Pitic en 1828) fue Cajeme, hoy Ciudad Obregón. Mientras nos acercábamos veíamos campos y campos se sembrados, trigo, sorgo, maíz, verduras, y frijol; no por nada Sonora llegó a ser nombrada como la alacena de México. En eso estábamos cuando mi madre se nos acercó y nos dijo –“de aquí somos. O por lo menos la parte de la familia Murrieta”-, - ¿Cómo? ¿Que no eran de Hermosillo? - Replicamos. –“Mi Tata y mi Nana”- dijo mi madre –“salieron de Zacatecas, camino al norte, por los años veintes del siglo pasado, ellos fueron parte de los fundadores de Ciudad Obregón. Mamá Lina, su abuela, se casó con Santana Murrieta, un soñador, líder agrario de alguno de los ejidos del Valle del Yaqui. Su abuelo, Santana, era hijo de Don Ramón Murrieta y de su esposa, una indígena ópata de apellido Gaxiola, de lo cual nunca se habló en la familia. Migrar a Hermosillo, donde vive tu nana hoy, fue una gran decisión de mamá Lina, para llegar a la universidad, donde estudió casi toda la familia,”-nos contó mi madre.

El tren continuó su recorrido alejándose de la costa, todavía con algunas horas más de viaje para llegar a Hermosillo. Comenzamos a preparar todo para bajar lo más rápidamente posible del tren ya que éste solo se detenía unos 5 minutos en cada estación. Ya sin mucho qué hacer, nos quedamos viendo pasar el desierto sonorense por la ventana de nuestro coche-cama # 0124, al que ya nos habíamos acostumbrado. En tres días de viaje, habíamos visto pasar casi todos los horizontes posibles de este país, impresionantes paisajes que capturaron en sus lienzos un Dr. Atl, un Diego Rivera, o un José María Velasco. Y ni qué decir de la gran diversidad de comunidades que vislumbramos, toda una experiencia antropológica, observación con la cual saqué la conclusión que Cien Años de Soledad no era una novela sino anécdotas de nuestras comunidades latinoamericanas. Cada comunidad podía ser Macondo con un Mauricio Babilona, Úrsula o Melquíades. Pero nada se compara con las largas conversaciones con mi madre y hermano en ese coche-cama # 0124.

El grito del vagonero –“¡Hermosillo!!! ¡5 minutos!!!”-, nos levantó de nuestros asientos para sacar todos los cachivaches que traíamos. Con el pitido de la máquina vimos al tren que fue nuestro hogar por 3 días alejar-

se de la estación de Hermosillo. Nosotros en fila india caminamos hacia la salida cuando de la nada vimos a una señora mayor abrir los brazos y gritar –“¡pero qué grandes están!!! ¡Y mira el pelo que traen, parecen carboneros!!! jeje”-. Pancho y yo soltamos todo y corrimos a fundirnos en un gran abrazo con Doña Lina Saldívar de Murrieta, mi abuela.

Tuxtla Gutiérrez, 2023.

Cuando fuimos niños y más... III
se editó digitalmente por parte de
Editorial Entretejas de México, S.A. de C.V.
en junio de 2025.